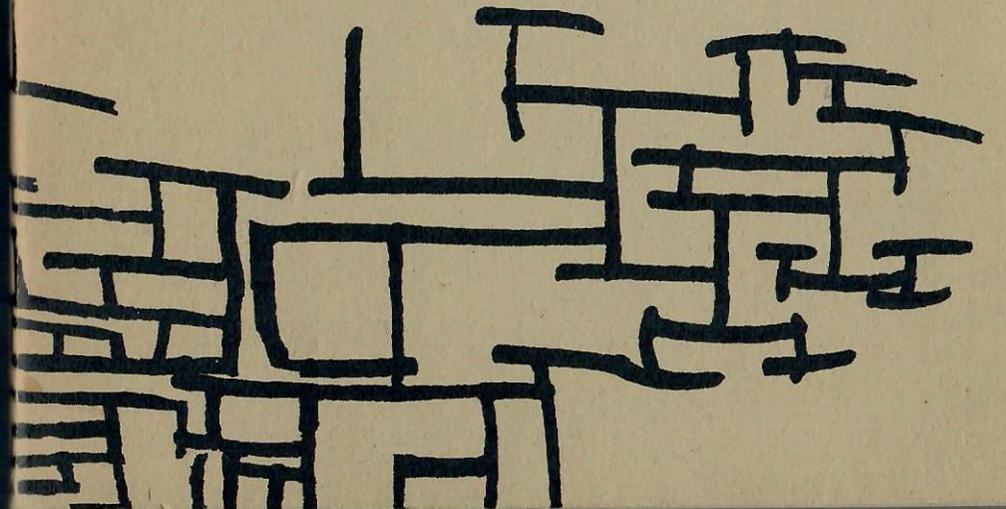


La Pluma

REVISTA CULTURAL 2ª EPOCA MAY.-JUN. 1981 N° 6 400 PTAS.

A. AL-BAYATI, L. AZANCOT, A. BERENGUER
T. BORGE, J. BOSCO NAVARRO, A. BUSAN
E. CARDENAL, M. COFIÑO, J. CORTAZAR
BLAS DE OTERO, R. DOMENECH, A. FDEZ. LERA
A. FDEZ. MOLINA, N. GALLEGU, A. HERNANDEZ
A. y M. MACHADO, J. MARTIN ELIZONDO
M. M. AZANA, A. MERINO, R. QUILEZ
J. R. PUERTOLAS, F. J. RODRIGUEZ SANCHEZ
L. SALOMONE, A. SOREL, J. VELEZ



Handwritten text in the top right corner, possibly a signature or a date, written in a cursive or shorthand style.

La Pluma

REVISTA CULTURAL 2ª EPOCA MAY-JUN. 1981 N° 6 400 PTAS.

A. AL-BAYATI, L. AZANCOT, A. BERENGUER

T. BORGE, J. BOSCO NAVARRO, A. BUSAN

E. CARDENAL, M. COFIÑO, J. CORTAZAR

BLAS DE OTERO, R. DOMENECH, A. FDEZ. LERA

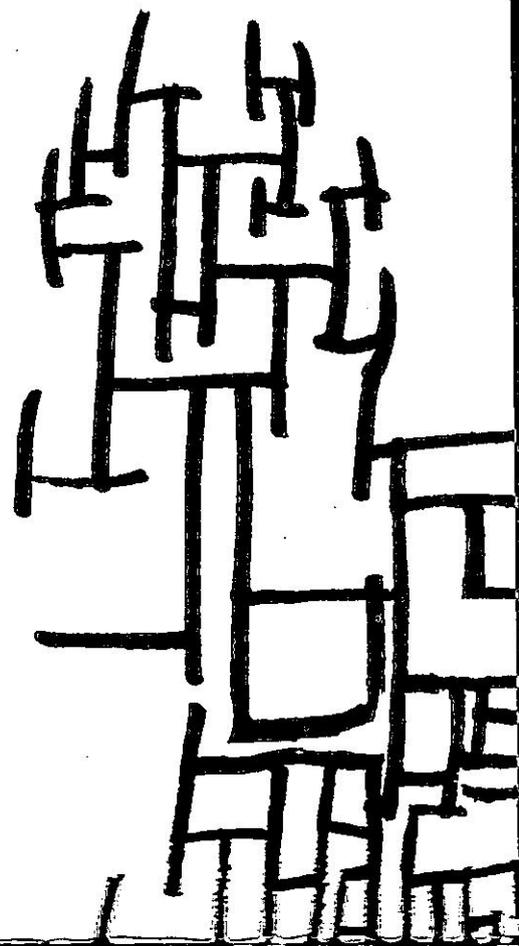
A. FDEZ. MOLINA, N. GALLEGO, A. HERNANDEZ

A. Y M. MACHADO, J. MARTIN ELIZONDO

M. M. AZAÑA, A. MERINO, R. QUILEZ

J. R. PUERTOLAS, F. J. RODRIGUEZ SANCHEZ

L. SALOMONE, A. SOREL, J. VELEZ



Consejo de dirección:
Jorge Guillén (*Presidente de honor*), Cristina Alberdi,
José Luis Cano, Eduardo Galeano,
Manuel M. Azaña y Julio Vélez (*Coordinador*)

Director periodista:
Ana Martín Pintado

Secretaria de Redacción:
Amalia M. Azaña

Diseño y maquetación:
El Cubri

Consejo editorial:
Manuel M. Azaña, Luis Martínez Ros y Julio Vélez

Asesores y colaboradores:
Hammadi Abdallah, José Antonio Alcocer,
Francisco Aliaga, Miguel Angel Almodóvar,
José Antonio Alonso, Manuel Andújar, Leopoldo Azancot,
M. Benavides, Angel Berenguer, J. M. Caballero Bonald,
Julio Caro Baroja, Diego Catalán, Alicia Cid, Antonio Cid,
Rafael de Cozar, Humberto da Cruz, Ricarddo Domenech,
Joaquín Estefanía, Fernnado Esteve, Antonio Ferres,
Darío Fo, Alberto Gil Novales, Alfonso Grosso,
Juan Haro, Antonio Hernández, Fernando Quiñones,
Marina Fernández Lagunilla, Eliane Lavaud,
Manuel Luna, Federico Martín Medras,
José Martín Elizondo, Rogelio Martínez, Antonio Merino,
Rosa Montero, Alberto Moreno,
Juan José Ordóñez Fernández, Antonio Parra,
Dieter Prokop, Carlos Rama, Julio Rodríguez Puértolas,
Ibon Sarasola, Fernando Savater, Herbert J. Schiller,
Manuel Tuñón de Lara, José María Vaz de Soto,
Ricardo Zamorano, etc...

Redacción y administración: Carmen, 9. Teléf. 222 14 66.
Madrid-13.

Edita: TICSА. Carmen, 9. Madrid-13

Depósito legal: M.-17.304.—1980

Fotocomposición e Impresión: RUMAGRAF, S. A.
Nicolás Morales, 34. Madrid-19

Impresión de la cubierta: Serigrafía J. L. Rex

Dibujo de portada: Luis Pérez Ortiz

SUMARIO N.º 6

Portada	5
Presentación	
Noticias del mes de mayo.—Julio Cortázar.	7
Las cometas (1).—Antonio y Manuel Machado.	28
Poemas.—Leopoldo Azancot.	38
Funeral en Sevilla.—Andrés Sorel.	42.
Poemas.—Ernesto Cardenal.	48
En pluma y otros relatos.—Antonio Fernández Molina.	52
Donde yo habla de las flores silvestres.—Blas de Otero.	55
Poemas de amor de Astarté.—Abdel-Wahhab Al-Bayati.	56
Franquito el herrador.—Antonio Fernández.	62.
Poemas.—Tomás Borges.	66
Hamón y Marta.—Ricardo Domenech.	69
Vapor de agua.—Rafael Quílez.	74
Unos días de setiembre en Los Angeles.—Julio Rodríguez Puértolas.	76
Tiziano.—Manuel M. Azaña.	81
El nacimiento de Venus.—Julio Vélez.	88
De una foto de cuanto eran novios y se querían mucho.—Antonio Merino.	97
Un día de la ausencia.—Angel Berenguer.	103
Poemas.—J. Martín Elizondo.	109
Promotoo.—Antonio Fernández Lera.	112
Una rosa para él.—Manuel Cofiño.	114
Poemas.—Juan Bosco Navarro.	117
Cuanto de primavera en el jardín de los altos sauces.—F. J. Rodríguez Sánchez.	120
Poemas.—Alfredo Buxán.	127
Habla una gran casa junto a la certidumbre.—Narciso Gallego.	129
Poemas.—Luisa Salomone.	132
Solapa de libros.	134
Colaboran.	141

(Las ilustraciones de este número son obra de Luis Pérez Ortiz.)

SUMARIO NUM. 1

Editorial	5
Doxleri: Cultura y nueva derecha	7
Lo tecnocrático y la nueva derecha	15
Julio Vélez. Ilustraciones de Antón Patiño.	23
El anarcocapitalismo y los neoliberales	
José Antonio Alonso Rodríguez. Ilustraciones de Antón Patiño.	
Cultura-cultura y derecha-derecha	
Fernando Savater. Ilustraciones de Antón Patiño.	
Ideas	35
Manuel Azuela y «La Pluma»	
M. Tuñón de Lara. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	44
La lengua de la política	
Martina Fernández Laguna. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	
«Holocausto»: Signos de felicidad y desajuste (I)	53
Dieter Prokop. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	
Creación	65
De la expresión	
Jorge Guillén.	71
Algunos neoclasicos	
Eduardo Galeano. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	79
El otro Pablo y el Minotauro	
José Martín Elizondo. Ilustraciones de Paco Leal.	97
Testigo Impactal	
Ricardo Doménech. Ilustraciones de Paco Leal.	
Testimonio	103
Nació con un cuento en la mano	
Federico Martín Neira. Ilustraciones de niños del Colegio Trabenco.	
Colegio El Trébol y Guardia Jauja.	116
De un plumazo	
Crítica	119
Juan Goytisolo. «Makbara»	
Julio Rodríguez Puértolas. Ilustraciones de El Cubil.	123
Teatro en Barcelona	
Angel Barroquer. Ilustraciones de El Cubil.	127
King Crimson	
Fernando Esteva. Ilustraciones de El Cubil.	129
Boletín bibliográfico de la librería «La Pluma»	

SUMARIO NUM. 3

Editorial	4
Ideas	7
Los viajeros del amanecer	
Fernando Savater.	12
Cultura y crisis: una aproximación	
Julio Vélez.	22
Fascismo y poesía	
Julio Rodríguez Puértolas.	
Creación	33
Sobre Quvedo y España	
Eduardo Galeano.	37
El rencamamiento del volcán	
Antonio Ferras.	45
Exilio y paisaje	
Marta Benítez.	49
Poema del asiento de al lado del conductor	
Alicia Gil.	58
La sed	
Carmen Resibo.	
Dossier: Telemática y Cultura	67
Retroceso y avance	
Armand y Michèle Metallier.	75
Entre el naufragio y la pesadilla	
Gilles Mulliger.	94
Hacia una sociedad informatizada	
Eduardo Gómez de Estrella.	
Testimonio	100
Páginas recuperadas	
Antonio Machado.	
Crítica	112
Quando la palabra amor se escribe con h	
Antonio Muñoz.	119
Manuel Azuela a escansa	
Manuel Martínez Azuela.	121
Música y filosofía	
Norman MacLennan Letamendia.	126
Vello-inclán redivivo	
Albert Dávalos.	129
Scapa de libros	
Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	

LA PLUMA se responsabiliza necesariamente con los editores de los artículos firmados, que pertenecen a la responsabilidad de sus autores. De igual manera se responsabiliza en su totalidad correspondencia sobre aquellos artículos que no hayan sido previamente solicitados.

SUMARIO NUM. 2

Editorial	5
Dossier: Autonomías y Cultura autonómicas (I)	7
Cultura Vasca y Autonomía en Euzkadi	
Luciano Ribón. Ilustraciones de Antón Patiño.	14
Cultura y Autonomía en Cataluña	
Joaquín Marco. Ilustraciones de Antón Patiño.	23
Cultura andaluza y Autonomía	
José M. Vaz de Sota. Ilustraciones de Antón Patiño.	
Ideas	35
Vello-Inclán y «La Pluma»	
Jean Marie y Eliana Larrosa. Ilustraciones de Paco Leal.	46
«Holocausto»: Signos de felicidad y destrucción (y 2)	
Dieter Prokop. Ilustraciones de Paco Leal.	
Creación	55
La caída de la estrella	
José Manuel Gutiérrez Sousa. Ilustraciones de Paco Leal.	62
Triángulo norteamericano	
Angel Grande Pintado. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	75
Comentarios	
Juan Galman. Ilustraciones de Paco Leal.	84
Poemas de amor	
Abdelwahab Al-Bayati. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	
Testimonio	97
Motas y apodos (a la búsqueda de las señas de identidad)	
Manuel Luna Semperio. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.	
De un plumazo	111
Crítica	114
Joni Mitchell: suma y sigue	
Fernando Esteva. Ilustraciones de El Cubil.	117
Situación del cine español (II)	
Julián Marcos.	119
Desde el otoño se canta a la Primavera	
Elena de Jongh. Ilustraciones de F. García Lorca.	125
Manuel Azuela y la «Velada en Boticaró»	
M. A. Luis Pérez Ortiz.	
Boletín bibliográfico de la librería «La Pluma»	129

LA PLUMA se responsabiliza necesariamente con los editores de los artículos firmados, que pertenecen a la responsabilidad de sus autores. De igual manera se responsabiliza en su totalidad correspondencia sobre aquellos artículos que no hayan sido previamente solicitados.

SUMARIO N.º 4-5

Editorial	5
Ideas	7
La evasión en Orizaba	
José Correa.	24
El mito, esa inspenque nos da el espejo.	
Serafin Fariña.	30
Carter y los derechos humanos.	
Joaquín Estelana.	48
Creación	
Los fuegos pronunciados.	
Joko Vázi.	51
El juego de Torcer.	
Carlos Méndez.	54
«La muerte del silencio».	
Manuel Martínez Azuela.	74
Chile, poema en cuatro augurios y un iris sur.	
Julín Pérez.	79
Cervus del mar.	
Tacho Cabe.	86
El último emperador de Bizancio.	
Alaide Bianchi.	91
El coctero.	
Gabriel Jaramés Enau.	
Dossier: Cultura e Irracionalismo	94
Mesa redonda.	
F. Sánchez-Duque, L. Aznar-Cor, R. Carré.	
Cultura e Irracionalismo.	121
Manuel Benavides.	
Testimonio	135
Testimonio 1.	140
Testimonio 2.	
Páginas recuperadas	148
Shelley el loco, Shelley el loco.	
Antonio Fernández Lara.	151
Derechos de derechos.	
Percy Bysshe Shelley.	165
Crítica	
La literatura del exilio y nuestro patrimonio cultural.	
Manuel Ancízar.	170
Situación del cine español (III).	
Julián Marcos.	172
La matemática del silencio.	
Antonio Mérimo.	179
Scapa de libros.	
Colaboran.	184
(Las ilustraciones de esta suma fueron realizadas por Antón Patiño)	

EDITORIAL

No soy de un pueblo de bueyes...

Miguel Hernández

Alzar la vista y mirar de frente no es oflolo de reptiles. Demasiadas hieródulas gobiernan este extraño territorio a medio camino entre Occidente y una república bananera. A esta cosa de barro y hombres que limita con los mares y un océano la quieren empujar al abismo de la ignorancia y el desamparo. Nosotros, las gentes, nos preguntamos cada vez más monos cosas y nos refugiamos cada vez más en la apatía y en la cordura más mediocre. No queremos la retransmisión en directo de la próxima vejación a la democracia. Pero todo es posible. Que sepamos, los únicos reptiles que miran de frente pertenecen a la familia de los ofidios, y si esto es más o menos así, tendremos que guardarnos no solo las espaldas sino también el pecho. Tristemente es ésta una buena cosecha para los que siembran tempestades.

Nunca han existido dogmáticas es-
trictas ni razones más poderosas que el anal-
isis y la violencia. Nunca los
podrán justificar ningún fin. Pero tam-
poco a ningún fin que pretenda dominar al
hombrillo, reducirlo a su más esquemática esto-
matología, uso el medio que use, podrá ser
aceptado por ese asunto que unos dictiona-
rios llaman pueblo y otros historia. Por el
contrario siempre es tiempo para decir sí a la
vida, al júbilo y a la esperanza. Por eso hoy LA
PLUMA dedica sus páginas por completo a la
creación. Pensamos que solo el humanismo y
la cultura pueden conducirnos a un horizonte
de paz y bienestar. Sabemos que de siempre
conquistamos el derecho a la felicidad, pero los
prestidigitadores de todos los ángulos en lugar
de sacar flores y conejos de la chistera nos
muestran resignaciones y silencio. Honesta-
mente hablando no merecemos este país; he-
mos traspasado demasiadas veces las fronte-
ras de la utopía como para conformarnos con
este reformatorio.

Decir que no es a veces la mayor de las
afirmaciones y nosotros decimos que quere-
mos que nos devuelvan lo que entre muchos
nos han robado.

* * *

(El constante aumento de los costes de produc-
ción nos obliga a aumentar el precio de la Revista. LA
PLUMA ha mantenido a lo largo de su primer año el
precio inicial, pese a que ya advirtió a sus lectores que
sólo lo conservaría para los tres primeros números.
Esperamos de nuestros lectores y amigos que
continuen dando a nuestra publicación la misma acogida.
De antemano, gracias).

NOTICIAS DEL MES DE MAYO JULIO CORTAZAR

Ahora estas noticias,
este *collage* de recuerdos.
Igual que lo que cuentan
son obra anónima: la lucha
de un puñado de pájaros contra la Gran Costumbre.
Manos livianas las trazaron
con la tiza que inventa la poesía en la calle,
con el color que asalta los grises anfiteatros.
Aquí prosigue la tarea
de escribir en los muros de la Tierra:
EL SUEÑO ES REALIDAD.

EXAGERAR ES YA UN COMIENZO DE INVENCION

(Inscripción en la Facultad de Letras
de París, mayo de 1968.)

*Como esto durará tan sólo un día
como esto durará tan sólo un tiempo o dos,
como esto o lo demás se acaba, le guste o no al Estado
o al Individuo (ese pequeño Estado) esto se acaba porque
ya está naciendo el tiempo abierto, el tiempo esponja*

(Ya está naciendo: hipótesis de trabajo. Si, está
naciendo con la Revolución. Pero ésta no ha cesado
todavía de nacer; para ayudarla a existir e inaugurar
lo abierto, la edad porosa, estas noticias y todo mayo
del 68, la juventud contra la Gran Polilla)

*y así como esto durará tan sólo un día o dos
para ceder su sitio a nuevos juegos*

(STOP THE PRESS: La Gioconda expiró anoche a las 20.25, víctima de una indigestión de contemplaciones prefabricadas. Se prevé una baja en las acciones de American Express, Cook y Exprinter)

*por eso y otras cosas
si una vez más aquí hay palabras
tinta papel el Libro Sacrosanto*

(Número de catálogo en la Biblioteca del Congreso...
Queda hecho el depósito que marca la ley... Se imprimieron XXX ejemplares en papel japonés...)

*es por falta de medios
para escribir entre las nubes
para gritar entre los vientos
oh trigo dispersándose, agua de lluvia en una cara de mujer,
televisión de signos como panes y peces
medios audiovisuales para el amor del hombre.*

MIS DESEOS SON REALIDAD

(Nanterre)

*Es el tiempo de arrase, la batida
contra el falso Museo de la Especie,
aquí están las noticias
Mayo 68 Mayo 68
el poema del día la efímera bengala recurrente
ardiendo en Francia y Alemania
en Río en Buenos Aires en Lima y en Santiago
los estudiantes al asalto
en Praga y en Milán en Zurich y en Marsella
los estudiantes llenos de palomas de pólvora
los estudiantes que alzan con sus manos desnudas
los pavimentos de cemento y estadística
para apedrear la Gran Costumbre
y en la ordenada cibernética
abrir de par en par ventanas como senos.*

Hay algo que podría matarnos: la interdicción de hacer entrar la revolución colectiva en el individuo, y al individuo más individual en la revolución.

Alain Jouffroy

Los estudiantes argentinos que ocuparon su Casa en la Cité de París y la llamaron CHE GUEVARA por la misma simple razón que lleva la sed al agua y el hombre a la mujer,

los estudiantes españoles portugueses griegos africanos que ocuparon sus Casas para abrir los pulmones a un aire sin venenos,

*los estudiantes argentinos luchando en Buenos Aires, La Plata, Tucumán,
los estudiantes brasileños los estudiantes italianos*

*(qué repentinamente artificial
suena el catálogo de patrias
cuando no hay más que una, la poesía
de ser hombre en la Tierra!)*

Desabotónese el cerebro tantas veces como la bragueta

(Teatro Odeón, París)

Sexo: está bien ha dicho Mao, pero no demasiado seguido

(Facultad de Letras, París)

Tenemos una izquierda prehistórica

(Facultad de Ciencias Políticas, París)

Artículo primero de la Carta de la Convención Nacional de las
Universidades Francóesas, aprobada el 22 de mayo de 1968:

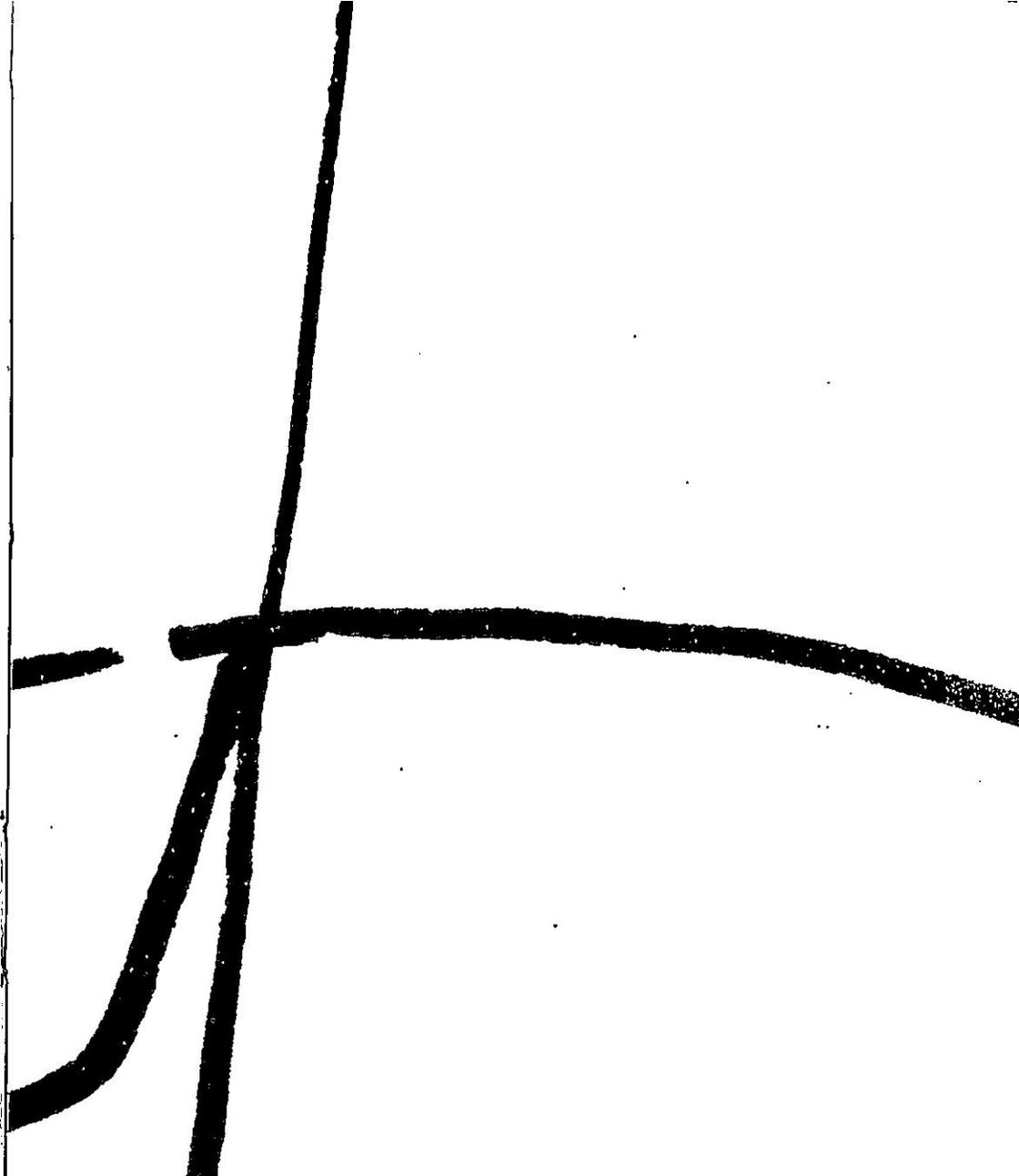
El movimiento estudiantil no es solamente una respuesta a la represión policial ni una reacción ante las fallas de la formación universitaria o las dificultades para el empleo futuro. El movimiento cuestiona una Universidad que le prohíbe penetrar en la índole conflictiva de las relaciones sociales. A partir de este cuestionamiento de la Universidad, el movimiento estudiantil rechaza un tipo determinado de sociedad. Ese movimiento ha alcanzado su verdadera dimensión al unirse a la lucha de los trabajadores contra la sociedad capitalista.

HAY UN METODO EN SU LOCURA ("HAMLET")

(Nanterre)

*Pequeñito esmirriado voz de grajo Jean-Paul Sartre una noche en la Cité
Universitaire:*

—Si hay que poseer una ideología revolucionaria para hacer la revolución, en ese caso el partido comunista cubano era el único que podía hacerla en Cuba, y a Fidel Castro le era imposible hacerla. Ahora bien, no sólo el P. C. cubano no hizo la revolución sino que se negó a unirse a la huelga general decidida en su momento por los estudiantes y por los revolucionarios de las ciudades. Lo que hay de admirable en el caso de Castro es que la teoría nació de la experiencia en vez de precederla.



Justamente lo que nosotros hemos empezado a abrir es esa brecha en la falsa conciencia... Y justamente por eso los críticos "de izquierda" del sistema, la prensa llamada liberal han tomado abiertamente partido contra nosotros. Comprenden el peligro —que puede ser mortal— que va a correr el sistema capitalista en decadencia si conseguimos despertar, mediante una dialéctica cada vez más eficaz de la clarificación y de la acción, la espontaneidad que los partidos han sofocado en las masas asalariadas.

Rudi Dutschke

Basta de tomar el ascensor: toma el poder

(107, Avenue de Choisy, Paris)

Frente al Hongo de Hidrógeno

frente a cualquier frontera

*geográfica
política
intelectual
moral
racial
estética*

frente a la oh BELLEZA

(y los museos abiertos, por rara coincidencia, en las horas de trabajo de obreros y empleados, con la limosna generosísima del domingo gratis)

frente al oh HUMANISMO

(y dos tercios de la humanidad analfabeta)

Decreto el estado de dicha pemanente

(Facultad de Ciencias Políticas, Paris)

LA IMAGINACION TOMA EL PODER

(id.)

¡SEAN BREVES Y CRUELES, ANTROPOFAGOS!

(Nanterre)

Pero no nos dejemos inspirar por la cólera

(ya Homero hizo lo suyo sin hablar de Céline y Jean Genet).

Seamos fríos y lúcidos: esto, después de todo, es un poema que leerán no pocas personas deseosas de a) enriquecimiento interior, b) placer estético.

En cuanto a b), distinguidos roedores de biblioteca, hartos me temo que les pasará como a mi tía cuando la pobre inocente escucha a Stockhausen con

venerables orejas rellenas de Schubert y Puccini, con lo cual KATASTROF. Por lo que toca a a) tres a seguidas es feo, eso no se hace, dice un señor de b) nadie se enriquece leyendo si a la vez no es capaz de chupar un durazno aprovechando que tiene una mano libre para llevárselo a la boca, si no hace el amor entre dos páginas, si no se asoma a la ventana para saber que cincuenta niños murieron quemados el último mes de la zona de Saigón, y que en Biafra los nigerianos ayudados por el muy noble Reino Unido degollaron a todos los heridos de un hospital: ¿habrá que repetir, profesor Papalino Zeta, que la literatura no es *terreno privilegiado* en el sentido escapista que tanto conviene y adorna? Biafra y el erotismo, los chorros de napalm y los *Juegos Venecianos* de Lutoslavski: la poesía sigue siendo la mejor posibilidad humana de operar un encuentro que nadie describió mejor que Lautréamont y que puede hacer del hombre el laboratorio central de donde alguna vez saldrá lo definitivamente humano, a menos que antes no nos hayamos ido todos al quinto carajo.

**¡Abajo el realismo
socialista!
¡Viva el surrealismo!**

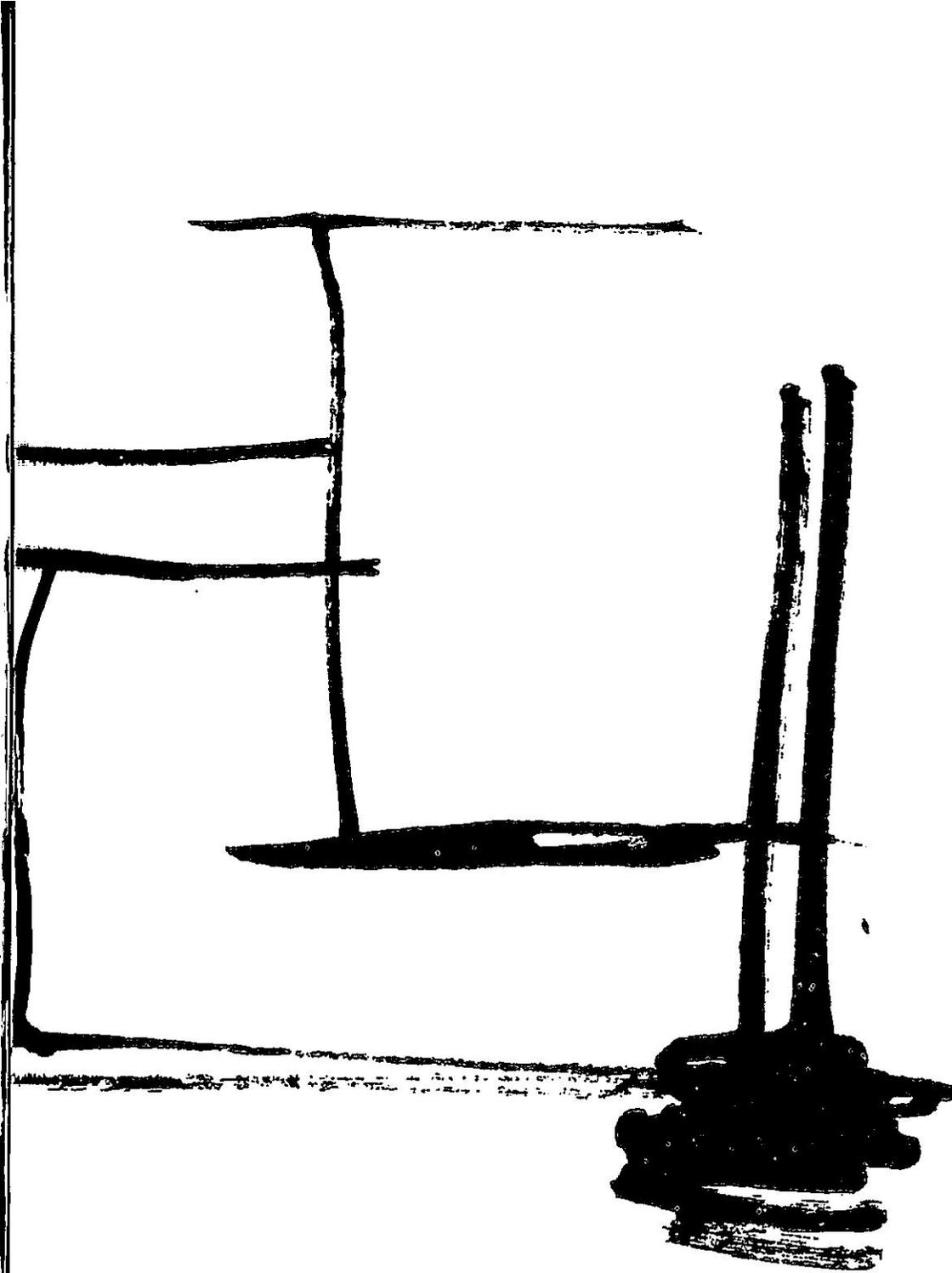
(Liceo Condorcet, París)

SOY MARXISTA DE LA TENDENCIA GROUCHO

(Nanterre)

*Las reservas impuestas al placer
excitan el placer de vivir
sin reservas*

(Nanterre)



A todo esto los muchachos argentinos me habían invitado a beber un vaso de tinto en su Casa de la Cité, y escuchábamos un disco de María Elena Walsh mientras Matta empezaba a pintar en la pared a un general con cuatro patas cayéndose de un caballo con solamente tres.

¿Vé? Los pintores de ahora: la misma cosa. Habría que dictar una LEY/ ¿Y si se prohibiera la venta de tubos de colores?/ No se crea, estos desgraciados le pintan con cualquier cosa, hollín, fondo de cerveza, escupidas mezcladas con puchos/ ¿Y los escultores? Domesticar la luz, dígame un poco qué idea. Muy bien hecho eso de expulsar de Francia a Julio Le Parc, así aprenderá. ¡Ah, Rodin, heho hera hel harte!

CACHE-TOI, OBJET

(Sorbona)

Cuanto más hago el amor más ganas tengo de hacer la revolución, cuanto más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor

(Sorbona)

La poesía está en la calle

(Rue Rotrou)

*Escucha amor, escucha el rumor de la calle,
eso es hoy el poema, eso hoy el amor.
El ritmo, una vez más, es el solo pasaje:
Rodin, Uccello, Cohn-Bendit, Nanterre,
la voz de Elena Burke y de Cathetine Sauvage,
la primer barricada al alba en el Boul'Mich',
el café que se bebe entre dos manifiestos,
a veces la ternura, Ecoute, camarade...
o el zarpazo, Dis-donc ils se foutent de nos gueules!
y Saint-John Perse y Vargas Llosa y Losey
entre Thelonious Monk y José Antonio Méndez,
el ritmo de la noche en la voz de Marcuse,
los nombres del amor cambian cómo los días,
hoy es Jean-Luc Godard y mañana Polanski,
los estudiantes corren al asalto del tiempo
bajo las cachiporras de las bestias de cuero,
y nada pueden contra su ritmo de trigales
y nada pueden contra tu sonrisa, oh mi amor
que aniquila jugando las bombas lacrimógenas!*

La libertad ajena amplía mi libertad al infinito (BAKUNIN)

(Liceo Condorcet, Paris)

Un pensar que se estanca es un pensar que se pudre

(Sorbona)

*Lo imposible se hizo día en la Sorbona, un largo mes de día,
se despertó despezó en la calle en los cafés
y un pueblo que no hablaba más que para callar*

*On es poli on est discret on est français
On est terriblement intelligent*

*descubrió la Palabra hizo el amor con ella
en cada esquina bajo cada puente
un árbol de sonrisas nació sobre el cemento
se discutió con rabia pagándote un café
las ideas cuchillo los argumentos piedra
En París se pidió lo imposible con las manos desnudas
con la palabra se pidió lo imposible, los actos
buscaron destrozar las máscaras del tiempo
la Gran Costumbre el Gran Consumo el Gran*

Sistema { Libertad
Igualdad } MON CUL
Fraternidad }

HABLEN CON SUS VECINOS

(Facultad de Letras. París)

SOLO LA VERDAD ES REVOLUCIONARIA

(Nanterre)

Francia para los franceses, slogan fascista

(Facultad de Ciencias Políticas, París)

Y el que hoy escribe se quedó ese día mirando largo tiempo las inscripciones, releyendo FRANCIA PARA LOS FRANCESES, y eso también era su América,

*Argentina para los argentinos
Cuba para los cubanos
México para los mexicanos.*

Pensó en Simón Bolívar, pensó en un argentino batallando y muriendo por Cuba y por el mundo de los desposeídos, pensó en cubanos venezolanos guatemaltecos bolivianos colombianos peruanos que se juegan la vida por quienes no siempre lo merecen, pensó en las nacionalidades, vio fronteras aduanas policías ejércitos educación primaria (¡la PATRIA, niños, la PATRIA!) vio razas vio pieles vio cabellos oyó lenguas

Y ese mismo día un periódico que todavía se llama L'HUMANITÉ denunciaba a Daniel Cohn-Bendit, judío alemán, intruso, extranjero metido en casa ajena

Y hace menos de un año en Bolivia los gorilas frente a Régis Debray, otro extranjero...

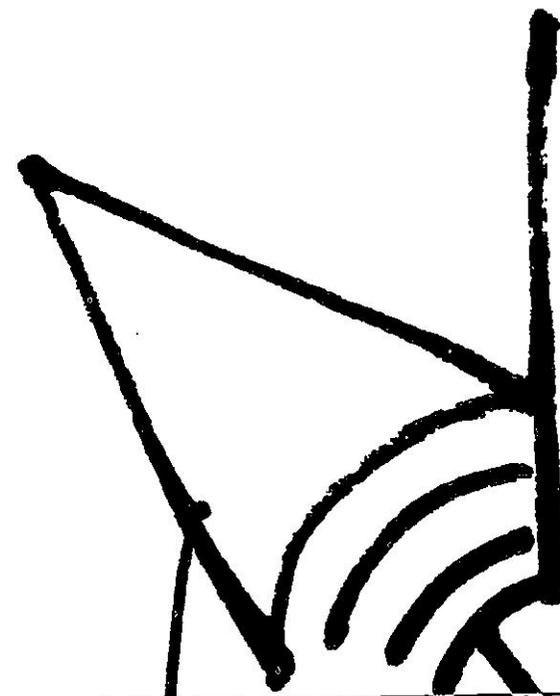
*Entonces la Palabra en la piel de los jóvenes,
desnuda y nueva, pegada a lo real a lo vivible,
la Palabra estallando en cien mil bocas
en el Odeón, en Charléty, en la rue Soufflot,
en la Sorbona y la Bastilla, de grito más hermoso
que haya gritado Francia en veinte siglos:*

NOUS SOMMES TOUS DES JUIFS ALLEMANDS!

*Mientras dure la Máscara
todos somos judíos alemanes
mientras los presupuestos alimenten ejércitos
todos somos judíos alemanes
mientras dividan la Ciudad
todos somos judíos alemanes
el Che, Régis Debray, Cohn-Bendit, Rudi Dutschke
judíos alemanes
los estudiantes sublevados de Río y Buenos Aires
de Santiago y Milán
de París y de Zurich y de Berlín Oeste
y todos los que creemos
en la revolución y el hombre
judíos alemanes.*

*Hasta que nazca el tiempo de la única cosecha
y judío alemán negro argentino chino francés árabe indio*

*sean palabras que se usaban
en la Edad media que acabó a finales
del siglo veinte amén.*



ESTAMOS TRANQUILOS: 2 MAS 2 YA NO SON 4

(Facultad de Letras, París)

**La revolución no es un espectáculo
para anglicistas**

(Nanterre)

INVENTEN NUEVAS PERVERSIONES SEXUALES.

¡NO PUEDO MAS!

(Nanterre)

**VIVE LA CITE
UNIE-VERS-CITHERE**

(Id.)

PROHIBIDO PROHIBIR

(Sorbona)

Vous tendez une allumette a votre lampe et ce qui s'allume n'éclaire pas. S'est loin, très loin de vous, que le cercle illumine.

René Char

Yo vi la edad de oro, la sentí brotar en la ciudad como un tigre de ospigas, la edad de oro no era en absoluto de oro, ni siquiera una edad: rolámpago entre dos nubes de petróleo, caricia de unos pocos días entre pasado y futuro, yo vi la edad de oro, se llamaba París en mayo, no era la odad de oro pero ardía y brillaba, en cada esquina se buscaban las manos, se abrían las sonrisas, se discutían los quehaceres, se mataban dragones escolásticos, se dibujaba una silueta humana, algo nacía hacia el encuentro, algo cantaba desde nuevas gargantas para nuevas memorias.

Hay que abandonar la teoría de la "vanguardia dirigente" para adoptar la teoría más simple y honrada de la minoría actuante que desempeña el papel de un fermento permanente, que impulsa a la acción sin pretender dirigirla.

Daniel Cohn-Bendit

**Hay que explorar
sistemáticamente el azar**

(Facultad de Letras, París)

Lo único inmutable en el hombre es su vocación para lo mudable; por eso la revolución será permanente, contradictoria, imprevisible, o no será. Las revoluciones-coágulo, las revoluciones prefabricadas contienen en sí su propia negación, el Aparato futuro.

**La inteligencia camina más que el
corazón pero no va tan lejos** proverbio chino

(Sorbona)

el derecho de vivir no se mendiga, se toma

(Nanterre)

*Entonces cachiporras y gases lacrimógenos
calabozo expulsiones: Ya aprenderán hijos de puta.*

*¿Qué importa, camaradas? Nada es seguro, y eso
es lo seguro. Porque los monolitos
durarán mucho menos que esta lluvia de imágenes
esta poesía en plena calle triturando el cemento
de la Ciudad Estable.*

Et qu'opposer sinon nos songes
Au pas triomphant du mensonge

Aragon

*Sí nuestros sueños
una vez más los sueños golpeando como ramas de tormenta
en las ventanas ciegas
una vez más los sueños
la certidumbre de que Mayo
puso en el vientre de la noche
un semen de canción de antorcha la llamada
tierna y salvaje del amor que mira hacia lo lejos
para inventar el alba el horizonte.*

DURMIENDO SE TRABAJA MEJOR: FORMEN COMITES DE SUEÑOS

(Sorbona)

Paris, Saignon, junio de 1968

(Publicado en «Casa de las Américas» nº 60).

LAS SEMANAS (I) *

ANTONIO Y MANUEL MACHADO

LA SEMANA, X

Los que tienen vergüenza.—Patentes sin contribución.—El pan nuestro.—Aristócratas.—Música.—Un pelardo.—En Madrid.

Todo el mundo se queja. Unos con razón y otros sin ella, pero entre los que la tienen y entre los que dejan de tenerla, están armando la primer algazara.

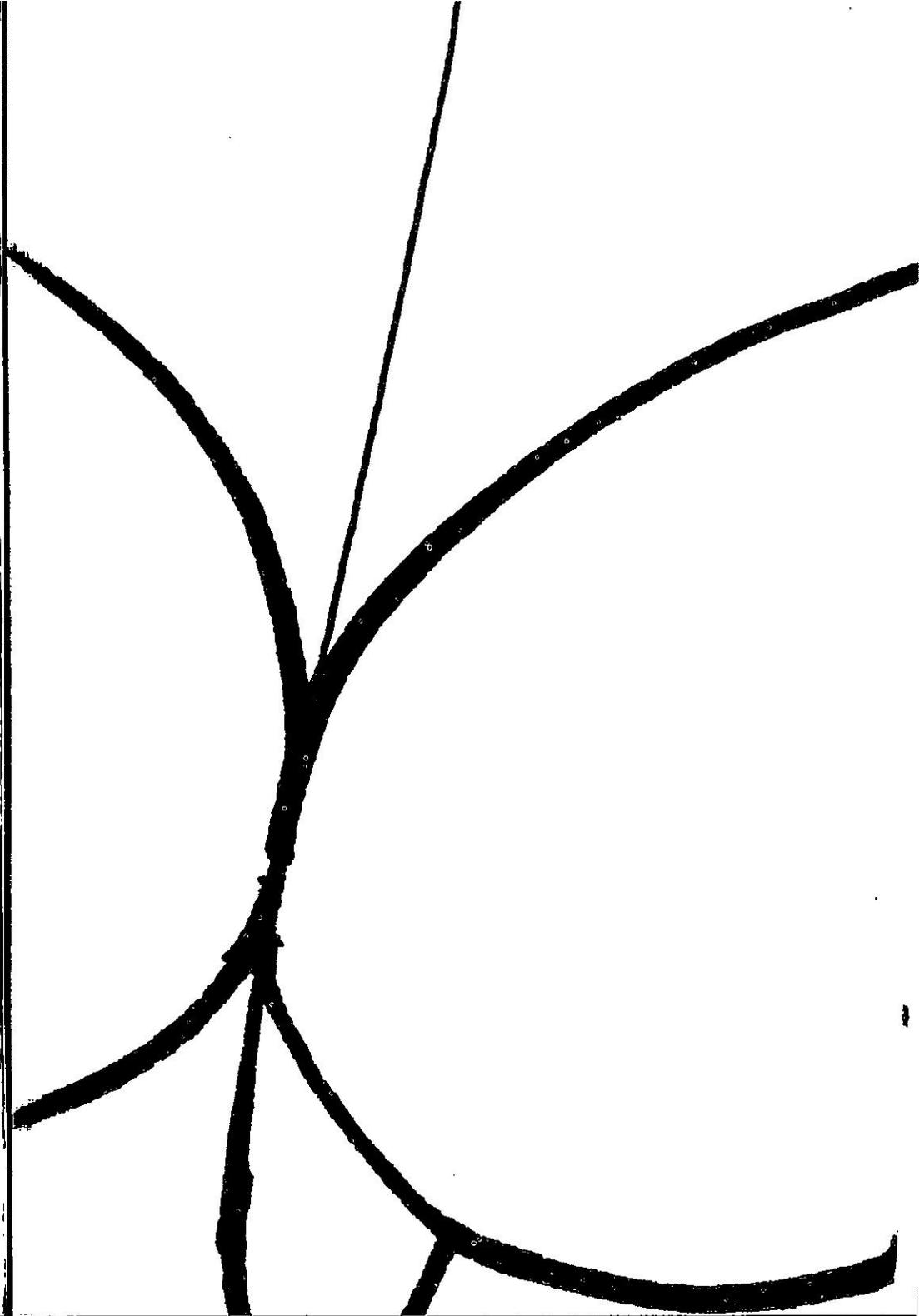
La paz está reñida con los fusionistas. Y sobre todo con Gamazo. Ahora se atreve a criticar su conducta, en lo que respecta a la contribución de carruajes, uno que tiene coche y vergüenza. ¿Quién será el feliz ciudadano que en esos tiempos *gasta* esos lujos? Sobre todo el del coche. En fin, sea el que fuere, ello es que se queja de la orden referente a precintar los carruajes que no estén destinados al uso, para evitar la defraudación del contribuyente, y juzga el impuesto de coches de tal manera *impuesto*, una contribución del decoro de las clases acomodadas.

No para aquí la cosa. Sino que otro sujeto que tiene máquinas y vergüenza le quita la razón al que tiene coche, fundándose en que si para éste es depresivo el precintar los vehículos, también lo es para él precintar las máquinas.

A la generalidad de los españoles no nos tendrán que precintar ninguno de esos artículos, y por lo tanto allá se las hayan los afortunados y dignos maquinistas y los encopetados y *arrastrados* seres que tienen coche y vergüenza, entre los cuales está Gamazo.

* * *

¿Y qué me dicen ustedes de las patentes de alcoholes? De seguro me dirán que se les han subido a la cabeza de tanto nombrarlas. Y a



propósito. Hay una clase de patentes de alcoholes que no pagan contribución debiendo pagarla. Me refiero a los alcoholizados, ajumados, borrachos, o pítimas como ustedes gusten llamarles. A esa respetabilísima clase de individuos que andan de timba en timba, de tumbo en tumbo y de tunda en tunda todo el santo día. A esos ciudadanos que recorren, beodos la corte y sus arrabales exhibiéndose como una patente de alcohol a todos los delegados de la autoridad y a todos los que tienen la desgracia de encontrárselos.

¿Qué más patente de alcohol que el sereno de mi barrio que nunca está sereno?

Pues ahí le tienen ustedes —es decir, aquí, en mi calle le tienen ustedes—, con el chuzo roto, el farol apagado, sin llaves en el cinto y con una arroba de vino en el cuerpo. Y sin embargo, no sólo se ve libre del pago de contribución alcohólica, sino que a veces sale de la tasca sin pagar al tabernero el precio del mosto bebido.

* * *

El pan nuestro de cada día va siendo de peor calidad y de menos peso.

Entre buenas manos está el pandero, o por mejor decir, entre buenas pezuñas está la harina. Y eso que esta es harina de otro costal.

Pero ahora resultan malos todos los costales.

Los que han conocido la calidad de los panecillos han sido nuestros guardias de inseguridad.

En la calle de San Mateo se liaron a sablazos con los panaderos y éstos se defendieron a francesilla limpia.

El pan anduvo por los aires durante largo rato y hubo rosca que está haciendo que se rasque aún algún guardia municipal, y libreta que hizo brotar más de una libra de sangre por las narices de un agente de policía.

Ello es que los municipales dijeron en el Municipio:

—El pan se ve que es duro, pero lo que es falta de peso no lo está.

Y tenían razón los del desorden.

* * *

Una baronesa alemana y un príncipe ruso, han sido detenidos en la estación de San Sebastián en el momento de tomar asiento en un vagón de tercera.

El dicen que estaba hipnotizado. Yo creo que lo que estaba era oln un real. Porque ¿a qué príncipe ruso se le ocurre viajar en tercera? Ni aún siendo amigo de Gamazo.

Pero volviendo a la encofetada pareja, debo decir, que él ingresó on el Hospital y que ella fue conducida a la cárcel por la falsedad de unos documentos que presentó al juez de guardia y por haber cometido una estafa en una casa de huéspedes.

* * *

Tengo el gusto de participar a ustedes que D. Venancio González ha estado en Tembleque y en Villacañas. El hombre estuvo visitando los silos y hablando de las inundaciones.

Ha ido con el propósito de construir un barrio, con unas casas muy bonitas, de un solo piso, con patio y cuadra. Menos mal que se ocupa de los animales.

Dentro de breves días regresará a Madrid a reunirse con sus compañeros de Gabinete.

Ya podemos estar tranquilos.

* * *

¿Con qué ustedes no han sentido la necesidad imperiosa, la absoluta necesidad e imprescindible de que nuestro ejército tenga tambores?

¿No?

¡Pues yo sí! Y no me tachen ustedes de ministerial; pero la vordad, a mí me parece gran idea esa de los redoblantes, la mejor que oscapó de la mollera de López Domínguez.

¡Caramba! y será un primor el ver a nuestros soldados por esas calles formados tocándonos el tambor.

¡Plán. Rataplán!... ¡Ya verán que chusco y qué bien que sienta! Y cuando te pasen la cuenta!...

¡Plán! ¡Rataplán! ¡Rataplán!

* * *

Pero es el caso que mientras los soldados tienen la suerte de que se les agasaje con música o por lo menos con que hacerla, a los generales no les va tan bien.

Y véase la clase.

A D. Arsenio Martínez, Campos le han dando, por desgracia, un gran linternazo los petardistas de Barcelona. El Sr. Castelví, también general, participó también de la explosión de los petardos dedicados a su jefe. Otro tanto le ocurrió al Sr. Clemente, y al general Molíns estuvo a punto de acontecerle lo mismo:

Bien podemos sostener por tanto que en «generales» están las cosas tan mal que peor no puede ser.

Afortunadamente ninguno de los heridos reviste gravedad, y en cuanto a D. Arsenio él mismo da cuenta a Sagasta del estado de su salud en un telegrama,

Que es un despacho notable y chuaco y hasta guasón en que el general afirma dando prueba de valor que ha sido una «raspadura» la herida de que se habló y que, a no ser por el golpe no sentiría dolor.

* * *

En cuanto a nosotros, los que habitamos la villa del oso, no lo pasamos del todo mal y aún podemos decir que estamos de enhorabuena, porque aparte de que el mejor día nos hundimos por obra y gracia del alcantarillado en combinación con las cañerías de agua, y haciendo caso omiso de la cuestión de impuestos, al par que de las patentes, las enfermedades, los turbiones, etc., todo lo demás va bien, y en punto a honores y grandezas ¿qué más pediremos, cuando la Corte se ha venido ya con nosotros, abandonando el palacio de Miramar por el de Mira la Plaza de Oriente?

¡Vamos, que era cosa de ser felices!

TABLANTE

(La caricatura, n. 63, 1-X-1893).

LA SEMANA, XI

La caída de Sagasta.—La bella chiquita.—Indiferencia.—Historia.

El actual presidente del Consejo de ministros que, según afirma, *El Liberal*, tiene la añeja costumbre de dar un buen paseo todas las tardes, costumbre que sólo interrumpe cuando le abrumen los deberes del Gobierno o cuando se lo impide el mal tiempo creyendo cumplidos los primeros y halagado por el sol de una espléndida tarde, salió hace días a dar una vuelta en coche, dirigiéndose a las alturas del hipódromo.

Ya en estas alturas, se apeó del carruaje con el propósito de ejercitar sus piernas andando, y tuvo la maldita idea de apoyar su bastón sobre una piedra por la que resbaló aquel, cayendo al suelo por su propio peso D. Práxedes Mateo Sagasta.

La casualidad produjo la caída del jefe de los fusionistas:

¡Qué triste augurio! ¡Cómo se le ha eclipsado su buena estrella!

Va a San Sebastián y le reciben a pedradas y entra en Madrid con un mal pié que se le disloca el derecho y se fractura el peroné del mismo lado.

Y gracias a que la ocurrencia fue próxima a la casilla de un guarda y allí pudieron sentar a D. Mateo en una silla los Sres. Laá y Puebla que le acompañaban, y gracias a que allí mismo el guarda tenía una manta con la que cubrió al jefe del Gobierno.

Unos cuantos conservadores que pasaban en aquel momento junto a la citada casita y que vieron salir tan abrigado al Sr. Sagasta, volvieron al centro de Madrid asegurando que habían contemplado con sus propios ojos el *manteamiento* de D. Práxedes. En cambio a otros cuantos ministeriales que presenciaron la escena no se les ocurrió otra cosa sino decir al Sr. Laá que sujetaba la manta: —¡Tapa! ¡Tapa!

La familia real muestra un vivísimo interés por la salud del ilustre enfermo. Nada más lógico. El paciente sufrió agudísimos dolores y ha estado muy débil. Los médicos que le asisten tuvieron necesidad de humedecerle el apósito repetidas veces y no menudearon más esta operación por lo propenso que está Sagasta a padecer entramientos. Éste, no obstante, viendo el temor de los facultativos, les animó diciéndoles:

—«Amigos míos: Baza mayor, quita menor; venga el agua fría y no se preocupen ustedes de si vendrá o no vendrá el enfriamiento.»

Palabras que traen a la memoria involuntariamente las que dirá a sus compañeros en la oposición:

—«Amigos; venga el poder y no nos preocupemos de lo que pueda venir.»

En fin, afortunadamente, la caída ha sido debida a la casualidad. A nadie puede culparse.

¡Designios de la Providencial!

La Bella Chiquita ha armado en Valencia un escándalo monumental.

—No se puede ser bello, —me decía un chato hace días. Cada valenciano se ha convertido en un padre de familia y

cuando empezó la chiquita
a bailar la Bayadera,
y al movimiento del vientre
añadió el de las caderas,

bailaron hasta las sillas del teatro, los bastones de los espectadores y los abanicos de las espectadoras; todo fue por los aires. Y para que nada faltase tuvieron que intervenir en la *danza* los agentes de orden público. Y esta *danza* no fue de vientre ni de caderas sino de keplis, de sables, de piernas y de linternazos. Aquello fue un galope infernal.

La pudorosa ciudad del Turia es una inmensa congregación de padres de familia y de familia sin padres:

En lo que no puedo estar conforme con *El Liberal* es en que el público permaneció frío después del baile. Y no estoy conforme porque en Valencia hace bastante calor a fines de septiembre, y mucho más calor en un teatro lleno de espectadores y muchísimo más calor después de haberse contoneado la Bella Chiquita.

¡Cualquiera siente frialdades después de ver un movimiento de caderas! Lo que siente uno es gana de *jaleo* y por eso lo armaron los valencianos.

Como lo hubieran armado los rusos a pesar de sus capotes y de su temperamento glacial, y Castelar a pesar de sus miramientos.

★ ★ ★

La verdad es que estamos en unos días en que no ocurre nada notable ni extraordinario que se preste a los comentarios y disquisiciones de costumbre. Nada que perturbe la marcha natural de los acontecimientos ni consiga impresionarnos por uno u otro modo.

Verdades que hay en esto, por nuestra parte, mucha dificultad



para dejarnos impresionar, o mejor, mucho cansancio de las terribles sensaciones recibidas aún no hace muchos días, con más de que aquí, y en fuerza de costumbre, no nos alborotamos por cualquier cosa. Quiere decirse que ni los sucesos de la semana, ni las reformas políticas, ni el abandono de los servicios, ni las irregularidades administrativas etc., etc. (cada etcétera de estos representa una serie de atrocidades de a folio) consiguen sacarnos de nuestras casillas y que el que más y el que menos, con andar en busca de la peseta reglamentaria, no se ocupa de más ni se le da un ardite de cuanto pasa alrededor suyo si no es algo que le toca y atañe personalmente.

Por eso digo y repito, que como no se hundan por ahí un par de provincias o no asome Gamazo la oreja de economista, como no ocurra, en fin, una barbaridad muy gorda, que venga a trastornar profundamente nuestra sesuda indiferencia, habrá que perder toda esperanza de animación y de bullicio, sin la cual yaceremos los españoles en el más profundo aburrimiento, y sino viene el cólera vendrá el esplén o esplín a acabar con nosotros, hartos de tranquilidad y de cocido, cuando Dios sea servido de llamarnos al otro mundo.

* * *

Pero no hay que apurarse por eso, no señor; por que, si a nosotros no nos ocurre nada de particular, ahí están dos rusos (por cierto que nos no vienen mal ahora que entra el frío), que se traen consigo toda una historia de percances más que notables: el príncipe *Van* no sé qué y la baronesa *Van* no sé cuantos, que a pesar de su elevada alcurnia parece que no van muy allá en materia de recursos, y que apenas llegados a nuestro país han dado en el Hospital y en la cárcel; respectivamente, con sus molidos y asendereados cuerpos.

Inútil es decir por qué, ya lo sabrán ustedes, o
se lo han figurao

como decía Menegilda, que ella y él están unidos por el dulce y apretado lazo del amor.

* * *

Y a propósito de Menegilda. ¿No saben ustedes lo que le ha ocurrido al maestro Chueca hace pocos días? ¡Pues es chistoso!

Unos *ratas* le sustrajeron la cartera con sesenta duros que llevaba dentro. (Lo cual no tiene nada de raro).

Pero lo notable fué, que apenas conocieron los tales *ratas* quien

era el dueño de la cartera, se la devolvieron intacta, con los sesenta duros y cinco más que pusieron de su cosecha, rogando al maestro que los aceptara en memoria de ellos, y como muestra de gratitud por la famosa jota de *La Gran Vía*.

Esto, al menos, relataba hace poco *El Liberal*, si es verdad o es una broma no me atrevo a asegurar, que pudiera ser mentira y pudiera ser verdad. ...Aunque por muchas razones bien se puede aventurar, que, tratándose de un músico, será *música* no más.

TABLANTE DE RICAMONTE
(*La Caricatura*, nº 64, 8-X-1893)

* Esta recopilación de textos ha sido realizada por Julio R. Puértolas y Gerardo Pérez (véase LA PLUMA n.º 3).

POEMAS

LEOPOLDO AZANCOT

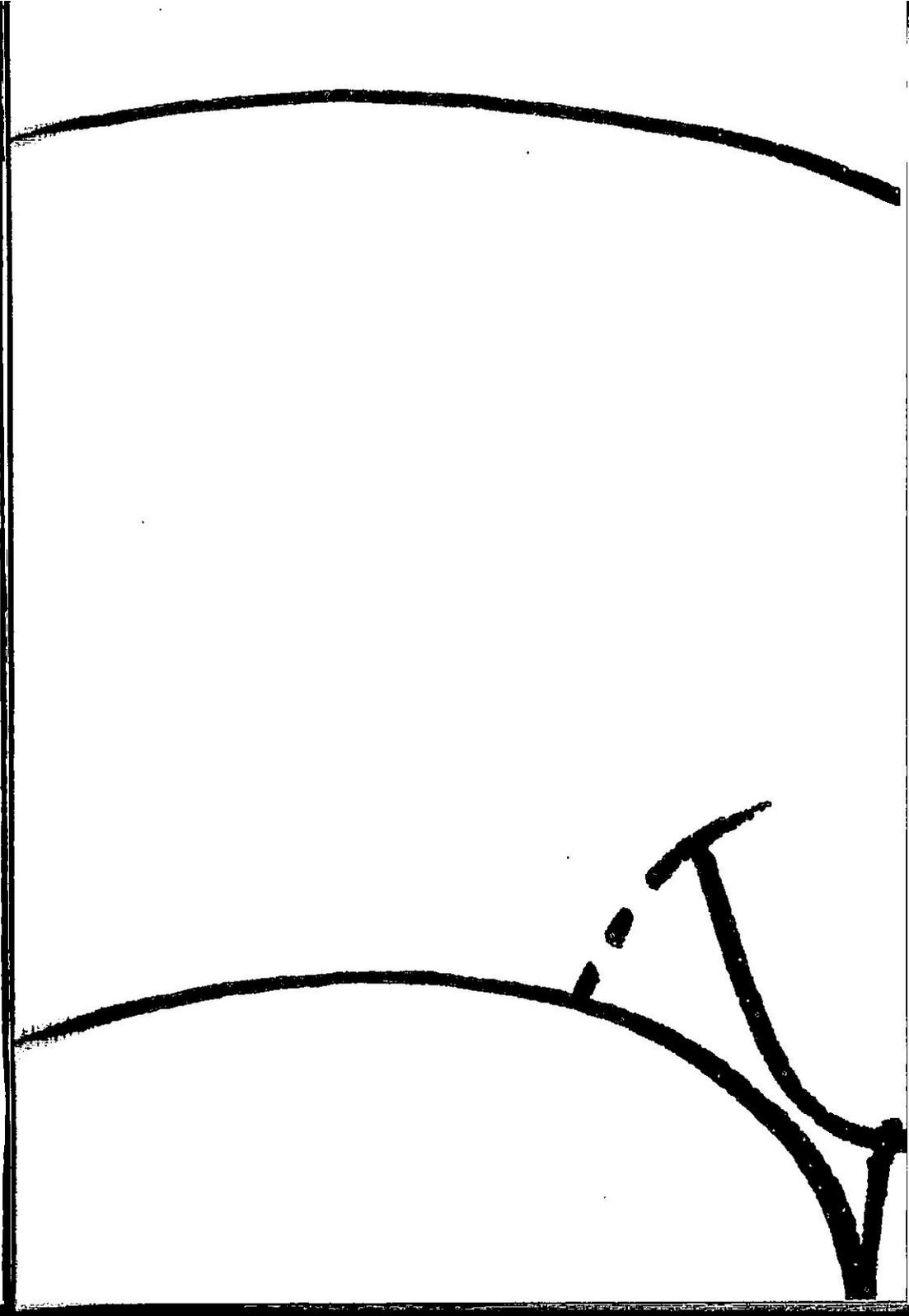
Mancha de oro
sobre la púrpura de estos ojos,
pájaros en llamas
pájaros del balanceo y del ominoso crujido
con que la rama
y el árbol todo de tu presencia hostil
los rechaza —me rechaza—
ahora y luego
y siempre;
mancha que de repente se agranda
y es de nube
o la noche
sobre la ciudad inerme:
¡tu sombra,
tu sombra,
David!
Ya todos duermen.
Pero ella avanza.
Con plumas, rosa y esmeralda,
de mis prietos labios, que sangran,
se alza en vuelo el grito.

II

En adontras en la noche
como el murciélago:
sin rozar la porcelana desteñida
del azul crepuscular.
En vuelo sin rumores,
sin meta,
que desplaza el horizonte
hacia el equinoccio mismo
de la negrura —o de su ausencia—
total.
¡Alma mía!
El centro de la esfera mágica
no desplaza contigo;
la ilimitada ascensión,
el descenso vertiginoso,
configuran una jaula
que, como tu canto irrisorio,
lleno las dimensiones mismas
del abismo donde te sumes
y yo—
sin una queja.

III

Surge con el sol que se pone
y la noche lo anula.
Siempre a tus espaldas,
se insinúa en la húmeda plata
esquiva de los espejos,
en el acero dormido del casco y del escudo
sobre la hierba, en las espadas,
entre los caídos párpados y furtivos sueños
del caballo,
restituyéndote, si los contemplas,
ese esplendor primero y ajeno
—la temblorosa mirada marina
y los fulgores marchitos,
en tu sonrisa, del ocaso—
que presentías bajo la vehemencia carnal
de la muchacha con arreboles
en la tiniebla compartida.
Vuelve, pues, la cabeza. Desoye los címbalos
con que la brisa convoca nubes y pájaros
bajo el mármol vetado de rojo
del cielo crepuscular:
el castillo, tu meta, se alza ante ti.
Enhiesto, aureolado por tus cabellos donde el bronce
se esmalta con el verde sumiso de las hojas prendidas,
obsérvalo, mira sus almenas y sus torres
que el viento, bandada de halcones,
sobrevuela, y déjalo fundirse,
oro sobre oro, en el incendio con trompetas
de la tarde y las cenizas.
¡Retente!
La gloria de sus llamas te aniquilaría.



CONCIERTO EN SEVILLA

ANDRÉS SOREL

Pronto supo que la llamaban Loba. Algunos, los menos, la decían Loca. Obedecía la diferente cualificación, sin duda, a las relaciones, bien reales, bien imaginarias, que unos y otros tenían con ella. Loba, sin embargo, terminaba imponiéndose en las conversaciones centradas en torno a su persona.

Fue en la catedral donde Adrián la vio por vez primera. Ya había atardecido. Aún llevaba el perfume, la quietud del Patio de los Naranjos, cuando, confundido entre el público, atravesó la puerta principal y volvió a pisar la cruz latina de su planta camino de la nave central.

Había entrado al Patio por la puerta del Perdón. Secos corrían los canalillos abiertos desde la fuente en que, otros tiempos, los moros hacían sus abluciones. Tiraban naranjas unos chiquillos a las palomas. Se besaba, al fondo, junto a la Galería de Levante y donde se ubica la Biblioteca Colombina que guarda obras de Haendel, una pareja. Sentose en el pretil, frente a las dañadas puertas de alerce. Corría su imaginación al encuentro de un pasado imposible ya de recrear. Otra vez la angustia del tiempo. Impotente para ubicarse en otras dimensiones, ajenas a las que ahora le envolvían. Cruzaba un coche de caballos la calle y tamborileaban sus cascos sobre el bronce revestidor de las puertas. Penetrando en el patio se alejaba, en la ciudad, de la ciudad. El beso se prolongaba. No quería dejarse llevar por la angustia.

Antes de la música venían las toses, los cuchicheos, las silabeadas conversaciones, ruidos de cuerpos acomodándose en sillas y bancos. Luego, apenas arrancó a tocar el órgano, Adrián se perdió, flotando en la fuga de las teclas, intentando comprender, o al menos no ignorar, la causa de su atropello, aquellas angustiosas huídas de las notas,

música presa de los muros que la cercaban y destruían, inquiriendo cual era el sentido del grito, los gritos de sus búsquedas.

Tuvo la visión de la música: el pentagrama armónico donde notas o instrumentos se combinan en la belleza de una perfecta conjunción que ilustra los ojos de quién, aún sin saber leer, es capaz de sentir la armonía de semejante composición, vista-oido fundiéndose en un único placer; el pentagrama atormentado, las líneas que en rectángulo cierran las notas en una prisión que distribuye los signos en ondulaciones dolientes, grandes manchas blancas huérfanas de sonidos, hasta que un do sostenido marca la reflexión del creador que vigila y ordena aquella plegaria quejumbrosa, arrancada al dolor-éxtasis de su fiebre iluminadora; el pentagrama enloquecido: notas a la deriva cual buques acosados por profundas olas, apenas si da tiempo a la mirada para seguirlas y menos para abarcarlas, encadenadas sus distintas alturas y posiciones, incluso contrapunteadas por anotaciones prácticamente ilegibles... La visión de la música era para Adrián una forma de navegar por el sonido, incluso de penetrar en las tinieblas o claridades que envuelven la soledad del compositor en su difícil parto.

Luego volvía a la catedral. Era ya una catedral distinta a la visitada tantas veces de niño. Podía ahora dormir plácidamente sus ojos en la Virgen de los Reyes, sin obsesionarse por la urna plateada donde reposa el incorrupto cuerpo de San Fernando: algunas veces, 30 de mayo, fecha en que se mostraba al pueblo el cadáver embalsamado del rey, se mezclaba entre los fieles para ver aquella cerúlea cara: más que el cuerpo sus ojos —descubridores entonces de letras e historias— sugían los caracteres que en castellano, hebreo, latín y árabe compusiera su hijo, el Sabio, y su imaginación viajaba tras la espada que tantos sermones había originado a lo largo de la historia de la catedral. ¿Sería acaso un reflejo la música —heredera de los viejos neumas medievales— de los timbales, atambores, que a rebato llamaban en la agonía del asedio desatado por el rey cristiano contra la ciudad de Jovilla? Acampaba éste en los llanos de Tablada, agosto del año nominado 1247, entre la ambición y el cansancio apenas turbado por historias milagrosas, de Vírgenes o hazañas llevadas a cabo por el caballero Pedro Machuca, en espera del total estrangulamiento de la ciudad —y el sol se inmovilizaba una vez más bíblicamente sobre ella, jugajoso y renqueante en su desplazamiento llorado por miles de ojos hacia él vueltos desde la cantada amanecida hasta la nueva lujuria del anochecer, en espera del agua que nunca había de llegar, en la sombra de una tímida brisa y reposo de miel ardiente en brazos y bocas al fin turbados para que el esperma derramado consiguiera cerrar los

rostros ahitos de quietud y miedo—, la ciudad que iba perdiendo, durmiendo mejor sus fuerzas en la inútil resistencia no contra las armas del rey castellano, sino contra el insalvable foso del Guadalquivir portador más que de agua de ardientes cenizas y hojas afiladas en circular abrazo de muerte. La sed y el hambre, el estupor y la abulia, un suicidio escéptico y paralizante dormían ya en las estrechas callejuelas sevillanas, que habían perdido el repiqueteo plácido y monótono de los borricos tanto tiempo cantadores de sus piedras o ladrillos —frutas, búcaros, cisco, telas, pescado, perfumes, flores, cintas, almendras, higos, miel, caracolas de estriadas formas y rosáceos o lechosos colores que lo mismo servían para portar filtros de amor que mortíferos venenos, especias. Pasaba ahora rechinando en sus desengrasados ejes, lenta y solitaria como el sol clavado en lo alto de los cielos, alguna carreta llena de agonizantes, soldados famélicos horcajeados sobre escuálidos caballos, camellos trastabillantes y que bamboleaban sus jorobas de uno a otro lado de los silenciosos muros —hasta la yedra se secaba y las chicharras silenciaban su escuálido ronroneo— donde ya el calor era simplemente muerte. Ventanas cerradas. Agua detenida en las fuentes de los patios. Azoteas sin ropas que orear al sol. Un poeta ciego recitaba tal vez en la última jornada de su vida las palabras escritas en tiempos si muy recientes pronto lastimosamente antiguos por Abu-l-Wali El Sakundi:

«Sevilla, de templado clima, magnificientes edificios y alamedas sucedidas sin interrupción, en continuidad que ningún otro río del mundo tiene»... mientras frente a la ciudad, en la tensa e ininterrumpida vigilia de los ojos cristianos que la acechaban, al rey le decían:

«Mañana capitulará. Podréis Señor pasear sus calles: nadie osará alzar sus ojos ante Vos. A la luz del sol Sevilla abrirá ante vuestra Regia presencia todo su encanto: es tan bella, tan rica, que podríais de proponérselo encontrar leche de pájaros en sus jardines.»

Les pasarían a cuchillo. Todos los no huidos serían pasados a cuchillo. 300.000. Aquel día 23 de noviembre de 1248, soldados cristianos millonarios del polvo de Castilla, se repartirían las casas y tierras abandonadas. Axataf, último de los reyes almohades en ella asentado, angustiaba su pecho en los muros del convento de San Jerónimo, camino del exilio, recordando tal vez que por encima de la familia, la raza, la religión, incluso el amor, está siempre la ambición, que el poder ciega los ojos de los hombres aunque sean hermanos, que toda aquella tragedia, suya y de su ciudad, suya y de su pueblo, se había fraguado con la ayuda de Ibn-l'Ahmar, rey de Jaén, que ya apoyara a los cristianos en la conquista del castillo de Alcalá de Guadaíra, sintiéndose

Axataf como un débil pájaro, temblón y tímido, al que voraces y altivas águilas, aunque ojos, pico y pluma como él tuvieran, acechan en su huida.

Ni tampoco buscaría —pues ya nunca dejó de perseguir la historia, no sólo la en libros relatada, sino la que a veces buscaba imaginar— los sarcófagos laterales que encerraban los restos del rey Alfonso, hijo del Conquistador, de Beatriz de Suabia, de Pedro el Cruel, tan ligados igualmente a su ciudad —todos los días miles de ciudadanos, sevillanos o de los otros mares y campos del mundo pisaban en sus desplazamientos o paseos los emblemas que el primero de ellos legara a Sevilla— para que la capilla cobrase vida y se repoblara de figuras reales que muchas veces traspasaban el plateresco encierro de sus retablos y no derramaban por las calles del Viejo barrio.

Ahora la música se había interrumpido, volvían las toses y gorraspeos, algunas cabezas se torcían buscando conocidos o simplemente indagando rostros y presencias, crujían las sillas y bancadas. Fue precisamente en uno de los momentos calmosos de aquel concierto cuando los ojos de Adrián descubrieron el rostro de la Loba. Un rostro que borró inmediatamente el resto de las figuras contrapunteadas en el ocaso ceniciento de la catedral, oscureció aún más las sombras corridas en las naves de la misma, hasta resaltar exclusivamente aquellos ojos, grandes, oscuros como rasgados y azucarados dátiles sangrados en su contorno por redondos y remansados océanos de profunda negritud, la melena derramada en lánguida caída, como las hojas de un espeso sauce, retorcida dulcemente en su límite final, los labios, prominentes, ansiosos por abrirse y descubrir el hondón de una boca que guardaba, bajo los simétricos dientes la espejeante y moviente lengua, tan rica en saliva, tan felina en sus suaves e ininterrumpidos desplazamientos...

Siempre le recordaba este concierto la tormenta, el miedo, la huida, entremezcladas sensaciones componentes de un paisaje de su infancia. ¿De qué huían, hacia donde iban los pensamientos afiebrados que guiaban los dedos trazadores de aquellas abigarradas y continuas notas mezcladas en el pentagrama? Los dedos se pierden, desesperados, en el órgano, por él se arrastran, y la música le prende, le coge, le lleva: en su vida, su propia vida la que galopa, sosteniéndose unos años a otros, encadenándose los actos y pensamientos pasados a los por venir, sabedor ya de las mentiras envolventes de las grandes palabras y declaraciones, los actos rituales de la política o el amor, la inexistencia de la esperanza, el futuro no existe, ni el ayer, todo está lleno de muerte y de no ser, piensa, falsa es la tormenta, el subterráneo de marmóreos peldaños por el que se interna —cruza su camino una serpiente

atragantada su boca por la rata en ella incrustada— niños famélicos y de ojos inmensos cual los de los sapos saltones le esperan al final de la escalera que nunca concluye —no hay en los interiores antenas de televisión, no pueden en los sótanos corretear los helicópteros de la policía neoyorquina, falta en los interiores la imagen y la palabra, el color y el sonido, y en su lugar gotean paredes graníticas sangre y barro mientras los ciegos rasgan sus ojos en las aristas de las rocas con que tropiezan— es la fiebre, el organista baila ahora dulcemente en las teclas sobrecogidas de fe, esta angustia, esta angustia de saber que cuando deje de tocar, un segundo tan solo, la propia catedral estallará en polvo bailado por millares de telarañas...



POEMAS (*)

ERNESTO CARDENAL

EL CUENTO DE LOS GARROBOS

A la Asociación de Niños Sandinistas

Estuve en Niquinohomo y allí me contaron el cuento de un chavalo
que un día de agosto salió a cazar garrobos;
cogió la estación para allasito, siguiendo la línea del tren;
allí se encontró con un amigo;
era mediodía y hacía mucho sol,
y habían unos garrobos gordos tomando sol en los palos.

El chavalo con su pistola se apió el primer garrobo.
Y de pronto vino pitando el tren de «Los Pueblos»
y se espantaron los otros garrobos.
El tren venía cargado de gente, todos de kaki,
parecía que eran soldados nicaragüenses,
pero cuando pasaron el chavalo vió que eran marinos yankis que iban
para Jinotepe,
y el chavalo se puso furioso
y dijo que deseaba colgarlos a todos de los palos.
Lo interesante de este cuento es que este chavalo
después pudo realizar lo que deseaba.
Ahora en Niquinohomo me contaron esta historia
cuando estábamos haciendo museo la casa en que vivió ese chavalo.

OTRA LLEGADA

Fue a la semana después del triunfo
Veníamos de Cuba

(*) Estos inéditos han sido traducidos al árabe para la revista At-taqála
Al-aýna biyya por el profesor Muhammad Abdullad El Geadí.

En la celebración del 26 de Julio.
Y iba recordando el discurso de Fidel
y la frase de Martí «Todo es gloria en Julio».
Y aparece de pronto, azul sobre el azul, el Momotombo
libro por primera vez desde la época de los indios.
Los campos cuadrículados, de dulces verdes, al amanecer.

El lago de Monagua sonrosado en ese amanecer,
En la pequeña Isla del Pájaro junto a Managua
(también era de Somoza)
y no doy cuenta que se ve ahora más bello el país.
Y yo lo digo a Dora María que va a mi lado
mirando también extasiada la patria liberada
Este sueño que todos estamos viviendo y del que jamás despertaremos.

Antes esta belleza estaba como abochornada...
¿Qué bello se ve ahora el país.

Qué hermosa ahora nuestra naturaleza sin Somoza.
Y la emoción de oír sobre el largo rosicler
En la azafata de Cubana de Aviación anunciar
«¡¡¡ vamos a aterrizar en el Aeropuerto «Augusto César Sandino».

El avión lleno de comandantes guerrilleros.
Y ahora el bajarse sin temor
(y por cierto que no andábamos pasaporte)
y llegar a Migración, y llegar a Aduana,
y que le digan a uno: «Compañero.»

MEDITACION EN UN DC-3

No sé por qué recordé la frase de Novalis
«Tocar un cuerpo humano es tocar el cielo».
El piloto militar abría el mapa de la patria
para la niña morena de nueve años
(bajo la tierra nuestra)
En mano rozando su manita.
Abajo Muy-Muy, ríos, Nueva Guinea donde cayó Felipe.
«Es tocar el cielo...»
¿Pero si no creen en el cielo?

Es claro que no es la bóveda azul atmosférica
eso es siempre la tierra
y el ir volando en un DC-3 en el cielo de la patria liberada
es la tierra.
Pero la infinita noche negra
de las estrellas, con nuestra Tierra llena de humanos que se aman
y todas las demás amorosas Tierras
es el cielo
es el Reino de los cielos.

¿Y Novalis qué quiso decir?

Para mí está diciendo:
besuquear un bebé,
pareja con caricias profundas,
apretón de manos,
palmadita en el hombro,
lo humano tocando lo humano,
la unión de piel humana con piel humana
es cómo tocar el Comunismo con el dedo compañeros.

OFENSIVA FINAL

Fue como un viaje a la luna
con la complejidad y precisión de todos los detalles
contando con todo lo previsto
y también lo imprevisto.
Un viaje a la luna en el que el menor error podía ser fatal.
«Aquí Taller» — «Aló Asunción» — «Aló Milpa».
«Taller» era León, «Asunción» Masaya, «Milpa» Estelí.
Y la voz calmada de la chavala Dora María desde «Taller»
diciendo que los refuerzos del enemigo los estaban rodeando
peligrosamente,
la voz cantarina y calmada,
«Aquí Taller ¿Me están escuchando?»
Y la voz de Rubén en Estelí. La voz de Joaquín en «Oficina».
«Oficina» era Managua.
«Oficina» no tendría municiones en dos días más («Cambio»)
Instrucciones precisas, en clave, dónde sería el aterrizaje...
Y Dora María: «No tenemos bien guardada la retaguardia. Cambio.»
Voces serenas, calmas, entrecruzándose en la frecuencia sandinista.
Y hubo un tiempo en que el equilibrio de las dos fuerzas se mantenía

y mantenía, y estaba siendo muy peligroso.
Fue como un viaje a la luna. Y sin ningún error.
Hicimos trabajando coordinados en el gran proyecto.
La luna era la tierra. El pedazo nuestro de la tierra.
Y llegamos.
Y empezamos, Rugama, a ser de los pobres; la tierra ésta
(con su luna).

BARRICADA

Fue una tarea de todos.
Los que se fueron sin besar a su mamá
para que no supiera que se iban.
El que besó por última vez a su novia.
Y la que dejó los brazos de él para abrazar un Fal.
El que besó a la abuelita que hacía las veces de madre
y dijo que ya volvía, cogió la gorra, y no volvió.
Los que estuvieron años en la montaña. Años
en la clandestinidad, en ciudades más peligrosas que la montaña.
Los que servían de correos en los senderos sombríos del norte,
o chóferes en Managua, chóferes de guerrilleros cada anochecer.
Los que montaban mítines en el extranjero con banderas y gritos
o pisaban la alfombra de la sala de audiencia de un presidente.
Los que asaltaban cuarteles al grito de Patria Libre o Morir.
El muchacho vigilante en la esquina de la calle liberada
con un pañuelo roji-negro en el rostro.
Los niños acarreado adoquines,
arrancando los adoquines de las calles
—que fueron negocios de Somoza—
y acarreado adoquines y adoquines
para las barricadas del pueblo.
Los que llevaban café a los muchachos que estaban en las barricadas.
Los que hicieron las tareas importantes,
y los que hacían las menos importantes:
Esto fue una tarea de todos.
La verdad es que todos pusimos adoquines en la gran barricada.
Fue una tarea de todos. Fue el pueblo unido.
Y lo hicimos.

LA PLUMA Y OTROS RELATOS

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA

LA PLUMA

Había escrito varias hojas de papel cuando advirtió que desde hacía un rato la pluma escribía con tinta roja. Siguió adelante y un poco después aquella tinta le pareció sangre. Y era sangre, en efecto. Pero continuó porque tenía ideas felices y las palabras fluían con naturalidad. Así siguió hasta redondear lo escrito al tiempo de acabársele la sangre a la pluma y caer muerta de entre sus dedos.

LA OBSTINACION

Aquella pianista se obstinó en seguir tocando de una manera arrebatada hasta terminar su actuación aunque notaba que mientras tanto se aflojaban las teclas y algunas caían al suelo.

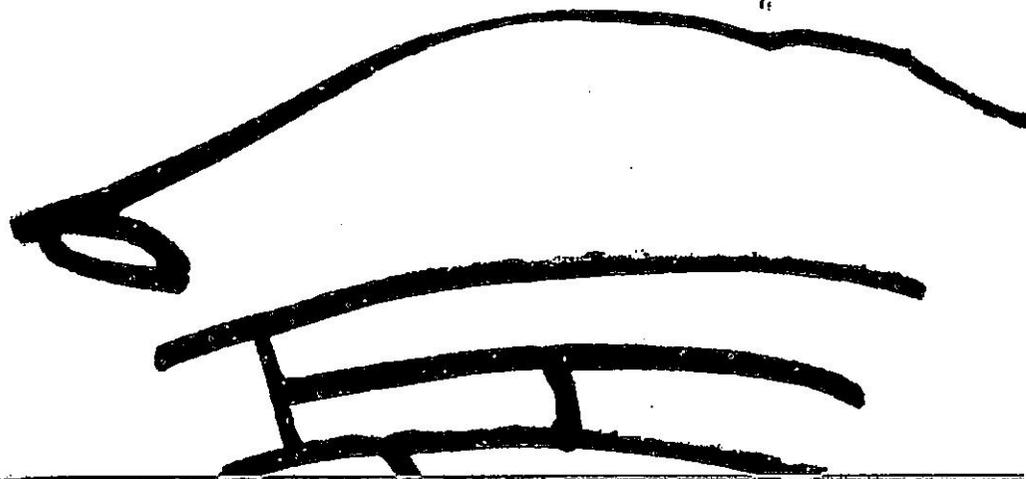
Cuando alcanzó el final estaba extenuada pero se incorporó para saludar al público.

Había empezado con la dentadura completa y reluciente y al sonreír mostró que la tenía estropeada y le faltaban algunas piezas.

EL FUELLE

Observo a mis vecinos por la ventana entreabierta.

El hombre lee el periódico sin que parezca molestarle el lloro insistente del niño. La mujer cose muy nerviosa. Llega un momento en que no puede resistir más y se levanta cerrando el costurero de un golpe violento. Sale decidida y enseguida vuelve con un fuelle. Lo aplica en el ano de la criatura y sopla. A medida que se infla disminuye la intensidad de su llanto. Al fin asciende como un globo y se queda pegado al techo, en silencio.



PROGRESO

En la vieja ciudad las casas no tenían puertas. Cuando decidieron tapar también las ventanas una mujer se atrevió a protestar.

—En mis tiempos las casas también tenían chimeneas. Esto es vergonzoso.

—Señora —le contestó el encargado condescendiente— usted tiene razón, pero todo progresa. No pretenderá que vivamos como cuando era niña.

—Esta es una ciudad sucia —observó la anciana.

—No se preocupe. Pensamos quemarla. Pero tú no lo verás.

Y ordenó que la asesinaran allí mismo.

AL OTRO LADO

Aunque había leído las aventuras de Alicia no pensaba que existiera la menor posibilidad de pasar a través de un espejo. Mientras me afeitaba, me distraía una mosca que revoloteaba contra la superficie y dirigí la mano para espantarla. Mi brazo se coló y yo fui detrás absorbido por una fuerza que, aunque tiraba de mí con suavidad, no podía resistir.

Estoy en mi habitación exactamente igual a la que hay fuera. Desde aquí la veo por el espejo como a través de una ventana. Pero no puedo volver.

LA LLAVE

Volví bastante tarde, apliqué la llave y me costó trabajo lograr abrir la puerta. Se cerró a mis espaldas y al mismo tiempo se apagó la luz. Pero pude ver que aquella casa no era la mía.

No sé cuanto tiempo llevo aquí. Algo viscoso se pega a mi piel. Despide un olor nauseabundo. Me atraviesa el vientre y los riñones un dolor intenso.

DONDE SE HABLA DE LAS FLORES SILVESTRES BLAS DE OTERO

DESDE luego, la vida

es una broma pesada. Y sin embargo,

el aire existe y el año diecisiete existe indestructible,

y ella y yo hemos sin causa aireado días en Castilla

y junto al Cáucaso del norte,

que la vida no sabe lo que hace,

si voces falta a su palabra,

no es un río que rueda y refleja los árboles, las nubes

y desemboca a hora fija en el Atlántico,

ni un caballo violento, arbitrario, ciego

y sin embargo hermoso como un caballo,

y ella y yo lo llevamos asido duramente

lo mismo en La Habana, Kislavosqui o Bilbao,

y el aire revuelve las florecillas silvestres

y ostalla la tormenta y corremos hacia la larga fachada

del palacio de invierno, donde la vida se mudó de ropa.

POEMAS DE AMOR DE ASTARTE

ABDEL-WAHHAB AL-BAYATI

Poemas de amor de Astarté

1

Lleva el ciprés en la noche el llanto de la enamorada,
desnuda su pecho al trueno,
y a sus pies se prosterna el Brujo de las estaciones:
Desnudo, muerto de frío, con el rostro cubierto
de la nieve de los campos,
araña la tierra, la desnuda,
muere
dejando una gota de luz entre sus pequeños pechos
y en su entraña el temblor de un volcán que se alza.
En donde las semillas, rompiéndose,
dan a mamar el tibio calor de las profundidades,
y las raíces se dilatan
para devolver la sangre al manantial,
el agua del río al gran mar,
y a los campos de flores, las mariposas,
¿Cuándo, ay, volverá a la casa,
con la luz y el jilguero,
Astarté?

2

Las alas me crecieron
mientras iba cargado, de destierro en destierro,
con los amuletos de los reyes brujos,
las flores sepulcrales
y el dolor de las noches lluviosas.
Como el agua del río, por debajo de los puentes del mundo
va cargada de odio,

lloré las orillas sombrías,
llorándome. Y te llamé en nombre de la palabra.
Queriendo hallar tu dulce rostro pequeño
en las eras de muerte, de terror y de hechizo,
de muerte de los dioses.
Te deseé al morir y al renacer. Besé las tumbas
de los santos de Dios, y el polvo del más grande enamorado,
por las fiestas de muerte de los pobres.
Humildemente preguntando. Pero los cielos
llovieron nieve y sangre tras de mis mil plegarias,
y ciegas muñecas de barro y espectros de mujeres
no vieron la alborada de mi alma
ni la noche de llanto sobre mi rostro.
¿Cuándo aparecerá, ay, como la estrella,
y llegará Astarté?
Igual que aquella tarde vino el rey del amor.
Para leerle al muerto el Eclesiastés
y, con mano clemente,
cubrir mi rostro y mi trágica vida.

3

Un pájaro cantó a través de la ventana.
Revoloteó por la entreluz. Me saludó.
Me ofreció una rosa abrasada
que me cayó en los brazos tierna y temblorosa,
cuando, dormido, yo me envolvía en el cable de la horca.
La rosa se hizo niña.
La niña se hizo hembra enamorada,
que ansiaba la luna de la nieve y el fuego del trueno.

4

Me arrojaron los caminos de amor, me aburrieron las sendas,
mientras iba buscando por Babilonia
una trenza que el viento colgara
sobre el muro del huerto del crepúsculo;
lápidas y escrituras sobre barro, ruinas incendiadas,
que desde aquí pasaron, y por estos vestigios ya borrosos.
me alcanzaron las maldiciones de los dioses
y los lobos hambrientos,
mientras leía al amante el Eclesiastés.
Que muerto volviera del cautiverio, con los secretos

de los reyes brujos,
para ver a su aldea agonizante:
Noticia que cuenta al viento el canto de la alondra,
y polvo que dejara la tempestad
por las mezquitas, sobre los rostros de los derviches
de las cuatro estaciones.

5
¡Quién degustara, ay, ya el alma hambrienta,
la dulzura del vino!
¡los verdes altozanos del continente! ¡el gusto del gengibre!
¡el caucho y el marfil!
el olor de las rosas al fuego del crepúsculo!
¡Viera a Dios con sus ojos, sin que nadie le hiciera señal!
Que en la vela y el sueño, por acá y por allá.
yo lo probé. Cuando Astarté cayó
a la tierra, cual ángel.

6
Una trémula rosa
llevó el viento, desde la tierra de las leyendas
hasta el café y la muerte de las aceras.
Para que allí cantara, silenciosa,
a las colinas verdes y soñadas, a las difuntas hojas del otoño.

7
Sentí hambre, en el huerto de este mundo cargado de flores,
de frutos variados y de amor.
sentí hambre, a morir, en las épocas todas de espera.
Me desgarré, despacio, día a día.
Me así contra las sacudidas del destino. Y besé los sepulcros
de los santos de Dios,
el polvo del más grande enamorado,
por las fiestas de muerte de los pobres.
¿Por qué giró la aguja del reloj
cuando Astarté tiró los frutos al hambriento?

8
El color de tus ojos, fulgor es de relámpago
sobre los muros de Babilonia;



son espejos y antorchas,
y cábilas y pueblos
que saquearon el mundo. Cuando habló Babilonia los misterios astrales.
El color de tus ojos, planicies son, en donde se quebraron
los ejércitos de los pobres;
un mundo de poder y de terror en nombre de la palabra.
Saqueadores de la tierra de las leyendas
y las sombrías orillas de los tiempos.

9

Tú eres una niña, hembra prometedora
nacida de la espuma de la mar y del fuego de los soles eternos.
Que cada vez que mueren, en un tiempo, resucitan,
se alzan de la muerte y aparecen de nuevo.
Eres el Ave fénix de las culturas,
hembra del prometeo de todas las culturas.

10

Muriendo, besa una ola a otra.
Montañas y destinos,
cavernas que aburrieron al silencio, lunas de barro, giran.
Mientras que sobre el agua escribo lo que dije,
lo que dijo Astarté:
¡No regales mi cuerpo! ¡Dime algo
en lo que pueda creer, algo inmortal!
¡Toma todo mi cuerpo! Tiene los días contados.
¡Pégale fuego ya!
Lo desearás mañana, en otros brazos, sobre otro regazo de mujer.
Yo quiero el tú mas tuyo
¿Por qué lloras?
Hambrientos y desnudos, besémonos de nuevo
cargados con el sol de desierto en desierto.
Tú, ídolo de oro, en cuyo fondo escóndese
el Brujo de los desiertos estrellados.
El se inclinó hacia mí, se sació de mis labios.
y en su mano apagóse una candela.
Mi cuerpo se hizo rosa:
Solo, en la luz, desnudo.

11

Construimos las ciudades de Dios sobre la tierra.

Construimos una Caaba
a través de los mares.
Y ante el mihrab del día nos prosternamos.
¡Amor que con amor das vida a las estepas!
¡Logo, golpeo a tus puertas, de la tierra en ruina.
¡Mis flores no caerán bajo ningún umbral
ni que el don de los frutos sea para mí amado!

FRASQUITO EL HERRADOR

ANTONIO HERNANDEZ

FRASQUITO EL HERRADOR

Más que a mi padre mi hermano Rolo se parecía a mi tío Andrés. La gente se lo decía a mi madre: «este niño a quien se parece es a tu hermano.» Se parecía, claro, en lo travieso, en el afán diablo que tenía, en lo de las hazañas de los héroes extremeños, que, en su caso, no pasaban de cristales rotos, golondrinas vencidas y gatos lisiados. En la fonda había una colonia de perros, gatos, cuervos y otros bichos que ya quisiera Disneylandia. La fonda, más que un cobijo para el viajero, parecía un zoo doméstico, por más que, de cuando en cuando, mi hermano se colara con un cuervo, un lagarto o un tejón que había cambiado por la chaqueta nueva o por los calcetines. Como a mi abuelo también le dió la manía de poblar de cines de verano la mitad de la Sierra de Cádiz y, en la fonda, las propagandas de películas eran el pan de los huéspedes, había un perro altanero que se llamaba Clark, por Clark Gable, y una perra cachonda que respondía por Rita y un gato rubio y malandrín al que pusieron Bur. Desde Bibeca Linfor hasta Stan Laurel andaban por allí como Torcuato Luca de Tena por el ABC., y mi hermano Rolo, a falta de querencia por los libros, se aplicaba en domarlos, poniéndolos en fila, mientras cantaba —influencias de mi tío— el Himno Nacional con letra de Pemán, o en enfrentarlos en un partido de fútbol surrealista, donde él era el árbitro y el balón un globo que, inevitablemente, iba a golear la red de sopa del plato de los clientes. Esa era su vocación más visible, la de domador, aunque se le conociera más por el oficio de sus diabluras y disputas con un herrador, Frasquito, vecino de la fonda y empeñado en corregirlo a base de asustarlo y decirle «te voy a capar» y otras amenazas sin convencimiento. Frasquito el herrador era una cantidad tal de carnes que hacía imposible pensar en balanzas ante una supuesta tara. Tenía que sentarse en dos sillas, una para el trasero multinacional y otra para la

volancha de las pellas laterales. Mi tío Andrés decía que la chaquetilla no la habían hecho con el telón de un circo y los calzones con la caseta de la campaña del general Varela. Mi tío Andrés era, en realidad, quien aconsejaba a mi hermano para que le espantara las yeguas a Frasquito o le pusiera fin a su sueño de caballos cuarterones, que eran los que tenían las pezuñas más grandes, los que le daban más dinero y los que necesitaban herraduras con tamaño de bobas. «Vete a la azotea y échale agua a Frasquito», le decía. «Tírale la bandeja del camarero al lado.» Y mi hermano, neto gazpachero de las bromas pesadas de mi tío, le amonestaba alrededor de su humanidad y las sillas los cagajones dispersos que habían dejado las bestias en la cuadra, le soltaba la argolla del perro guardián o le tiraba triquitraques por donde los ronquidos espaciales, como trucos eran. Frasquito, cuando se despertaba sobresaltado, le decía que lo iba a capar, iniciando un improbable movimiento, mientras que mi hermano fácilmente se ponía a salvo, interrumpiendo con gasolina el coito de los perros o buscando al Landrú, un gato más salvaje que Somoza, amo de la despensa, indisciplinado montuno que no quería desfilas con el Himno, más escurridizo que el Lute, prisionero imposible de mi hermano y mi tío.

—Sobri, cuando lo cojamos, ya verás para lo que lo tengo reservado.

Y un día, el Landrú, cayó. Se había metido en una habitación de la fonda y, con la ventana abierta, el viento le cerró la puerta. «Ahora es la nuestra, sobri», le decía mi tío a mi hermano, que había acudido hasta allí, alertado por los maullidos.

Frasquito el herrador dormía entre las sillas como un varón feliz y amotinado en su sueño de praderas con caballos cuarterones. Mi tío entreabría la puerta de la habitación, al desgaire, como el que no quiere la cosa con el objeto de confiar al Landrú, y mi hermano estiraba la boca de un saco, posada temporal destinada a los maullidos. Cuando el Landrú vio la abertura ocurrió lo que tenía que ocurrir: metió la cabeza y mi tío jaló hasta que el gato dejó de maullar y de contorsionarse. Ellos sabían que los gatos tienen siete vidas como Hussein de Jordania y, al rato, Currito el herrador rodaba por el suelo, las yeguas respingaban, el gato daba saltos, las sillas mártires, por fin, descansaban, plegadas en el suelo. Y las gentes se arremolinaban sobre el herrador que, entre convulsiones, como un poseso decía: «Ese ha sido el Rolito, el hijoputa del Rolito... Lo voy a capar.»

Mi hermano, que observaba el terremoto por detrás de los visillos, pensó que aquella vez iba a ser cierto. Pero Frasquito el

herrador le vendió el negocio de pezuñas a mi abuelo y se fue a vivir a Sevilla.

Dicen por el pueblo que se colocó en un circo, de atracción. Y que cuando le dijeron que tenían que ir a Arcos en una feria, se licenció también del circo.

(Del libro en preparación *Saga entornada*).



POEMAS

TOMAS BORGE

«Te rappelles toi, Barbara?»
Jacques Prévert

I
Hay una muchacha
es una cuerda de guitarra
un cerillo encendido
un trago
un río
con su inevitable gesto de aniversario
me recuerda todos los días
el último acuerdo que tuvo con el sol.
Sale a la calle
se mete en alguna oficina
escupe frases azules
sonríe
para ocultar sus inútiles
y deliciosos complejos de culpa.
No se sorprende si mira a un ángel
orinando desde los ojos de un gato
pero le brinca la risa de la piel
cuando no ve nada
con sus ojos de terca adolescencia.
Cuando ella ve ríos de rosas
que corren entre las cloacas
canta
se pone seria
corre a su casa
y me espera.

II
Voy a morir bajo la lluvia
con residuos de sol en la fatiga
ayer. Voy a morir ayer.
Hoy no tengo tiempo.
Y mañana iré a recorrer el estampido
de todos los martillos.
Cuando envejezca
cuando llegue yo a viejo
dentro de cien o mil años
bando el umbral de un pájaro
oír la risa de los niños
y la irreversible equivocación de los insectos.
No tendré ojos ni dientes
mi metabolismo será tan sólo
un largo hueso satisfecho.

«Hemos de dejar esta tierra
estamos prestados unos a
otros iremos a la casa del
sol.»
NETZAHUALCOYOTL

III
Voy a hablar del viejo barbudo
que en una tejana madrugada
masticaba con sus dientes amarillos
las hostias indefensas
el que a la hora de los bostezos
nos decía que el infierno era fuego de verdad

y que el fuego de la tierra
es un león pintado sobre un alegre mural
se me ocurre también hablar de las ascárides
referirme al pipí de Armstrong
a sus frases idiotas y solemnes
me refiero al machete
que abre caminos en un espejo largo
la toalla sanitaria de la viuda de Onassis
los soberbios bacilos de la humilde Mariana

y la imposibilidad hormonal de Rockefeller
aunque eso parcialmente signifique
que no tiene todos los hijos que puede mantener
voy a hablar de los hijos de Alicia
que juegan a capturar un rayo de sol
con vidrios oscuros de botellas rotas
no quiero callar
sobretudo algo que se parezca a la aurora
a un vendedor de lotería
o tal vez
a una estación de gasolina
cantaré al banquillo de los inocentes
y a los culpables que nos señalan con sus hermosos dedos

a los dulces muchachos de miradas feroces
que maltratan los desperdicios
con puños ensangrentados
a la muchacha que me entrega un lapicero
cada vez que se extravía una metáfora—
—y algo más si fuera necesario—
voy a cantar del uno al seis
UNO de Mayor
DOS alondras
TRES suspicacias de mis
CUATRO amigos
CINCO dedos de tu mano izquierda
SEIS años de cólera inaudita
la dignidad de Pedro, Augusto y compañía ilimitada

quién sabe cuántos de fuego acumulado
no soy un quetzal.

RAMÓN Y MARTA RICARDO DOMENECH

Un día cualquiera, transcurridos más de diez años de vida matrimonial, Ramón y Marta comprobaron que... no se podían ver. Como los dos tenían muy buen carácter, afrontaron el hecho con la misma serenidad con que habían convivido siempre. Nada de discusiones ni de heridas coras; al revés, constantemente una sonrisa a punto, una actitud de transigencia ante los deseos del otro... Así habían sido, así eran Ramón y Marta, tanto al principio de casados, cuando vivían en un humilde piso de la calle Malasaña y él no era más que un oscuro licenciado en Derecho, como después, cuando ya él había franqueado determinadas pruebas iniciáticas, subido ciertos peldaños, olvidado algunos escrúpulos, y pudieron adquirir un piso nuevo en la prolongación de General Mola, un piso nuevo que amueblaron sin estridencias pero con buen gusto y un gran sentido de la comodidad. Fue entonces cuando empezaron a tener los hijos. Uno, dos, tres. Tres es el número ideal, convinieron ambos, y ahí se pararon. Llamaba la atención aquel instinto práctico con que sabían organizar y proyectar su vida en común.

De ese instinto —comprendieron los dos, inmediatamente, aquella mañana— iban a necesitar tanto como de su buen carácter. Ramón había dicho algo sobre la toalla, que dónde estaba la toalla, y Marta creyó que le hablaba desde el cuarto de baño. A él le pasó lo mismo cuando ella le contestó que no sabía nada de la toalla, que estaría en su sitio: creyó que le hablaba desde el cuarto de baño, y alzando la voz y mirando hacia allí dijo en su sitio no está, a lo que ella respondió por favor no te enfades, cariño, no grites... Tardaron aún un rato en averiguar que los dos se encontraban en el dormitorio y que, simplemente, no se podían ver. Ramón, incluso, se molestó al principio, porque sospechó que ella se había escondido detrás de la cortina o debajo de la cama, para hacerse la graciosa o para hacerle rabiar. ¿Dónde estás exactamente? Pero si estoy aquí, delante del armario. ¿Dónde has dicho? Delante del armario, repitió ella y, efectivamente, él pudo localizar allí su

voz. Pero, ¿es posible que no me veas?, preguntó ella. No, no te veo, dijo él... ¿Y tú? ¿Me ves tú a mí? No, yo a ti no te veo tampoco, dijo ella. Estuvieron en silencio un instante, confusos. Ramón, ¿estás ahí? Sí, Marta, estoy aquí. Pero, ¿que es lo que nos pasa?, preguntó ella. No lo sé, dijo él. ¿Y qué hacemos? Al cabo de darle muchas vueltas, concluyeron que lo mejor era no hacer nada de momento. Había algo claro o indiscutible: ciegos no estaban. Podían ver, igual que siempre, la luz, los muebles... y, si se asomaban a la ventana, los coches y la gente por la calle. Y como a él se le estaba haciendo tarde para ir al despacho, pensaron que lo más conveniente era aplazar cualquier decisión hasta la noche.

Después, y aunque por separado, a Ramón y a Marta el día se les presentó como cualquier otro: una sucesión afanosa de hechos totalmente rutinarios. El atravesó con su automóvil aquel embotellamiento feroz de todas las mañanas, dictó cartas e informes, recibió visitas y llamadas telefónicas, tomó el aperitivo con un cliente, almorzó —un almuerzo de trabajo— con varios colegas, y volvió al despacho para dictar más cartas y más informes, y para recibir más llamadas telefónicas y más visitas, hasta que inició el regreso a su casa, adentrándose con el automóvil por aquel embotellamiento feroz de la última hora de la tarde. Ella se ocupó de que Ramoncín y Tjto no olvidaran nada ni perdieran el autobús del colegio, se metió otra vez en la cama y durmió dos horas más, dio las instrucciones pertinentes a la doncella y a la asistente, vistió a Javi y habló mucho rato por teléfono con una amiga evocando aquellos tiempos, aquellas cosas, y más tarde se fue de compras y a la peluquería, comió con otra amiga, hizo nuevas compras y regresó a casa antes de que lo hicieran Ramoncín y Tito. Los tres hijos estaban ya acostados cuando se oyó la puerta de la calle. Por la manera de abrir y de cerrar ésta, Marta no tuvo necesidad de ver a Ramón para saber que era él. Tampoco la tuvo para saber el gesto que él ponía al decir buenas noches, cariño, ¿todo va bien? Y al responder a preguntas de ella cómo le había ido el día, exclamando bien pero... ¡uf, estoy agotado!, ella adivinó sin esfuerzo cómo bajaba los hombros y dejaba caer los brazos, cómo adelantaba los labios carnosos sin llegar a resoplar pero a punto de hacerlo, y cómo al fin se pasaba una mano —la mano izquierda, precisamente— por la naciente calva... Y después, oyéndole doblar las páginas del periódico, sabía, sí, sabía sin vacilar las expresiones cambiantes de él, la expresión risueña o indiferente o ceñuda, sólo por una exclamación aislada, por el tono de un vaya, o coño, o no me digas, y a veces ni siquiera eso, a veces sólo por un silencio muy intenso, absorto en la lectura. También a él, sin poder

verla, le parecía estar viéndola cuando ella contó que Ramoncín se había caído en el colegio pero no ha sido nada, ¿sabes?, un rasguño en una pierna, y que a Tito le habían puesto una mala nota en inglés —este chico me preocupa, es tan introvertido— y cuál había sido la última gracia de Javi, que ella refirió con el soniquete del niño. Sin ningún propósito deliberado, al solo conjuro de la voz él captaba los gestos de ella: la forma de enarcar las cejas; de abrir completamente los labios o de estrecharlos al tiempo que entornaban los párpados con languidez, o de mover la mano derecha accionado los dedos con un tic particular... Y hasta tal punto se veían, sin verse, que estuvieron largo rato olvidados de su nueva realidad, enfrascados en aquel ir y venir de palabras y de acciones cotidianas. Quizá fue eso lo que, después de la cena, cuando repararon en que seguía ocurriendo lo mismo que por la mañana, les ayudó a concebir un plan: el de seguir viviendo como hasta ahora, como si nada sucediera. Es lo mejor: piensa en los niños. Sí, dijo Ramón: y en nuestros padres, y en la gente...

Tal vez fuera posible o tal vez no: ellos aún no lo sabían, pero estaban dispuestos a hacer la prueba, tomando cuántas precauciones hubiera que tomar. Principalmente, y a fin de que se evitaran equívocos y situaciones embarazosas, ambos se comprometieron a que cada uno haría notar siempre su presencia ante el otro. Un canturreo, una tos, una exclamación al azar bastarían como aviso al entrar en una habitación o al permanecer en ella mucho rato; y al salir, cualquier indicación semejante. El método tuvo éxito. Ni los niños ni el servicio parecieron advertir anomalía alguna. Tampoco los padres de él ni los padres de ella, cuando fueron a verles con los niños. Sólo Ramoncín, un domingo por la tarde, comentó extrañado que sus padres hablaban más que antes, y que el suyo era un hablar por hablar, como si ninguno de los dos atendiera verdaderamente a lo que decía el otro: a menudo hablaban... a la vez, o de cosas distintas. Ramón y Marta no necesitaron verse para percibir cada uno en el otro un mal disimulado gesto de estupor. Fue ella quién salió al paso con una frase ingeniosa y cambiando en seguida de tema. Después, a solas los dos, consideraron aquel pequeño incidente. Con los niños es que hay que llevar un cuidado que para qué... Vamos, que es que no se puede decir nada delante de ellos. Sí, reconoció él, no hemos de confiarnos. Además, dijo ella, el chico no tiene un pelo de tonto y él supo qué gesto —orgullo— materno acompañaba exactamente esas palabras. En los días posteriores no se produjo ninguna otra novedad. Constatándolo de buen humor, esto marcha bien: dijo él una noche. Sí, dijo ella, sin hacerle mucho caso. Pero había que averiguar si, en otro tipo de circunstancias, el método seguía dando tan buenos

resultados. Muy pronto, lo quisieran o no, tendrían que comprobarlo. Entomados quedando muy mal con los Fuentes, recordó Marta: la última vez nos invitaron ellos y de eso hace la tira. Ramón advirtió que otro tanto estaba pasándoles con los Ramírez y con los Sánchez y, en general, con todas sus relaciones pero ella no, ni hablar, Ramón, hace mucho tiempo aparte de que los Fuentes —Asun y José Luis— eran más su confianza, más amigos —amigos, así que si había algún fallo... ¿te da cuenta, mi amor? Vale, respondió él.

A los Fuentes, que alardeaban de gourmets, lo que más les gustaba en este mundo era cenar en algún restaurante de moda con unos buenos amigos. Ello suponía, cuando eran Ramón y Marta quienes invitaban, una pequeña dificultad: días antes había que buscar un restaurante que quizá ellos no conocieran... y como los conocían casi todos, al final Ramón desistía de preguntar más a unos y a otros, y se inclinaban por alguno tradicionalmente muy acreditado, lo que despertaba en José Luis Fuentes, al otro lado del teléfono, un comentario invariable: ah, sí, es un sitio clásico. Así ocurrió también ahora. Por su parte, Marta no sólo fue a la peluquería aquella mañana, sino que, además, estrenó un vestido-precioso-último-modelo. Ya arreglada —a lo que dedicó casi toda la tarde— se miró largamente ante el espejo y sonrió complacida. Y por un momento, por primera vez, lamentó que Ramón no pudiese verla. Pero se rehizo en seguida y ya él estaba diciendo cariño, desde el hall paseando nervioso, date prisa que no llegamos. En el trayecto, ultimaron algunas precauciones. Ya verás cómo todo va bien, concluyó Ramón, pero en un tono de falsa seguridad. Ella también se sentía insegura, inquieta. Si lo descubren, ¡qué idea se formarían de nosotros! ¡No quiero ni pensarlo! El insistió: tranquila, ya verás cómo todo va bien. En efecto, Asun y Marta estuvieron la mayor parte de la cena hablando de los hijos, de las chachas y... de las dietas para adelgazar; y Ramón y José Luis, de automóviles, de negocios... y finalmente de fútbol. Después, muy eufóricos, se marcharon los cuatro a jugar al bingo. Ya de regreso a casa, Ramón y Marta no cabían en sí de satisfacción. ¿Has visto? No se han dado cuenta de nada, dijo ella. Es verdad, dijo él: no han notado nada de nada y se reían a más no poder, contentos como niños, pues el éxito de aquella noche demostraba que, en cualesquiera aspectos, podían seguir viviendo como siempre.

VISPERA DEL AGUA

RAFAEL QUILEZ

Enlagunadas Infranqueables

rejas
de las horas blancas, sosas

sin más

pasión que espantar las
moscas

—bien pudiera que éstas, así dicen,
inventasen la imprenta y el fascismo.

Disipación incomprensible cuando se sabe
Que Bogart ya plasmó en ABBEY ROAD
Y Tom Sawyer se autoexilió por amor a la Gardner

Y esa Ciudad ahí, tenuamente palpitando.
De ningún modo presentida para el reconocimiento
—como si un perro enfermo.

Presagio de la nulidad!
Vulgaridad, exquisitez tan vana
como la desesperada alegría de un cumpleaños
cuando muy joven

...hay un hueco frío, en el reverso de la
/ máscara, un silencio
inasible a los candiles cautelosos.
Una música tozuda e inmisericorde,
animal

en sus fronteras y en su cumbre -----

No hay batalla ni Luz que redima su extensión
Ni pájaros tampoco: sólo el agua.

(Desde aquí
cuando esta revuelta de cúspides que alcanzo
no congratula bisturí tan comprensivo

(fotografía)

Aquí los labios del dandy
palidecen —una época como ésta facilita en demasía
la lujuriosa derrota de uno mismo;
insistir en tal combate es piratería tan gris...

Ahí, también, los acróbatas del camastro
luego
abarrojan los Cafés en resuelta disipación
—algo ostensiblemente decimonónico, ya ves;
Excesivos dioses los que hacen cola desde entonces
para ejercitarse en pedestales
de segunda mano

----- misivas de quietud tan insolente, señuelo
alicorto en su danza sin faroles
Compostura al viés del deseo que viajó furtivo
dando a varas en suspense
neurasténico, tal vez)

: Artesanal andamiaje que ilustra
la necedad del suspiro por toda pregunta
... Para alcanzar al fin el claro aviso del equívoco
entre los elegidos:

(Salud!)

(acuarela)

UNOS DIAS DE SETIEMBRE EN LOS ANGELES

JULIO RODRIGUEZ PUERTOLAS

UNOS DIAS DE SETIEMBRE EN LOS ANGELES

Aquí escribo (y callo),
en este motel de California,
junto a las palmeras y cerca del mar,
ante una televisión silenciosa
y entre coches de policía (*to protect and serve*) y canciones de amor latino,
—rodar y rodar—,
las colinas, las flores tropicales,
el sol, el viento del desierto,
las *freeways* y el *smog*:
todo sigue igual:
15 minutos para estacionar,
loading only,
se puede girar a la derecha ante un semáforo rojo,
y yo
espero en Santa Monica Blvd. un autobús azul *going East*.
Mientras tanto
puedo recordar que en mayo de 1975 las noches de Madrid eran
moderadamente frescas (existen documentos gráficos que así lo indican),
que he pasado algunos días de mi vida en las playas del Mar del Norte,
también en las del Báltico
y a orillas del río Elba
(ya verás lo que vas a aprender
cuando vivas conmigo).
Pero, sin duda,
one drink too many,
y terminarás vomitando en el basurero de la Historia un sábado a las
Después [5,30PM.



disfrazados de nosotros mismos
asistimos a los *parties* de Hollywood
—recién muerto Elvis Prestley—
mientras llevamos en el bolsillo de la camisa
unas viejas señas de identidad,
un fragmento de mapa,
unos dólares arrugados,
la tarjeta de crédito,
alguna fotografía, incluso,
y debajo del brazo algo me parece un libro:
Libro, cuando te cierro
abro la vida.
Escucho entrecortados gritos
en los puertos.

Es entonces cuando los aletazos del gran pájaro de la cordillera llevan
una momentánea confusión a las gentes que ocupan la estancia
(fue hermoso vivir contigo, compañera),
se mencionan nombres de otros tiempos,
de amigos que continúan ninguneándome sin piedad,
pues
es claro,
las proverbiales pilas están secas.
Es entonces
también

cuando surgen los familiares fantasmas madrileños:
camminavamo per niente,
per niente si faceva l'amore,
laying down in the arms of someone,
feeling the skin of somebody that you never could love,
arrebatos sin objeto
(el que tenga un amor,
que lo cuide, que lo cuide),
Cataluña ya es autónoma de nuevo,
mientras
tú

comprendes una vez más que libertad es palabra sin sentido,
y descubres
que los terremotos pueden transmitirse por teléfono a las tres de la tarde.
Hablas de la Edad Media con una negra de Los Angeles,
conversas de arquitectura modernista con un refugiado del terror rojo,
dialogas de fraternidad cósmica con un folklorista brasileño sin pasaporte,

hablas de eurocomunismo con un profesor de literatura,
hablas de las delicias de la cocina española con una uruguaya recién
divorciada,

hablas las bellezas de Italia con emigrantes napolitanos,
te explica las dificultades de hacer cine político un judío progresista
(Fidel, Fidel,
¿quién tiene Fidel,
¿por qué los americanos no pueden con él),
hablas la única frase rusa que conoces a una polaca de origen campesino:
te hablan y no escuchas,
hablas,
intentas distinguir las voces de los ecos,
fracasas en tan noble empresa,
y te das cuenta,
de pronto,

que las paredes comienzan a rezumar la característica melaza de tedio y
angustia,
que las botellas de tequila se acercan peligrosamente a su extinción:
take it easy, baby.

Pero
who am I this time?:
l'ultimo sbaglio,
senza ragione,
senza rancore.

¿Será cierto, acaso, que estás ahora en el lugar de siempre,
en la misma ciudad
y entre la misma gente?

Mas no: el *Gipsy Wagon* ha desaparecido
(a pesar de que las *mermaids* rubias continúan aquí, con su acento
porteño),

ya no hay chinos que aprendan alemán,
tampoco cursos de marxismo para principiantes:
ni siquiera aquel Volkswagen azul existe más.
lo sono quá.

Y entonces
recuerdas
la maleta que fue preparada con tanto amor,
la ropa ciudadosamente doblada,
la revista aquélla,
el cepillo de dientes de color amarillo
(junto a la estación lloraré igual que un niño),

la sonrisa de tu hija.

Sí,

las obsesiones viajan con facilidad de un continente a otro,
los espectros se desplazan al mismo ritmo que tú
—pues yo no tengo sepultada mi derrota—,
y al día siguiente
te despiertas en un lugar, desconocido,
rodeado de remordimientos puritanos y de soledades culpables.
Sin embargo,
los límites existen

(canción mexicana, escuchada a las 8AM:

«Me ha quedado sola. Te pido que me ayudes a pasar la noche
Aunque sé que eres su mejor amigo. Igual que él, voy a amarlo y
ser feliz. Esta noche, con su mejor amigo»).

Mas la precariedad es habitual en buena parte de las relaciones humanas

Yo canto la diferencia
que hay de lo cierto a lo falso.
De lo contrario no canto.

Y tú también piensas en las últimas tardes,
en la última mujer y en el próximo combate:
después sabrás que hay gentes
que tienen 680 libros en su biblioteca, los cuales jamás podrán leer.

J. R. P

TIZIANA MANUEL M. AZAÑA

LLueve sobre Venecia.

Plantado en medio del Puente Scalzi, Julio ve pasar las aguas del Gran Canal, con aire ausente. A su lado reposa una maleta en la que, debido a sus efectos personales, ha puesto algunos recuerdos que se llaman de la ciudad, comprados en las tiendas de las callejuelas situadas a las espaldas de la Piazza San Marcos. Pero sabe que no necesita de ellos para no olvidar Venecia, porque sus verdaderos recuerdos están ahí, flotando a él, navegando en las aguas del Canal, huyendo como sombras por San Marcos, San Zaccaria, San Angelo o San Zampolo. Los recuerdos de Julio tienen un nombre: Tiziana.

La lluvia arrecia y Julio tiene la impresión de que el agua, al caer, produce un eco de cementerios vacíos, de mármoles suntuosos que se hunden poco a poco, indefectiblemente, como una nueva Atlántida, hacia profundidades infinitas.

—Tiziana, —murmura en voz baja y siente un escalofrío en su corazón.

Pese a estar empapado, no se decide a terminar de cruzar el puente que ha de conducirlo a la estación Santa Lucia, en donde deberá tomar el tren para retornar a Madrid.

Por encima del ruido de la lluvia escucha dar las doce de la noche en los inmutables moros en bronce de la torre del reloj, en la Plaza de San Marcos. Da un paso adelante y se apoya en el pretil del puente. Sus ojos buscan ávidos el oscuro canal, como si quisiera percibir en su fondo el alma de Venecia...

★ ★ ★

La lluvia la ha sorprendido atravesando el Puente Rialto. Después de tres días maravillosos de sol, Venecia quiere dejarle el recuerdo de su tristeza. Blanca se refugia en el arco central del puente a esperar que la lluvia escampe. Acodada en el pretil, contempla el espectáculo del canal

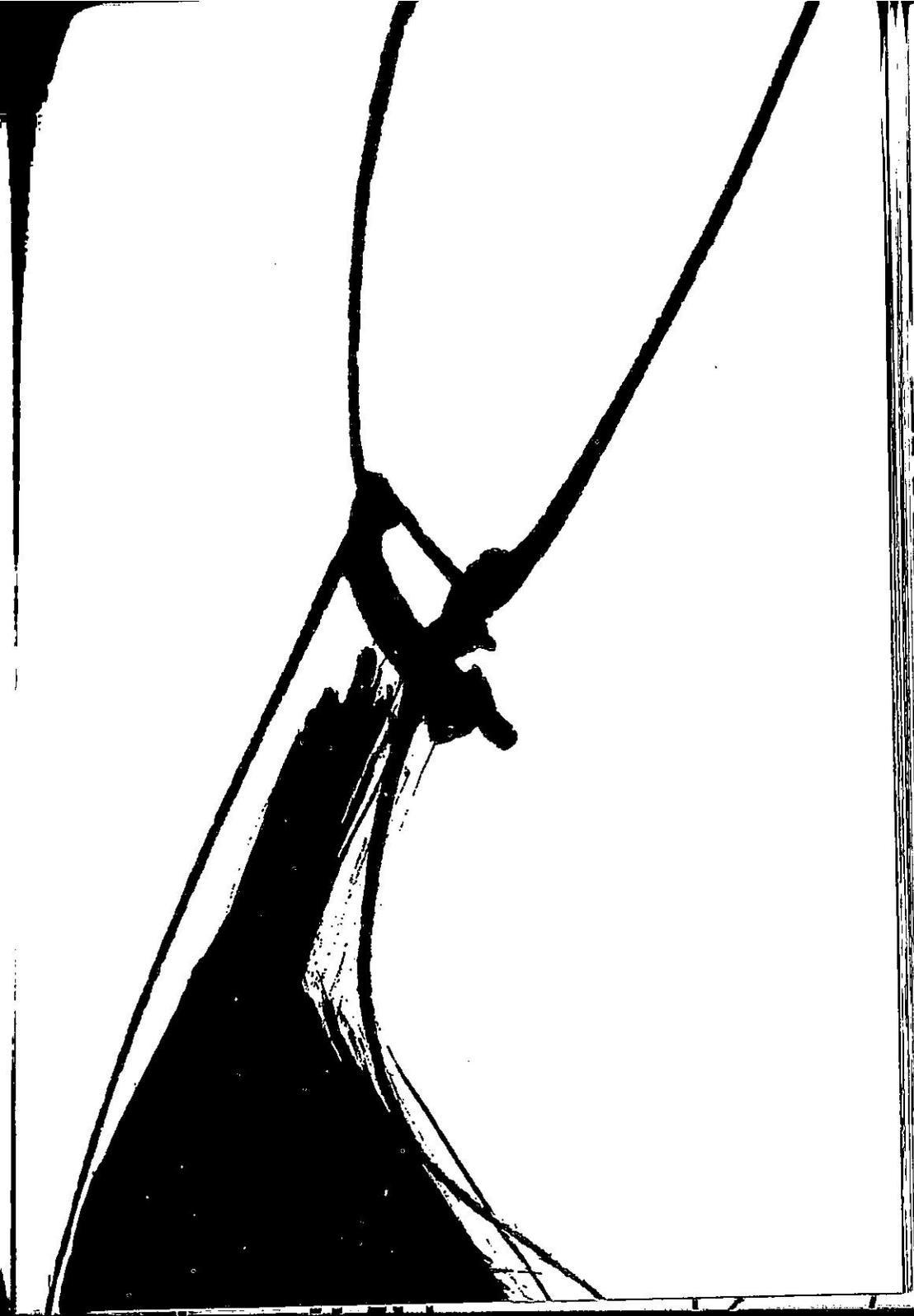
poblado ahora de miles de diminutas montañas que surgen y desaparecen ininterrumpidamente, al compás del aguacero.

De pronto se da cuenta de que, esta tarde, por vez primera, sintió en su cuerpo esa extraña impresión que durante tres días la había perseguido sin cesar; como si unos ojos invisibles la vigilaran continuamente entre la multitud que pulula por Venecia, en los museos, en las iglesias, en los cafés de la Piazza... Mil veces se ha vuelto en busca de esos ojos que presiente, sin llegar a descubrirlos. Blanca no ha reconocido esa impresión; al contrario, ha deseado sentirla, la ha llamado y, en ocasiones, ha acudido a su llamada envolviéndola en una especie de abrazo acariciador que, sin llegar a tocarla, ha dibujado la forma de su silueta, formando a su alrededor como una segunda piel, dentro de la que se protegía la suya propia. Era una sensación turbadora que su cuerpo aceptaba plazeramente. Tal vez la única sensación tan agradable en aquella ciudad en la que sus habitantes masculinos se empeñaban continuamente en demostrar su pericia con las manos y su inacabable cortesía barata. Esa mirada venía de unos ojos, pero ¿dónde estaban esos ojos?

—Tal vez en el fondo del canal, murmura mientras trata de penetrar con la mirada en el fondo de las aguas.

* * *

La primera vez que la vio fue en la Plaza de San Marcos, entre un zureo de palomas y un revolotear de halcones. A su lado se sentaba un joven barbudo que la hablaba sin cesar mientras ella, con la mirada perdida hacia la basílica, le escuchaba distraída. Un sol espléndido invadía las fachadas de la plaza poniendo de relieve más aún, si cabe, la belleza de los frescos de la basílica, destacando en el azul del cielo la esbeltez de sus agujas y cúpulas y arrancando destellos de los cuatro caballos de bronce. Julio, desdeñando la belleza arquitectónica que se ofrecía a sus ojos, permaneció inmóvil a unos metros de Blanca, sintiendo que su corazón latía más deprisa. Lentamente y a distancia prudencial, rodeó el lugar en donde estaba sentada y fue a colocarse a su espalda, en una de las mesas vacías del café. Según iba pasando, Julio, no podía quitarle los ojos de encima y su mente, como una cámara fotográfica, captó en rápida instantánea la figura de la desconocida. Reconoció el rostro que durante horas y horas había contemplado en el Museo de Oficios de Florencia, aislado de todo lo que no fuera el gozo de aquella belleza: el rostro de la desconocida era el mismo que el del maravilloso cuadro del Tiziano, cuya contemplación había alterado el



pulso de Julio. Los mismos ojos oscuros y profundos, casi rasgados, separados por una nariz fuerte pero armoniosa; los mismos labios carnosos, un tanto plegados no se sabe si en una sonrisa de anhelo o un rictus de desencanto... La desconocida hacía girar distraidamente en su mano derecha un ramillete de flores diminutas, obsequio tal vez de su acompañante, mientras la izquierda permanecía indolentemente apoyada en su pubis. Julio adivinó la voluptuosidad de aquel cuerpo maduro y firme bajo la ligera ropa veraniega y el recorrerlo con la mirada observó que sus piernas estaban cruzadas a la altura de las espaldas.

—No hay duda; —se dijo mientras sentía que el corazón le saltaba locamente en el pecho. Es ella: la Venus de Urbino. Solo que sentada—, sonrió.

Instalado ya en su mesa, vio que los rubios cabellos de la mujer caían en cascada ocultándole el cuello y que una fina trenza atravesaba su cabeza de oreja a oreja, dejando al descubierto dos perfectos y diminutos lóbulos.

La desconocida se inclinó hacia su acompañante musitando unas palabras y la cascada de rubios cabellos al desplazarse descubrió una parte del cuello que, herido por la luz del sol, produjo en Julio un escalofrío de emoción.

—El mismo cuello esperando la caricia o el beso...— Y su mano trazó en el aire la fina silueta de aquel cuello que, durante tantas horas, había estado contemplando en el lienzo florentino.

Como si le hubiera oído, la desconocida se llevó la mano al cuello. Julio presintió que iba a volverse y desvió rápidamente la mirada. Ella se volvió en efecto y Julio, por el rabillo del ojo, observó en su rostro un gesto de extrañeza.

—La Venus de Urbino en Venecia. Pero ¿cuál será su nombre? — Y su imaginación desbordante le dio una respuesta que le parecía ideal:

—Tiziana, —murmuró—. ¿Cuándo se mueva, le encontraré algún defecto?

Como si de nuevo le hubiera escuchado, la mujer se levantó echando a andar, seguida de su acompañante. Julio contempló su grácil caminar y le pareció que San Marcos se llenaba del eco de mil orquestas armoniosas. Sus pasos eran menudos y ágiles y sus caderas se movían acompasadas, sin provocación, justo lo necesario para atraer la admiración de las miradas masculinas.

Julio reaccionó, dejó unas monedas sobre la mesa y movido por un súbito impulso, se fue tras ellos.

* * *

Blanca, apoyada en el pretil del Puente Rialto, ha estado evocando los lugares en los que sintió la extraña sensación de ser observada por unos ojos invisibles. La primera vez fue en San Marcos, luego en Santa María de la Salud, en la Basilica, en el Palacio Ducal, en el Puente de los Suspiros, en el Ca D'oro, en Santa María de los Frailes, en la puerta de su hotel... Donde más cerca la había sentido fue en el Palacio Ducal, en el inmenso salón del Consejo, mientras contemplaba los cuadros de Tintoreto y Veronés. Pero había tal cantidad de gente que resultaba imposible localizar al autor... si es que existía.

* * *

Fue en el salón del Consejo del Palacio Ducal donde Julio, aprovechándose del tumulto, se colocó junto a la que él llamaba Tiziana. Altrémose paso entre el enjambre de visitantes llegó incluso a rozar con su brazo el brazo de Blanca. Tres días duraba ya aquella persecución y, durante ese tiempo, el acompañante de Tiziana no se había separado de ella. Julio no había conseguido abordarla. En más de una ocasión estuvo a punto de hacer caso omiso del hombre que la acompañaba, pero un extraño pudor se lo había impedido. Estaba seguro que Tiziana le amaba sin conocerle. Lo había leído en sus ojos cada vez que, presintiéndole, se había vuelto a buscar aquella mirada que sin duda la turbaba. Cada momento que transcurría se sentía más desesperada. Al día siguiente tenía que tomar el tren de vuelta y su sueño, —¿su sueño?— se desvanecería como una pompa de jabón.

* * *

—¡Tiziana!...

Esta vez no fue un susurro, sino un grito desesperado, el adiós a un imposible, a un sueño que se desvanecía. El grito salió de la garganta de Julio y fue a hundirse en las aguas del canal que lo arrastraron rápidamente, mientras el eco del mismo se perdía hacia los tejados de las casas, atravesando la cortina de agua, extendiéndose por el silencio de la noche.

Julio sintió que sus manos se desacían del pretil y que, impulsado por una fuerza desconocida, comenzaba a correr. Atravesó el puente hacia el Palacio Foscari, sin hacer caso de la lluvia y corrió desesperadamente a lo largo del muelle del canal San Giocomo. En su mente, el nombre de Tiziana era la meta; sus pies le llevaban instintivamente hacia el campo San Polo.

Blanca oyó salir el grito del fondo de las aguas del río. El nombre de Tiziana la envolvió con la misma cálida caricia de los días invisibles y adivinó que ese grito le estaba destinado. ¿Por qué me iba a correr instintivamente? No podía explicarlo, pero se sintió atraída hacia la otra parte del puente y pronto pasó ante San Giacomo corriendo a todo correr, atravesando callejuelas y canales en dirección al Campo San Polo.

* * *

Julio y Blanca desembocaron al mismo tiempo en Campo San Polo, por extremos opuestos, sin dejar de correr el uno hacia el otro atraídos por la misteriosa fuerza que les había conducido hasta allí. Julio vio como los brazos de Blanca se extendían hacia él.

—¡Tiziana!... gritó.

Y en el mismo instante en que sus brazos iban a encontrarlos, la violencia de un trueno dejó en la oscuridad el Campo San Polo haciéndolo estallar como una inmensa pompa de jabón.

* * *

Había dejado de llover. Julio cogió su maleta con un gesto de resignación y se dirigió hacia la estación, cruzando el puente Scialoja.

* * *

Había dejado de llover. Blanca terminó de cruzar el puente Scialoja y se dirigió hacia su hotel.

* * *

Un tren entra en la estación de Madrid. En su compartimento, Julio piensa en Tiziana.

* * *

Un avión aterriza en Madrid. En su asiento, Blanca piensa con tristeza en unos ojos desconocidos.

* * *

Pero hace un sol de esperanza en esta tarde de agosto de 1980.

II, NACIMIENTO DE VENUS

JULIO VELEZ

A Luchino Visconti, Dick Bogarde, Thomas Mann y Gustav Klimt.

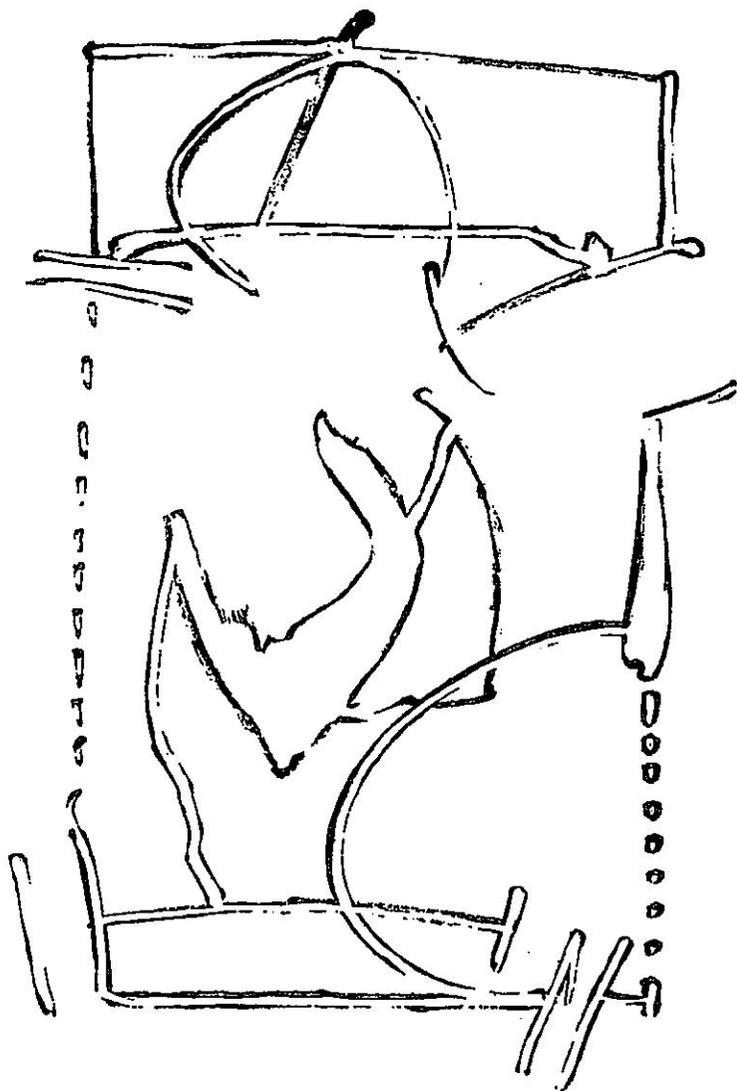
A Friedrich Hölderlin y a la buhardilla del carpintero Zimmer.

A Susana, fiorentina, casualidad o magia, embarazo de este mundo.

A Manolo, primer lector imaginario.

A lo largo de mi niñez ya lejana siempre tuve necesidad de inventarme prodigios para poder conciliar el sueño. En rara ocasión mi imaginación era compartida con las agresiones que, muy posiblemente, me impulsaran a esa especie de venganza inocente. Bastaba acurrucarme entre las mantas y doblar las piernas como un ovillo para empezar a ver el mundo de otra manera. A veces, los anacronismos más increíbles parecían de importancia. Yo siempre era mayor; mis padres, al contrario, tenían la misma edad y podía bajar en paracaídas para encontrarme con Robín de los Bosques siendo éste un Caballero de la Tabla Redonda, o bien con Lancelot o Arturo como compañeros de Alonso Quijano.

Durante mi juventud estas historias no decrecieron, mas al contrario podría afirmar que se incrementaron. Como sólo en contadas ocasiones me servían la realidad y lo cotidiano, me veía obligado a inventarlos de nuevo. En la época de mis estudios universitarios esta disposición fue realmente alarmante. Mas tarde, y en el entierro de mi primera mujer, lloré de un modo parecido a como ya lo había imaginado repetidas veces. E igual me ocurrió la primera vez que besé a Iulia al poco de morir Teresa. Solo con la muerte de Iulia empecé a alarmarme. Pero me tranquilicé pronto: a mis confidentes les ocurría algo parecido. Todo esto ha provocado en mi persona una predisposición a los espacios ténues; a las penumbras del alma y los sentidos. Y ahora con sesenta y tres años, tan habituado a inventarme los sucesos, ocurre que son los acontecimientos los que me inventan y me descubren mundos sumer-



...pero tan reales, que en ellos me siento verdaderamente feliz.

Todas estas líneas carecerían de fundamento si en mí el raciocinio no fuera un verdugo constante y pasaría a narraros sin más alguno de los prodigios de los que he sido testigo. Pero como la razón gobierna algunas esferas de mi pensamiento, ha sido ella y no yo, la que me ha dictado estas argumentaciones.

Demasiadas casualidades me empujaron hacia el Arte y de modo muy particular a la Pintura. Las historias que me contaba en la soledad del lecho, de alguna manera, las veía materializadas en los colores y en las superficies del cuadro. No me cabe duda que aún la tela más figurativa está transgrediendo y creando un nuevo entorno; mas cuando con alta cualidad, añadimos algunos gestos de magia, algunas sombras de profundización, creo encontrarme con la armónica medida del color y las líneas. A nadie extrañará pues, que mis preferencias en esta materia se inclinen entre Lippi y Leonardo. Sin embargo, de entre todos, yo prefiero a Botticelli. Y pensándolo ahora desde esta serenidad que me va envolviendo, no sería aventurado imaginar que, en efecto, fue él quien me empujó a trasladarme a Firenze, tras la muerte de Teresa. Entonces yo sabía a ciencia cierta si ésta sería una visita provisional.

La primera vez que visité Firenze me pareció lo que aún hoy, después de treinta años, continúa pareciéndome: un arrullo de palomas. Mi fiel secretario y amigo Doménico me consiguió, no sin esfuerzos, una hermosa mansión en la Piazza della Signoria que todavía habito.

Si la ciudad es un arrullo, no cabe duda que la Piazza es el palomar. Pocas plazas en el mundo tan hermosas como ésta. No solo por el Palazzo Vecchio y la Galería Degli Uffizi, que ya serían suficientes, o por las esculturas de Giambologna o la fuente «Biancone». Es todo el conjunto de la Piazza lo que me atrae. Pareciera siempre dispuesta a volar y abandonar este mundo.

Estaba paseando un atardecer decididamente hermoso por el Mercato della Paglia en busca de algunos regalos con los que obsequiar a unos amigos, que habían prometido visitarme al día siguiente, cuando vi por primera vez a Rossanna. Las mujeres en general y las jóvenes en particular, siempre han sido capítulo importante en mi vida. Sin embargo, Rossanna no despertó en mí ningún tipo de apetencia carnal, sino una insoslayable curiosidad por toda ella. Supuse, probablemente por la longitud con que caminaba, que al igual que yo, estaba buscando algún indefinido objeto con el que obsequiar a alguien. Su edad oscilaría entre los diecisiete y los diecinueve años. Su cabello en ocasiones ambarino, al soltarse como una catarata hasta tocar el suelo y darle el sol, al beber en la fuentecilla del Mercato, tomó un color más frágil y cobrizo. Su

dejadez, la gracilidad nocturna de su cuerpo, quedó por entero iluminado y quizá en ese momento, por primera vez en mi vida, pude entender los versos de Petrarca, que pareciéndome tan enigmáticos y hermosos, con tanta frecuencia me repetía:

PUES SI UN TROZO DE MORTAL TIERRA CADUCA
PUEDO AMAR CON TAN LOCA FE,
¿COMO NO TE AMARE A TI, GENTIL CRIATURA?

Bien se que mi oficio no es el de traductor y menos el de poeta. Pero lo que realmente me atrae de la poesía es el nuevo descubrimiento que de ella hago cada vez que me la digo a mi mismo. No es solo cambiar giros o períodos, sino quitar y añadir palabras. Si estas licencias son o no lícitas, y si debiera o no avergonzarme de usarlas, no me preocupa en exceso. El sentido del ridículo es una de las cosas buenas que la ancianidad nos hace rechazar. Cuando aceptamos la muerte, como una maldición sino como una inseparable camarada, determinados gestos que te parecían antes osados y descorteses, ahora los permites como endógenos a tu espíritu.

Cuando Rossanna terminó, su mano como movida por premoniciones milenarias, rozó suavemente la del joven que desde que ella empezara a beber, esperaba. El en un principio me pasó completamente desapercibido, solo al oír su voz respondiendo a las excusas de Rossanna, le presté atención. Sin duda era napolitano, y no por la locuacidad de su acento o el estado de completo abandono, a que tenía sometida toda su indumentaria. Era el brillo de sus ojos lo que me hizo considerar esta afirmación, junto con una delicada desenvoltura, que me hizo intuir un gran amor hacia la danza.

Pietro, que así se llamaba, supo aprovechar la ocasión y trató de presentarse, los dos se dirigieron hacia el Duomo. La curiosidad pudo más que mis obsequios y, tras pensar que a la mañana siguiente podría enviar a Doménico para que los eligiera, opté por seguirlos a prudente distancia.

No eran muy habladores, mas bien parecían formar parte del silencio de la ciudad. En ocasiones se paraban para ver un color, una piedra, un determinado espacio de luz. Vittorino da Feltre debió dar paseos parecidos a estos para idear su nueva concepción pedagógica, y aunque este Renacimiento no tuvo las dosis religiosas y morales que el nórdico, Pico della Mirandola —que por cierto no goza de mi completa estimación por su acendrado odio a los astrólogos— por aquí debió de

descubrir su «morada de los ángeles», a pesar de que era demasiado aristocrático como para llegar a ser excluyente. Si no hubiera leído su «In Astrologiam» y solo conociera su «Oratio de Hominis Dignitate», donde y aquí la cita es posible que de nuevo sea recreación— dice que muestra esencia no es ser «un ser celeste ni terrenal, mortal ni inmortal, sino libres y soberanos artífices de nosotros mismos», sin duda sería uno de los fantasmas que me habitan, junto con Leonardo, Visconti, Mann, Hölderlin... y especialmente Botticelli.

Rossanna y Pietro continuaron caminando despacio en tanto yo andaba mas preocupado por mis fantasmas que por ellos, —error evidentemente imperdonable al ser ellos la sangre y los latidos de la vida —, mientras se habían dado la mano y paseaban muy juntos.

Al doblar Ricasoli y encontrar de frente la Piazza del Duomo nos sentimos transportados a otro mundo. El mundo de los Médicis alcanza una vasta atmósfera su increíble magia. Una ciudad me resulta apática no cuando la conozco al detalle, sino cuando aún conociéndola, deja de sorprenderme, y yo en Firenze siempre seré como un recién nacido con esos enormes ojos puestos en un mundo por descubrir. Siempre amé más a los hombres que a las ciudades, es decir y no es que haya perdido en el ápice del humanismo que considero inherente a mi forma de entender, el mundo, no amaba a las ciudades como algo fuera del hombre, sino que siempre me guiaba por el bullicio o la indolencia, la plogria o la barbárie humanas, para juzgar a las ciudades. Aquí he aprendido que las ciudades tienen vida propia, independiente de nosotros, son en efecto, como hijas nuestras, pero como éstas, habitando otro cuerpo, otros sentidos. Libres de nosotros aunque nos necesitaron para nacer. El Baptisterio del «bel S. Giovanni» de Dante o Santa María del Fiore o el campanario del Giotto, no es suma o multiplicación humanas, es algo que se ha desgajado de nosotros mismos. Y mucho me temo que llevándose buena parte de lo mejor, dada la maldad y el oscurantismo que nos dominan. Pero al irse de nosotros mismos, nos muestra su belleza, la grandiosidad de sus formas, el sueño encantado de la piedra que es capaz —siendo nosotros su creador—, de hacer que nos baile el corazón.

Rossanna y Pietro se sentaron en la escalinata de Santa María y para no llamar su atención redeé toda la cúpula de Brunelleschi, como si fuera un vulgar ladronzuelo a la busca de unas liras, y de esta manera poder observarles desde plena calle como un visitante mas. Al rato se levantaron y doblando por Verdi llegaron a Via Neri donde entraron en el Atbergo della Fonderia. Dudé si entrar yo mismo y pedir otra habitación, pero me pareció demasiado atrevimiento, y prometiéndome levantar

temprano para esperar su salida y poder seguirles todo el tiempo del día siguiente, decidí volver para descansar las horas que me restaban hasta al amanecer.

Sin embargo apenas si pude conciliar el sueño pensando en los jóvenes, a los que estuve a punto de ir a visitar en plena madrugada pero cuando me decía a mi mismo las justificaciones que usaría para levantarlos del sueño, no era capaz de hilvanar la más insignificante frase coherente, por lo que a desgana esperé que sonaran las seis para despertar a Doménico y encargarle que me sirviera el desayuno y cuando adquiriese los regalos para mis invitados. Así pues, recién dadas las siete me dirigí al Albergo. El nerviosismo me había jugado una mala pasada ya que hubiera sido más sensato llegar más tarde, por lo que tuve que esperar casi tres horas hasta que aparecieron. Rossanna estaba radiante. Adornaba su pelo con unas cintas blancas y había cambiado su blusa por otra rosa haciendo juego con el foulard que jugueteaba sobre su cuello. Pietro sin embargo no había cambiado sus ropas, aunque sin duda se había bañado y los cabellos negros le brillaban de una manera especialmente hermosa.

Pero todos mis sueños se derrumbaron cuando ví que se besaban y despedían. Quise correr a su encuentro para rogarles que no se separaran, mas solo pude oír las últimas palabras de Rossanna diciéndole que sí, que a lo mejor cualquier día se volverían a encontrar.

Cuando era joven me ocurría algo parecido a ellos. El placer y la felicidad; el amor, podía postergarse a cualquier órbita del cuerpo y considerar que al cabo, la casualidad es generada por causas incognoscibles. Sin embargo, el tiempo ha ido tristemente insuflando de racionalidad a mi alma, y en rara ocasión permito que la felicidad pasee dos veces por las habitaciones del cuerpo. Basta que asome a sus ventanas la posibilidad de atraparla para salir tras de ella como el más mezquino de los cazadores.

La separación de Pietro y Rossanna me obligó a tener que optar por abandonar mi búsqueda de no sabía muy bien qué, o por seguir a uno de los dos, y como ella fue la que me condujo a su encuentro, decidí ir tras Rossanna.

Logicamente iba a su espalda y no sé si una vez más la fantasía gobernaba mis pensamientos, pero hubiera asegurado que tenía la mirada nostálgica. Cuando los ojos los llevamos cargados de tristezas lejanas, pareciera como si acariciáramos todas las cosas que nos rodean, y Rossanna parecía más una bolita de algodón que un cuerpo con arterias y plasmas. Se dirigió hacia el Ponte Vecchio tomando

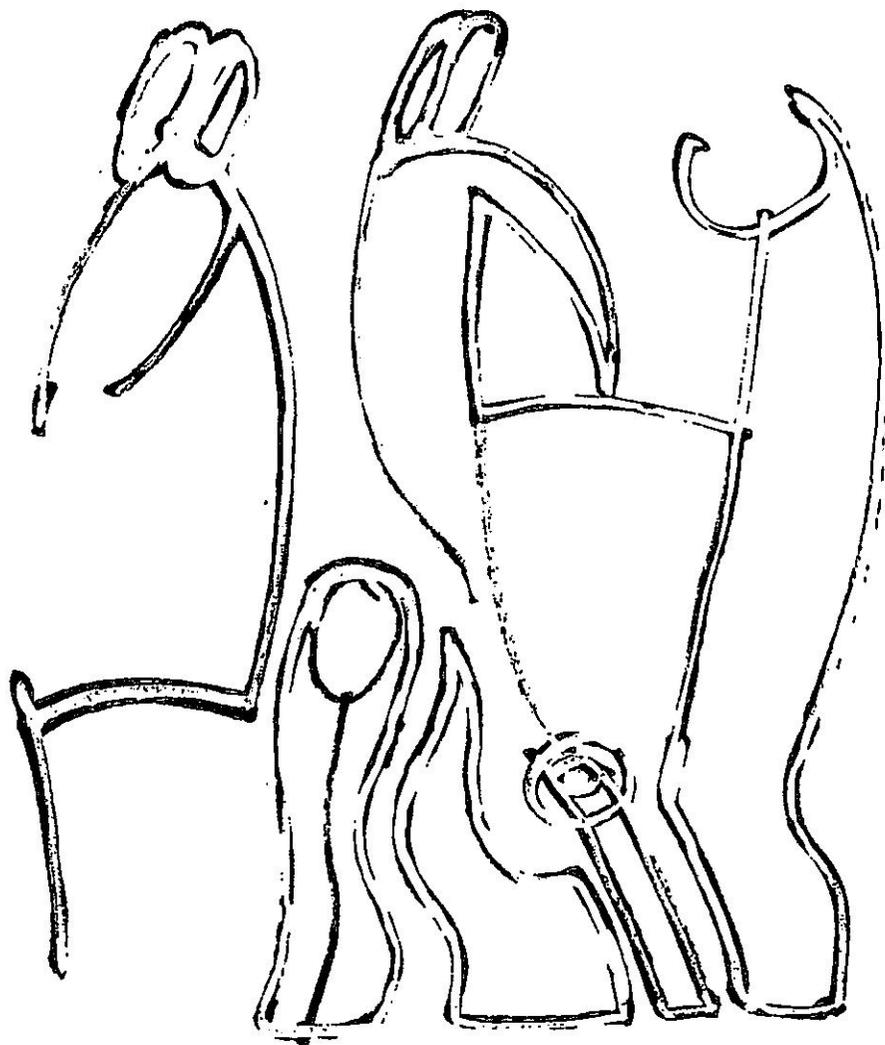
lentamente por Guicciardini para quedarse largo tiempo ante el «Desdichamiento» de Pontorno.

Deberían ser alrededor de las doce cuando Rossanna continuó su paseo. Pasamos ante la casa donde vivió Machiavelli, y no pude evitar un cierto desprecio hacia su obra, que posee en mi opinión un carácter poco satisfactorio y, que en no desprezable medida, puede entenderse como la daga que mató al primer renacimiento que yo tanto amo.

Mis disertaciones me provocan a veces grandes desasosiegos y esto hacen aflorar sentimientos que en nada me son gratos, y estos últimos, estuvieron a punto de conseguir que mi seguimiento terminase en el más desafortunado de los fracasos. Afortunadamente Rossanna se había sentado a comer y no se había alejado demasiado. Esto me hizo recordar que llevaba sin probar bocado desde temprana hora y decidí tomar alguna cosa mientras la esperaba. Al rato Rossanna reinició su paseo aunque ahora parecía tener algo más de prisa. Volvió sobre sus pasos dejando a su espalda al Palazzo Pitti, y me temí que volvía al Albergo para descansar un poco, pero al llegar a la Galería Degli Uffizzi penetró en ella. Las escalinatas de Firenze consiguen agotarme y ésta (lo la Galería es especialmente lastimosa, pero el deseo de seguir todos sus pasos y un ligero presentimiento que poco a poco fué corporeizándose, me dieron ánimos. Atravesamos los vestíbulos y el primer corredor. Conforme íbamos llegando —ya los dos sabíamos que íbamos a algún lado—, nuestros pasos se hacían más intensos. En las salas dedicadas a la pintura fiorentina y lombarda, a las obras del «Gótico Internacional», apenas paramos, solo el Beato Angélico consiguió que mirásemos levemente su «Coronación». Al llegar al Botticelli maduro, ante «El Nacimiento de Venus», sentado en una banqueta se encontraba Pietro. Rossanna se le acercó por detrás y tapándole los ojos, le preguntó que quién era. Pietro atrajo delicadamente su mano a sus labios y durante tiempo se sumergieron en el cuadro.

Al levantarse ellos yo hice lo propio, maldiciendo en mi fuero interno a mis invitados. Supe conformarme sabiendo el Albergo al que se irían, y a la mañana siguiente, en buena parte por culpa del vino que Doménico nos había servido generosamente durante la cena, no llegué hasta pasadas las nueve. Esperé largas e infructuosas horas. Durante días les busqué por todo Firenze sin resultado alguno y poco a poco me olvidé de ellos. Es muy posible que el arca de mis recuerdos los hubiera guardado como un hermoso sueño, si al cabo de unos años no me los hubiese vuelto a encontrar.

La idea de la naturaleza como un sistema independiente, a lo



largo de los años ha ido ganando terreno en mi espíritu y ello, porque
no que jamás se me podrá comparar con Cremónimo, el amigo de
Galileo, que por no tener que renunciar a la astrología aristotélica, se
fugó a mirar por el telescopio a las estrellas y los astros. Esta sed por
los nuevos acontecimientos y por sentirme inmerso en mi época, hizo
que los reconociera. Como hago con bastante frecuencia, me encontra-
ba de nuevo ante Botticelli cuando ví entrar a una pareja. No cabía duda
que ella era Rossanna, conservaba aún la suave belleza que hace nueve
años hizo que la persiguiera durante días sin dirigirle una sola palabra.
Pero su acompañante no era Pietro. Sin reparar en mi presencia se
sentó a mi lado. Armado de toda mi osadía iba a dirigirme a ella cuando
ví entrar otra pareja y detrás mucho bullicio. Sin duda pertenecían a uno
de esos horribles grupos que nos hacen recordar la «moral del rebaño»
de Nietzsche y que con demasiada frecuencia irrumpen en Firenze,
queriéndole robar el alma a cambio de un plato del peor spaghetti. A
punto estuve de electrizarme cuando el hombre que se había sentado a
mi otro lado, me preguntó la hora. No solo era la ondulación de su voz,
sino todo él. ¡Aquel hombre sí era Pietro! Pensé que Rossanna también
lo habría reconocido y que sería ella la que le contestase. Pero ninguno
de los dos se reconocieron. Yo vacilé si descubrirles, si gritarles loco de
alegría que al fin nos habíamos encontrado de nuevo los tres. Pietro
volvió a inquirirme y por no parecer descortés le dije la hora. Rossanna y
su acompañante se levantaron y Pietro con todo el grupo lo hizo un rato
más tarde.

Yo seguí allí solo, con la cabeza entre las manos, triste y
meditabundo durante largo tiempo. Al levantar la vista y fijarme en esa
indescriptible belleza de Venus, comprobé que en efecto lloraba, e hizo
que me levantara avergonzado de vivir en este mundo.

DE UNA FOTO DE CUANDO ERAN NOVIOS Y SE QUERIAN MUCHO

ANTONIO MERINO

Sabiendo que mi libertad está dando pataditas en tus entrañas.

I

A pesar de todo
el hombre es,
inevitablemente,
consecuencia de un conjunto de sonidos
que aplicado a un órgano sensible
produce lo que vulgarmente llamamos
proceso transformador de las cosas.

II

Nuestra libertad,
Teresa,
no tiene más argumentos
que tu amor
y los veinte otonos de mi rifle.

III

Decididamente
la Historia se escribe con H.
La H es, por lo tanto,
la primera letra del habecedario.

IV

El hombre que sacudió la cabeza
para negar su participación
y fue abatido
por su heróico gesto
de afirmación.

Esto es lo que en filosofía se denomina
estado natural de las cosas.
Poéticamente,
las palabras adquieren el tono adecuado
para aclarar los sucesos
que están en la mente de todos.

Todos. Todos.
Absolutamente todos los poetas.

V

¡Hay que ser absolutamente subversivo!

Aquella frase lo decía todo.

Escrita en el Documento Nacional de Identidad.

VI

ANNA.

Y la Revolución empieza
cuando me callo tu nombre.

VII

Con tanto amor
armados han de estar los ojos
para ver que no son lágrimas
cuando lágrimas hay
en la funda de tu revolver.

Cuando la pena
me cuelga de los pantalones,

I

Aquella sociedad nos era,
individualmente,
próxima a tí, a mí,
estampada en aquellas fotografías
que guardaba mamá
en el viejo cajón de Merlín.

II

¿Y si después de todo
ella me dice que no...?

Entonces me volveré loco
y cortaré la cabeza
al infausto ingeniero
que inventó eso
que llaman amor.

III

Con este dolor
que apenas si me deja respirar,
escribo tu nombre en un papel
que guardo en el cajón
con esas letras grandes
que tanto te hacían reír
y lo doblo en pedacitos muy pequeños
y firmo, a veintiseis de octubre,
porque no me quejo y estoy triste,
como tantas veces,
aunque de vez en cuando
pienso en tí
y vienes a mi pecho
unas inmensas ganas de llorar,
de volver a ser
un niño grande
para jugar con tu cuerpo
a eso que llaman amor...

To beso.
Me tiemblan las piernas.
Monto tu risa en los huesecillos.
Aplaudo.
Tengo miedo...

Y pasan las horas
y pasan,
aunque ya todo es distinto,
como más triste,
y sin embargo
parece que me duele menos,
falta la respiración
y apenas si toso.

Hoy te recuerdo así,
ajeta a un imperdible
de la solapa de mi hombrecillo.

IV

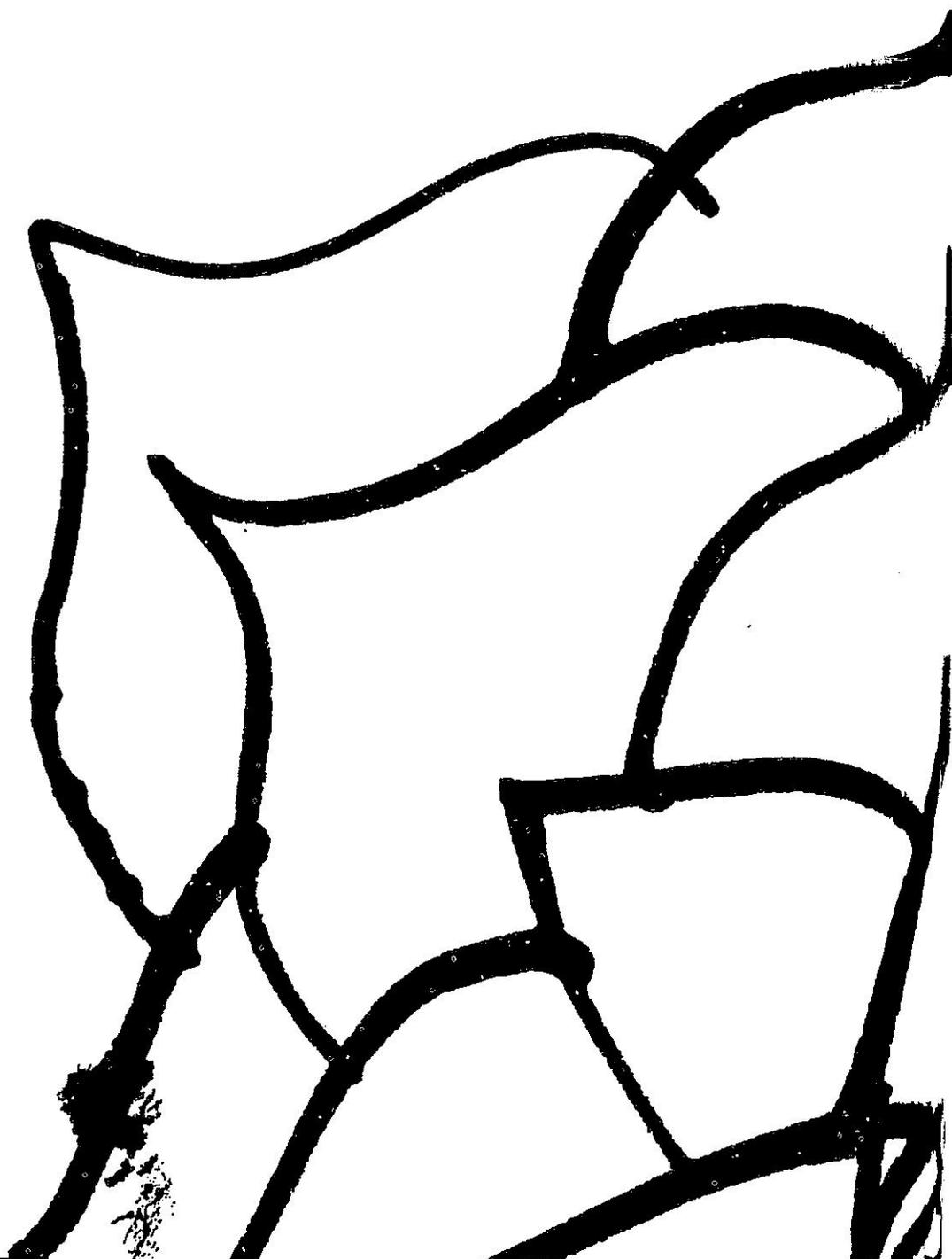
Detrás del espejo
un hombre y una mujer
no están besando.
Afuera llueve.

«Si me miras, verás que no son duendes
los que corren por mis ojos».

El hombre, fingiendo
no haber oído nada,
recoge su sombrero
paga la copa y se marcha.

La mujer, cae al suelo.
Y yo que lo veo
pago la luz y sueño...

Afuera,
sin embargo,
sigue lloviendo.



V
Dajo aquel cuerpo de mujer
la vieja calcomanía se desnuda
como cada noche
en presencia de su amante;
hace el amor
y se duerme muy despacito.

Al llegar el día
no despierta con un beso en la frente

Y cogidos del brazo
los aparecen por una foto
lo cuando eran novios
y se querían mucho.

Dajo aquel cuerpo de mujer
la palabra amor
no me antoja subversiva.

...Buenos días mi amor...

ENVIOS DE LA AUSENCIA

ANGEL BERENGUER

(Cuando lo mataron, acababa de escribir en una pared: *Pan i T.* Eran las doce de la noche. Tenía 19 años y se desangró en la arena de la playa. Se llamaba Javier.)

Cómo es morir solo
hermano
solo y acorralado
cómo es morir
hermano

y la boca en la arena
solo
mascando las escamas de los peces
los ojos sorprendidos
asustados y solos

te mataron
estrella de mar
acorralado
hermano

tu sangre sola
tu sangre múltiple
tu sangre levantada
violenta y amarilla y roja
derramada

entre tus manos
una t desvestida
un pan asesinado

y una i para quedar prendida
en la tralla del odio

cómo es morir hermano
solo y acorralado

un tornasol de plomos asesinos
para matarte
solo acorralado

cómo es estar a punto de vivir
y quedarse sentado y sorprendido

transmudado
a pedazos de odio
a hocicazos de cerdo
a mierda de gallinas

cómo es morir solo
con la sangre en la boca desbocada
dando gritos
cuajada de claveles
hermano
cómo es morir solo

los civiles cuando matan
se suben por las paredes
y tropiezan y se cagan
y matan como zarpazos
asustados de una fiera

hermano cómo es morir
cómo morir es oh compañero
que solo
que acompañado
por las rojas avenidas
de nuestro pueblo cercado.

(Aún queda en el recuerdo Encarnación Magaña Gómez, de 20 años dependienta de la Librería «Inglesa», fusilada el 11 de agosto de 1944 en Almería.)

Por eso tu canción es un susurro
una larga cadencia de visiones
pequeñas consonantes lúcidas íntimas

por eso el árbol y las ramas humildes
se levantan en cielo
con nubes de cartón piedra
decorado

por eso las arenas metálicas
se muestran monumento
rendido
hacia el final

por eso se descuelgan los cables
y los pájaros bajan para beber
los cielos estancados
y los amantes vuélcense sobre un colchón de cal
y la llama se apaga y a la ceniza
invoca
y tus labios florece el cercado latido
de la tierra

rosa de thé
sobre minerales cadáveres de siglos
nos erguimos
como si pudiéramos vencer.

(Días de mayo de 1968: amiga, amiga, recuerda que cabalgan los años
deshojando primaveras y para otoños nacen sus cascos ciegos, amiga,
amiga.)

Me levanta la sangre a la memoria
este mayo tan lejos
lo clavel parisino
lo aquellos días de andar
y de soñar
al torcer las esquinas

tu pelo verde y oro
que recontaba el viento
tus dedos y sus uñas
devorando las cuerdas asombradas

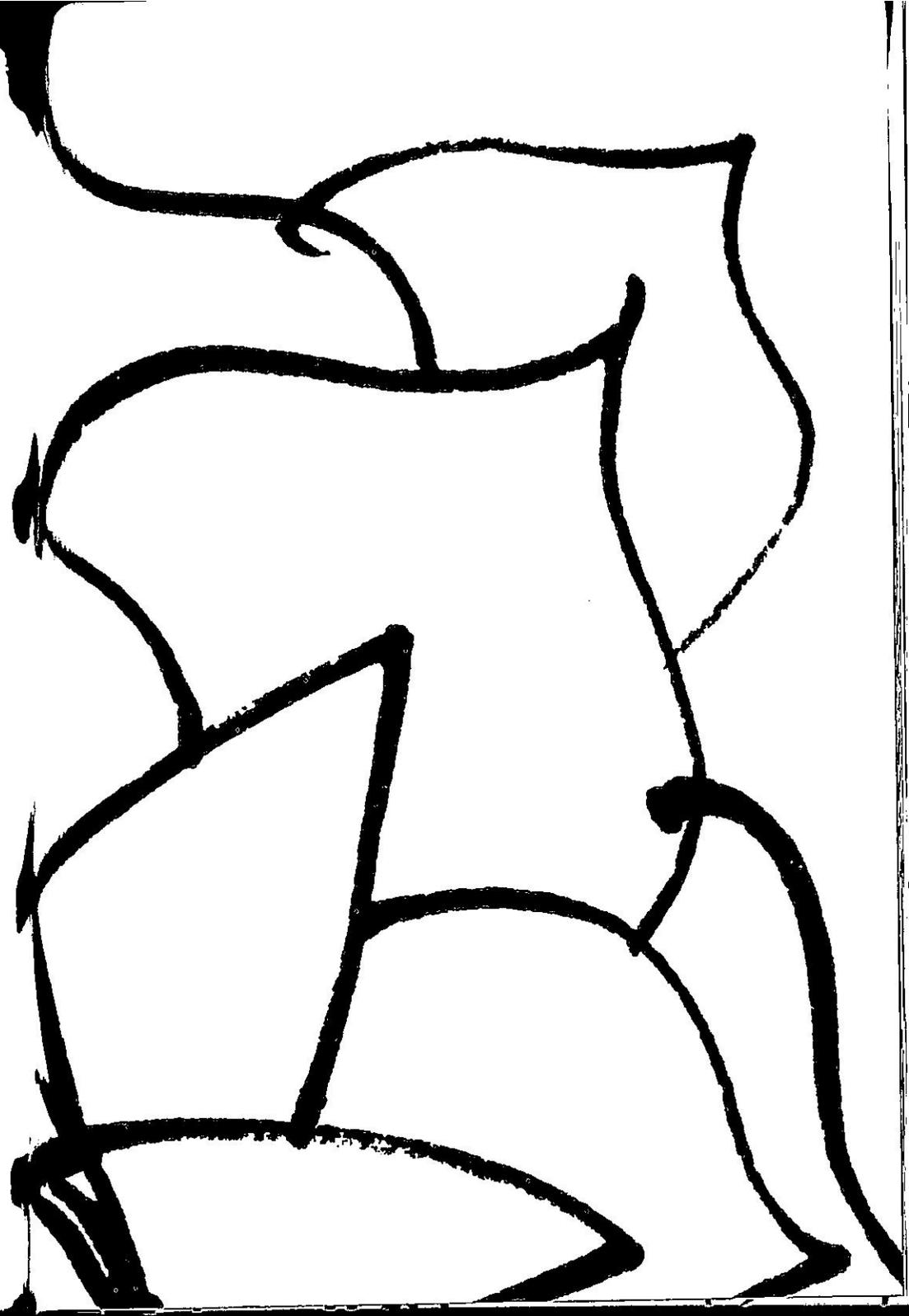
íbamos a cambiar el resuello del mundo
con estas manos y labios
con nuestro andar a bocanadas

éramos tan hermosos
y nuestro amor también
vestido de adoquines para romper
el alma a quienes enterrarnos en venturas
tramaban

aunque el amor no muere...
se inicia el epitafio y yo quiero
volvemos
para vivir para morir
a los días de mayo
cuando la rue des Carmes
era lecho de cal enardecida
y nuestros puños
como besos
eran parábolas de escarnio.

(Envío a modo de final.)

Dónde están ya mis años
mis amigos en palabras y cantos
dónde están
los años de andar juntos
y los puños unidos
dónde estarán tus campos
tierra
tus playas y tus montes
dónde tu sal secan
dónde tu cielo
en este sepia y verde
tus hombres dónde están
y tus mujeres dónde
mis brazos locos para el abrazo
dónde
y los pañuelos
dónde están los pañuelos
para empañar la sangre
de mi llorar afuera
las primaveras libres de tu azahar
prometidas
dónde están
y dónde los olivos
que gritan tus colinas
y las palabras dónde
dónde están las palabras
cómo se escribe pan
cómo trabajo
qué fue de la cantada libertad
del llorado vocablo del regreso
(dónde se ha de posar mi voz
compañeros hermanos
dónde enterrarla y dónde amordazarla
para acallar su sed)
(adónde volveré con las manos cortadas
y este lápiz de invierno donde mis años
cantan y mi voz agoniza buscando sus
palabras).



POEMAS

J. MARTIN ELIZONDO

(vasto dominio bestiaro de penumbra)

entre peines sábanas arrugadas
grifos
nuestro cielo lavaba sus espejos
donde se miraban soportales escurridizos
aprovechando el exiguo rayo que atravesaba la rendija
perro guardian callado a los pies de nuestra cama

para ir a lo venir
ella se levantó a echar las persianas del cuarto
no pudo yo ya tenía asida su mano

nunca fallaba ese regreso a la emboscada
a darme sus dones ensoberbeciendo mi deseo
empujandome a su anchura de tiernos
e inmensos dominios

si salimos luego era a sabiendas
de que no quedaba agostado el tesoro
y nuestro paso era tardo y procesional
recogiendo piedras plazas golondrinas
sobando el caluroso asfalto
y contemplando como el panorama urbano
se amoldaba a nuestra locura

fenomenal circunstancia ayer
fenomenal cinema hoy
aquí te subes a mi mente

y apuñalas mis sienas
allá con tus ubres de cabra locuela
mo mareas ofreciéndome y no teniéndote

|| tu ausencia me tiene ayuno de tí
|| maneces a mi lado o emerges en el duermevela
|| con tu bestiaro de penumbra

cejas ojos pómulos
labios arrugas comisuras
te tengo como sabes apuntalada
rasgo a rasgo beso a beso
el día que se desvanezca tu imagen
se revelará la memoria de mi sangre
y de mis sueños
imagen siempre viva
y sin mirarme en tus retratos
que me dicen silencios de distancias

la tortura de un derrumbe de memoria

(león que se come el corazón o grillo)

al león del amor que se come el corazón me aferro
me aterran mis fauces de viejísimo ancestro
sobre todo cuando me como la jauría de tus risas y tus ropas

quisiera tener el tremebundo cinismo de los dioses
Júpiter embelesándote Prometeo quemando códigos y leyes
que estorban

de león callejeando contigo trato de hacerte gracias
de payaso perverso
aparto las alimañas que surgen a tu paso
me vuelvo pacífico e insomnio blando
sólo después de haber devorado con voracidad tu cebo
cuando me dices santo por el modo de quererte
y demonio por las formas que derrocho en el amor

en el fondo de mí, sabes?
se esconde un grillo taciturno que cavila y cavila
temiendo perderte.

(y de pronto infierno)

me relame un mañana que musita desesperanzas
imaginaciones de alamedas donde
con furibundos ojos clavo a las muchedumbres
buscandote en vano

entonces se me revuelve la hiel
y qué nombre darle a la vida?
leño muerto?
catedral huera?
culebra atenázadora?
vaciedad sin fin?
hogar sin asilo?
fulana de tal?

sólo cabe la palabra infierno

por fortuna
—oh lenta espera!—
irrumpe el rayo de tu aparición

PROMETEO

ANTONIO FERNANDEZ LERA

Desobece a Zeus / águila
mía / devoración y eterno
renacer de la carne / Suspende
la marcha de los cuerdos

Fotocopias de dios

Marchito sable / tropieza
con un muro / su eslabón
a mi mano engarzado

No tengo más remedio
que olvidarte / no tengo
más remedio que olvidarte / y repudiar
tu rostro indivisible

Aguila o buitre
verde y pico de oro
Sobrevuelo atado hacia mi hambre
Tú deléitate en mí / sin devorarme
y si has de alcanzarme
la cintura / sea / sea
por labios espumosos
y halagadoras garras
del amante del aire



UNA ROSA PARA EL MANUEL COFIÑO

Sobre el asfalto y la acera caen hojas muertas de almendro. Camina con pasos que ya están de alguna manera en su recuerdo. Los que la ven pasar esta tarde de sol, ven una mujer alta, de pelo ni rubio ni castaño, un pelo color sin nombre. Hay algo en sus ojos. Pero hay algo en los ojos de tanta gente desde hace unos años. Su cara parece hecha de sol, de sol violento y sombra violenta. Avanza con cierta serenidad confusa. El edificio. En la ventana abierta de par en par ve mecerse ligerísimas las cortinas blancas que ya no están. El letrero con aquel nombre en la fachada. Rubén y ella en el balcón. El jardín abajo, otro y el mismo. Las huellas en las paredes. Las ventanas caen hechas astillas sobre las flores cortadas limpiamente por las ráfagas. Mira sus manos de uñas cortas y un poco manchadas de tierra; manos firmes en el odio, temblorosas en el amor y el recuerdo. La pólvora, las flores que se le amontonan en la cara. Algunos la miran y otros no se dan cuenta. La gente pasa por su lado y ella ve la maceta de geranios donde ahora no está. Los pétalos rojos flotando en el aire como pedacitos de sangre. Las ramas se mueven frente al balcón. La sombra ascendente ya ha sobrepasado la puerta. El sol le raja el tiempo. Por esa puerta entraron juntos muchas veces. Por esa puerta salen dos mujeres que la saludan, y ella sonrío con la sonrisa seria de los que han sido tristes. Al alcance de sus manos están las rosas que él cortaba para ella. Una rosa para tu pelo color sin nombre, es la voz de él como grabada en el aire. Mira la ventana, la azotea. El viento le golpea la cara. Él diciendo adiós, joven para siempre hundiéndose en el íntimo y cálido recuerdo. Ella mira sus manos y después las flores. Cruzan sombras de tiempo. Las flores se mueven con la brisa, y ve la maceta de geranios y las cortinas donde ya no están. Amarillas y rojas hojas muertas de almendro caen sobre la acera y el asfalto. Vuelve a mirar sus manos y las rosas en los tallos. Otras y las mismas, como eternas en el tiempo.

—En qué momento va a nacer —dijo ella.

—Ya no estás para estos trajines —dijo Rubén.

Aquella mañana compraron tres capoticos azules y uno moreno por si era hembra. Llegaron a la casa. Preparó el almuerzo. Se sentó en el sofá y comenzó a tejer. Estaba intranquila. Abandonó el tejido y puso a arreglarse las uñas; las tenía muy largas y aceradas. Con la lima terminó de afilárselas. Se fue al cuarto. Durante un rato pensó en su familia. Ellos no comprendían, sobre todo la madre. Se acostó. No pudo dormir. Era verdad que ya no estaba para esas cosas. Daba vueltas en la cama, a ratos se pasaba las manos por el vientre. Tomó una pastilla.

Despertó con el estruendo de los disparos. Rubén desde el cuarto disparaba hacia la puerta de la calle. Vacío el peine. Ella le dio una pistola y sacó la Bereta que guardaban debajo de la cama. Disparó rumbo a la puerta. Por la puertecita del patio pasaron a la azotea. Él sintió un dolor agudo en el vientre. Las maderas de las ventanas como el jardín cortadas por las ráfagas. Sentía a la criatura contraérselo en el vientre al ritmo de los disparos. Estaban parapetados detrás de los tanques de agua cuando a Rubén lo hirieron en el brazo. Salieron corriendo, de nuevo rumbo a la casa. Ella iba pegada a la espalda de él cuando sintió un golpe ardiente en el muslo y se le doblaron las piernas. Él regresó a recogerla pero entonces le dieron y arrastrándose llegó junto a ella, y quedaron en que iría a buscar las granadas. Se arrastró hacia la puerta que daba al patio. Ella puso los pies contra los tanques para ver si sentía menos dolores. De los tanques perforados por las balas salían chorritos de agua. Se tocó el vientre. Ya no sentía nada. Apoyó la cara contra el cemento para sentir la humedad aliviadora y poder ver el balcón. Rubén disparaba desde allí. La maceta de geranio saltó en pedazos, los pétalos rojos en el aire.

El tenía la cara embarrada de sangre. Lanzó una granada. Ella esperó la explosión, pero sólo escuchó crecer el estruendo de los disparos, mientras sentía un dolor tremendo cada vez que se movía. Apretó las manos y se clavó hasta el hueso las uñas afiladas. Pensó lo que haría. Lo que tenía que hacer. El tiroteo decreció unos instantes, pero volvió a intensificarse cuando él apareció arrastrándose por la puerta del patiecito que daba a la azotea. Ella se dio cuenta de que quería acercársele, pero le volvieron a dar y vio como intentaba levantarse, y vio la mano moverse tratando de decirle adiós.

Después, el aire, el silencio, los chorritos de agua saliendo de los tanques, la sangre brotándole del muslo. Sintió el aire acariciar su cuerpo como la última caricia de la vida. El sol ya más bajo que las casas, y las franjas de luz sobre la tapia se extendían gloriosamente vivas. No pudo ver cuando lo bajaron.

Y ella allí tirada sobre el cemento de la azotea pensando en lo que iba a hacer. En lo que tenía que hacer. Se le acercaron por atrás. Así no podía mover las manos, pero tenía que hacerlo. Un policía, con el pie, retiró la pistola. Vio muchas botas a su alrededor.

Cuando la bajaron observó los vidrios caídos, la puerta arrasada. Fueron a verla Irenaldo, Ventura, y el comandante Medina dijo:

—Mírala, quién la iba a conocer, si se pintó el pelo y se dejó hacer una barriguita.

Ella los miraba hosca, asustada tal vez, pero sin llorar, sólo agarrándose el vientre con las manos.

Y uno del SIM, uno del SIM que tenía los ojos saltones se le acercó y dijo:

—Ya ves lo que le pasó a tu maridito por jugar con nosotros.

Dejó de protegerse el vientre con las manos, el odio se le anudó en el cuerpo, levantó los brazos y con precisión le clavó las uñas largas y afiladas en los ojos. No tuvo tiempo ni para cerrar los párpados.

Ella mira sus manos y las flores, ahí, firmes en los tallos, otras y las mismas como eternas en el tiempo. El olor de las flores se le amontona en la cara, sube por sus manos. Nunca ha sentido tan fuerte y penetrante el olor de las rosas. Y su cara que parece obra del sol violento y la sombra violenta, se hunde en ellas. Tiene la cara llena de flores y lágrimas, y sus manos, sus uñas desprenden temblorosas la rosa para él. Mientras, la gente pasa; y unos la miran y otros no se dan cuenta y rojas y amarillas hojas de almendro caen sobre la acera y el asfalto.

POEMAS

JUAN BOSCO NAVARRO

NOCHE DE PERROS

Desnuda, brillas,
alta
la cama por el aire.
Sin peso están los muebles, los zapatos,
el soplo sin sonido:
un aire denso, donde los cuerpos giran,
toman aliento, huelen,
como sudor, ternura por el cuerpo.

Cuanto las manos tocan está ardiendo.

Entre los dientes, sientes
el canto de los besos en la oreja.
Cabalgo a tu costado, esquivo los ramajes,
el lazo que ahora aprieto, corazón,
es una boca tensa,
sin bridas, un bocado
idesata pies y manos mientras gritas!
Y enciende las hogueras:
la muerte está a dos pasos
rompiendo la cabeza de los lobos,
echándonos los perros.

Perros que nos desvelan
dan vueltas a la casa,
arañan con sus patas los cristales.
(Esta noche no acaba. Terminarán entrando.
Cuando golpeen la puerta lo sabremos.)

Por la madera, húmeda, la neblina se cuele:
la boca se abre al grito,
el miedo que no acaba.

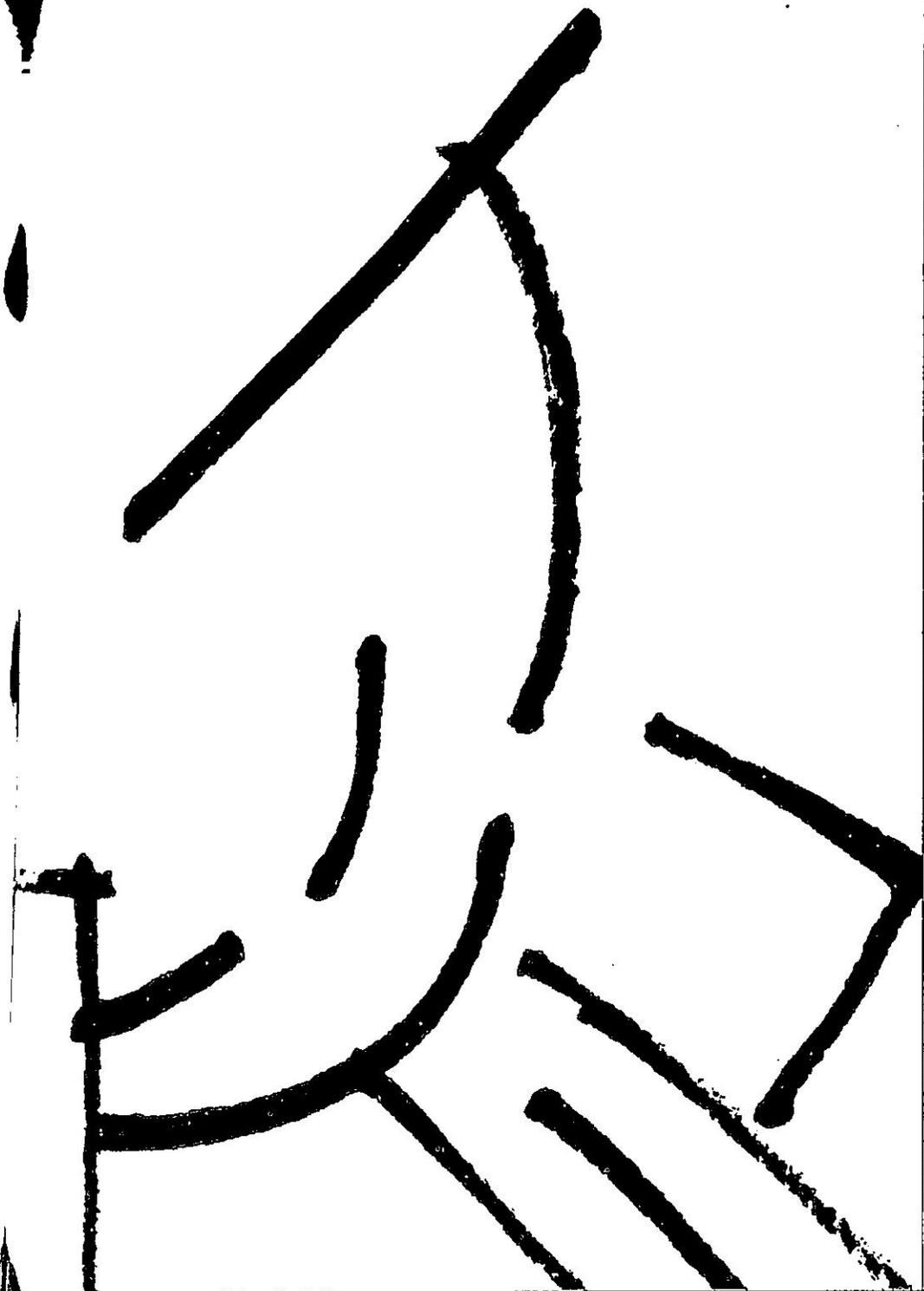
Inútil despertarse: no es un sueño.

RETRATO CON UN AÑO

Delante está mi foto:
un niño sorprendido que se restriega el pie,
lo plano
contra un chupete.

El fondo es como un cuadro y, más al fondo, se ven como unas rocas,
o papeles unidos, apretados,
formando una montaña que no llega a acabarse.
Es como un cuadro abierto,
como el respaldo abierto de una silla de bar
tan grande a mi tamaño,
a este pelele a cuadros que me han puesto,
que se me cae de grande,
hermoso como estoy en este círculo, marrón y marrón claro,
con poco pelo,
abierto a lo que venga luego.

¿Qué expresa esa rodilla que se dobla?
¿Ese pie un poco tenso? que se
¿Qué miro tras los ojos boquiabiertos?
¿Era el miedo a la muerte, subida en los caballos?
El sueño puede más que todo miedo.



CUENTO DE PRIMAVERA EN JARDIN DE LOS ALTOS SAUCES RODRIGUEZ SANCHEZ

Concha,

Dormía el corazón de aquel viento cuando me adentré por vez en el patio que conducía a la puerta principal. Sentí como si toda mi niñez descansase en aquellas fuertes abúlicas del agua indecisa, exasperada de correr en un infinito suceder de portalón viejo al frente me indicaba que, a pesar de tanto tanta vida llevada al ritmo de una época marchita, nada habla El sol ya no calentaba y la tarde tranquila aseguraba un éxito de fiesta. Sin embargo, me desasosegaba la idea de comprobar que que veía y pronto iría descubriendo dentro de la casa me era extremadamente íntimo, sin que yo nunca hubiese estado allí.

* * *

Esperé a que fueran llegando los invitados sentado en un banco que miraba hacia el estanque; me sentía cansado y, aunque a reconocerlo, en cierta medida desilusionado ¿aquel jardín mortecina y convencional, su espíritu roído por una melancolía y nada original. Pero me era reconocible, sentía en mis ojos palabrada furia de la impotencia, su aburrida contradicción. Recordaba palabras de la niña al partir con mi maleta forrada de seda: Vendrás te lo aseguro vendrás. Aquellas palabras no eran no tenían suficiente realidad en mi mundo... sin embargo las amasando a través de toda mi juventud, de todo mi amor agujereado, todo mi amor que fue virgen y un día se lanzó al

mar de una playa extraña: se suicidó aburrido. Vendrás te lo aseguro vendrás ¿cómo podía renegar de aquella niña que me ofreció su primer beso de mujer? No tenía derecho a insistir en ese torpe pensamiento que me obligaba a confesar, lleno de vergüenza, que todo no era más que un sueño.

Pero allí estaba el jardín inválido, lleno de vulgaridad, ansiando una muerte olvidada lejos del estrepitoso caos de una boda desconocida. Fue entonces cuando me acordé de la carta.

* * *

Me habían invitado a una misteriosa boda, sin más explicaciones que la dirección y la hora; la firma era ilegible pero no pude por menos que reconocer en ella la mano de una niña que había crecido con rapidez. Y no pude tampoco por menos que empezar a soñar en mi niñez desarraigada y perdida, una niñez de la que sólo recordaba su muerte a manos de una vieja prostituta un día de lluvia en un país cualquiera; y era esa niñez la que ahora reencontraba en un jardín que tenía sombras de belleza, fantasmas de una estética que quizá alguien rompió. Pero mis ojos no cejaban, impulsados por una fuerza sólo debida a la esperanza, buscaban en silencio la terminación de la obra; y yo me dije: falta algo, estoy convencido.

Los invitados llegaban con bastante retraso y aún no se habían encendido las luces del salón principal. Vendrás te lo aseguro vendrás.

* * *

Al fin lo descubrí. Sabía que no podía ser aquel jardín tan solo un solar cuadrulado y adornado con un gusto mediocre; allí, bordeando el lado derecho de la casa y adentrándose hacia el interior de un bosque que hasta ese momento no había descubierto, se encontraban los sauces. Altos, recubiertos del orgullo de saberse milenarios, desafiaban todo intento de profanación, de comprensión de su misión. No intenté contener la sonrisa y, por un instante, me sentí absoluto poseedor de la última verdad sobre aquel sentido de la perfección y la elegancia. Apagué el cigarrillo consumido entre los dedos y me levanté. Era ya de noche; comenzaban a oírse los primeros y más atrevidos grillos; aún eran pocos los invitados. Vendrás te lo aseguro vendrás.

* * *

Me interné por entre los recién revividos sauces y al fin hallé perdido en medio de su follaje turbulento y pesado; una extraña sensación: alguien me miraba. Tuve miedo de no poder regresar a la casa: la novia ya habría llegado. ¿Quién me invitaba? la novia, ¿por qué? la novia me invitaba: debía regresar, pero alguien me invitaba. Yo había aceptado la invitación para reconocer a la novia. Vendrás te lo aseguro vendrás. Seguí avanzando, un camino apenas visible me guiaba; cerré los ojos aparentando sufrir, porque sabía con total seguridad que alguien me miraba. Una sombra atravesó mis párpados, me arrodillas sobre una arena fina y húmeda; susurré: estoy aquí,

Cuando me atreví a mirar, la noche cubría con enorme oscuridad todo mi alrededor. Volví a tener miedo de no saber regresar: de no ver a la novia. Pero enfrente tenía unos ojos que me miraban impasiblemente. Lancé un grito de horror: los conocía, los amaba. Habían sido míos,

II

Recordé. Fui recomponiendo con extraordinaria precisión el año tras año, momento tras momento vivido con Vendrás te lo aseguro vendrás: y los ojos en punta ¿recriminando? con noche voraz, sedienta de pasión con la novia habría llegado. Yo arrodillado, soportando el desafío de sus pupilas, con el columpio rasgando el calor de una siesta lujuriosa: miraba sus labios, niña preciosa recién nacida a la adolescencia; puerto de mar agazapado entre sonrisas limpias: y golpe en la espalda... y correr. Yo arrodillado, suplicando quizá perdón. No molestan ya las faldas rojas. Y blancas, el arco iris riega el caserón derruido, y no te cojo porque tu piel invade mi tarde, luego el beso. La esperanza del encuentro... allá, dentro del mundo. Pero tú vendrás te lo aseguro vendrás, palpando sus mejillas, acariciando sus pechos aún sonrosados: robles de madrugada, original juego de libros deslizándose entre las espigas: con cama fría, doliéndote hasta extenderte hacia mí. Y los ojos ante yo arrodillado suplicando perdón.

* * *

Más fuerte y más duro, ateridos ambos en la línea divisoria de dos estampas, inculpándose pálidos: húmedos. No era aquel perfume: niña suave, olíamos la yerbabuena, yo en tus ojos mirando el mundo, como después tú en mí sintiendo miedo: mundo en estampas, cobijando el aguacero. Mañana será tarde: yo arrodillado en tu techumbre: tú

mirando la locura de una tarde; mundo desconocido ante la sorpresa de tu cuello terso, amando en el columpio el universo, despersonalizados ahora. Tus ojos sinceros, mi súplica incauta. Y la tormenta nuestra.

* * *

Desnudos: viento tarde en nuestra tarde que ya es noche. Alucinados un momento ¿quién se casa? ¿la novia habrá llegado? Besándote con labios blancos: tu barco descansa ya lejos. Tú que hubiera sido en mí: carta sellada. Igual que el jardín encendido, despavorido: incrédulo. Tus labios que besan como si no fuesen míos. Noche a los dos. Cuerpo sin nombre, junto a tu bordado en su momento aluminio, pero pesan los futuros: solos.

* * *

Nos levantamos llorando: en tu espuma habríamos sumergido la descendencia. Tú pensaste, te lo advertí. El cuerpo llega mustio. Agotado dirías en su momento no amarró nuestro vientre, lo descuartizó saboreando en lugar de su dicha majestuosa: en el preciso instante de su nacimiento. Mujer al fin: ya mujer que predispone el acto: cuerpo de mujer ciego: niña entonces; mujer ahora en tus pupilas ¿y ayer? tu espalda que lame en mí tu rostro, seco de ti, hacia el jardín: sauce que asfixia: ti; no es niña: mujer.

* * *

Mientras me introduzco Vendrás te lo aseguro vendrás sólo sombra y pecho alto arrullando con ligereza hacia los músculos contraídos por el dolor sufriendo esperando la lengua limpia y sacude en la saliva de nadie tierra de sin nosotros con el corazón del viento dormido a tu pelo sedoso lubricado ahora gracias a mis manos que palpan tu orgullo por encima de mi hombro empotrado en el hueco de tu imagen de dos mundos imagen de ti en mi niñez en el instante que nos convulsionamos y muerdes mi piel para que siga mi ansia tratando de perforarte ahora vestidos revestidos del oro en tu para noche verde en labios blancos que escupen hacia mí que soy tu niñez equivocada aniquilada por ti ahora en mujer de cuerpo lleno de mujer para que yo deje de estar en la niñez que ya no puede ser mía columpiada lanzada al

espacio de hoy mío al saber tu nueva sangre despacio junto y conmigo
mi expulsión cálida en tu boca y en tu vientre Verte on el momento
instante de mi venida a tu palabra ahora inútil y deshecha por tu silencio
sobre nuestra realización.

* * *

Encontré el camino. Cuando regresé al patio percibí el jolgorio
que se desarrollaba entonces dentro de la casa, cientos de luces
iluminaban todo el entorno: un vestido blanco se deslizaba en el gran
salón en un vertiginoso baile ¿final? Rompí la carta tirando sus palabras
al estanque monótono: me espantó su rutina nada respetable, su
estética aburrida; necesité mirar los sauces que había dejado atrás, pero
apenas pude distinguirlos por culpa de las estrepitosas luces que de
todas las ventanas de la casa, volaban hacia afuera. Ruina de la memoria,
golpe de hachero: recordaba. Como si nunca hubiera ocurrido, amarilla
en su pensamiento roto y un cuadrado susurrante. Hacia la vorja
mientras llueve que comenzando atrape.

* * *

Doblé el último alibustre con el sabor ácido de los sueños
adosado en todo mi cuerpo: calor de tu cabello ahora y para siempre
oxidado. Perdona en tu nueva vida la niñez de un viejo: me dije alzando
la frente en señal de bienintencionada derrota, con polvo y días de
espera: miembro descuartizado en la rutina de silencios.

* * *

Versión infame de la voz cuando es sonido en sintagma tomado
al azar que más que hubiera en tu reproche caminando junto a la
bandera anunciadora de nuevo lecho en paz descansas corre despavo-
rida en inmediato huracán que requisaste donde pusiste tu dedo y
eyaculé mi placer sin tormenta desmentido todo mi ayer en esta hora
que para ti no existe más que en el encanto. Volviendo en el penúltimo
segundo de cuando te abracé y comenzaste el olvido excusado Tú mi
hermana fornicada adosada en bella torre de alquitrán de golpe y atrás
desvencijado con el grito que nunca más oiré de tus ojos llamando sin
lucidez en ya la noche fuera de nosotros sin embargo mi hermana Tú
imagen de dos mundos.



* * *

manido desdoblado por la enunciación coloreada que llega
en mi tensión cuando vuelvo la cabeza y no sé decirme la instantánea
del ocurrido inseguro a tus palabras lejanos los ojos.

POEMAS ALFREDO BUXAN

REMOTA URDIMBRE

Lo único aprendido es la rotura, la silla
desfondada, el tapiz viejo, la sal removida
de las llagas, la ceguera de los túneles
y la inmensa crueldad agazapada en los bosques.

Lo único aprendido es lo remoto: todo
duele como agonía, todo estéril
y callado purgándose en el tiempo
misteriosamente legado por qué mano invisible,
témpano de savia detenida, añico triste,
trazo entrevisto en la maleza
de la vida.

Rara siembra esta tregua
hermosa del amor, breve
como el sol y frágil como el tallo
de los caminos, hueso de sombra de las noches
sin consuelo, plenitud de la saliva
derramada en otra boca; verdor y páramo,
páramo de tristeza: amar
es ir a tientas: la cautela y la audacia
de los solitarios
desorientados en el riesgo de la noche,
vértigo de tumba y añagaza de dicha,
haz de alientos urdido en la penumbra de la sala.

AJENOS A LA NADA

Para qué hablar, amor, de este silencio denso que nos cubre los años. Mira crecer alrededor los cuerpos inocentes, fieles y locuaces recayendo en el absurdo. De pronto supimos, como supieron ellos, que acaba la tersura de la piel y la arruga se instala en la entraña como plomo fundido, y este llanto hacia dentro se acomoda, sólido, en los ojos. Tanto escuchar la nada nos ahoga y nos hunde, vértice que late, roca triste, espuma junta para batir eternamente las orillas sin comprender apenas nada, el tiempo muerto, el eterno susurro, el gimoteo de lo vivo imitando el mismo gesto día a día, como nosotros nos besamos, asustados y precoces cada vez, sin saber nada, fugazmente decididos al imposible olvido.

LA LUMBRE DURADERA

Hay una quieta lumbre reponiéndome la nuca como llega la muerte. Saldrás quizá del misterioso río del azar, pero ya nos hallamos una vez en la vida: ya rozamos el límite de lo inverosímil con este latido que densamente une y nos bautiza como la espuma se hace y se deshace en la marea. De dónde viene el viento que impulsa nuestros cuerpos a este abrazo de barro. Hay una sed saciada en arrojarse, en estar juntos, en ser dos alas separadas por el mismo cuerpo. Hay una grieta trunca, un disparo tullido, un muro ciego. Hay un daño vencido para siempre por una llama leve. Dará gusto morir sabiéndonos tan breves en el pozo del tiempo.

HABIA UNA GRAN CASA JUNTO A LA CERTIDUMBRE

NARCISO GALLEGO

Había una gran casa junto a la certidumbre donde las manos se alzaban, donde los brazos se movían sin dificultad. Nadie se asombraba de los desnudos, de sus pasos inaudibles y secretos. Las voces se hundían en la respiración dulce de las muchachas extendidas sobre el calor, sobre las decisiones más violentas. El, cierto día, dio la orden, se hizo acompañante del furor y la avidez. Golpeaba por las noches las puertas y, cuando estas se abrían, sin remordimientos alcanzaba su satisfacción, se convertía en amante de la enemistad. Al amanecer sus ojos saltaban a la reflexión y al desprecio; entonces gritaba sus acusaciones al invierno, y decidía contar, desnudo bajo los astros, los días que le quedaban como testigo.

FRAGMENTOS

I

Cerca de mí
habita la mujer, la concubina,
el error de la carne,
la línea oscura que se abre
a la interrogación de la noche.

II

Hay alguien que me pide
la forma de un recuerdo,
el lugar que recorrí
desde un país silencioso
hasta el hueco iluminado
en el que estoy.

III

Abandono el secreto engaño
y comienzo a desprenderme del amor:
sólo hay cuerpos.



POEMAS

LUISA SALOMONE

I.

Exacta perfección
exenta de sangre
en la suavidad
de lo circular
se abre la rosa
de la herida

II

Enhorabuena
el hermoso vicio
estéril y grávido
inefable
deseo de libertad
papel y lápiz
pacientes
sola voz posible
y cuadrícula
a merced
de la letra que ondula
rasga y fluye

III

Pensar invisible inadvertido
sin límite sin contacto
no ser de esta manera sino de aquella otra
que escribieron cuando yo no sabía leer
ahora en las primeras letras
cambiadme el molde y la escritura
esta que deletreo no es la mía.

IV

La rueda del cero
rodando en el vacío
crea la forma
y el vacío adquiere
cuerpo y sonido
no te detengas en el cero
corre detrás junto debajo en medio
y de ti y del cero
todas las cosas serán hechas

SOLAPA DE LIBROS

HUXLEY (Aldos): *Danza de sátiros*. Debate Literatura Madrid, 1981. 409 páginas. Nacido en Landres en la última década del pasado siglo, enraizado y educado en una familia de generaciones de científicos y filósofos, se consagra ya como gran escritor con sus novelas de juventud, entre las que destacan «Danza de sátiros» y «Contrapunto». Considerada la primera por numerosos críticos como la obra en la que Huxley supo conjurar mejor su tendencia hacia la novela de ideas, con una concepción más dinámica de la novela. «Danza de sátiros» es a la vez brillante y morbosa, alegre y cínica, ingeniosa y profunda. Y es sobre todo, una obra maestra de la sátira social.

CLEMENTE LLORET (José Luis): *Detrás de la noche a mano izquierda*. Publicaciones Porviver Independiente. Zaragoza, 1980, 79 págs. J. L. Clemente (Lérida, 3 de mayo de 1956) tras llegar a la conclusión de que él había venido al mundo «Para ver el mar, tomar horchata, cenar paté a la pimienta y comembert regados con un buen Burdeos, jugar a la butifarra en algún viejo café lleno de humo, enamorarse lo más a menudo posible y echarles migas de pan a las palomas los domingos por la mañana en la Plaza de Cataluña» inició su dedicación al trabajo literario con una de-

cidida voluntad de ser. Siendo esta su segunda aparición editorial.

FERNANDEZ-FLOREZ (Wenceslao): *Relato Inmoral* (Prólogo de P. García). La Mandíbula Batiente. Barcelona, 1981, 155 págs. Escrita en 1928 es sin embargo esta su primera edición y se encuadra dentro del periodo de mayor incidencia crítica de la narrativa de Fernández-Florez. Es esta novela una caustica denuncia de la represión sexual, de los mojigatos de principios morales que la encubren y sus morbosos efectos sobre la vida cotidiana. Haciendo eso de un lenguaje preciso, fluido y sin concesiones, y demostrando un magistral dominio del tratamiento irónico con herramienta demoledora, describe una sociedad abocada a la neurosis por el enfrentamiento entre los impulsos naturales y la hipocresía de unas normas irracionales que hacen del amor un delito imperdonable.

NAIPAUL (V. S.): *Miguel Street*. Madrid, 1981. Debate Literatura. 222 páginas. Vidiadhar Surajprasad Naipaul nació en Trinidad el 17 de agosto de 1932. Ha publicado hasta el momento nueve novelas. Entre sus varios libros de ensayo, son sobresalientes aquellos que rebuscan en las raíces de la sociedad hindú. En los

PROXIMOS NUMEROS

Nº 7 Homenaje a Jorge Guillén.

Participan:

- ABAD NEBOT (Francisco), Jorge Guillén: una versión adánica del mundo.
- ALEIXANDRE (Vicente), En la meseta.
- AMOROS (Amparo), Guillén o la metáfora de la resurrección.
- ATENCIA (María Victoria), Querida Eugenia.
- BLECUA (J. Manuel), La crítica literaria en hacia «Cántico»
- CABALLERO BONALD (J. M.), Una lectura, un conocimiento.
- CANALES (Alfonso), Hablando con Don Jorge (Entrevista).
- CANO (José Luis), El accidente.
- CASALDUERO (Joaquín), El poeta y la Guerra Civil.
- FERNANDEZ CANIVELL (B.), Aproximación a una bibliografía de Jorge Guillén.
- GOMEZ YERBA (Antonio A.), El niño en la obra de Jorge Guillén.
- GUILLEN (Jorge), Gaviotas en Grupo.
- GULLON (Ricardo), Cántico como exaltación de la inteligencia.
- MARTIN ELIZONDO (José), Por la rendija de la memoria...
- MARTIN VIVALDI (Elena), Nocturno.
- PRAT (Ignacio) Frescor hacia... Forma.

Nº 8 Cultura y Feminismo.

NOVEDADES H. BLUME



PARA SCHUMACHER
A. Lovins, R.D. Laing, I. Illich y otros.
Ocho artículos que constituyen un homenaje a la inmensa influencia de E.F. Schumacher sobre: las energías blandas, el lenguaje, la mente y su entorno, la tecnología, el pensamiento alternativo, el darwinismo social y la física mecanicista.

PROFESIONES INHABILITANTES

I. Illich
Una crítica al monopolio que una élite de profesionales ha impuesto, institucionalizando y ritualizando la casi totalidad de nuestra vida diaria.



RUPTURAS DE UN SISTEMA ECONOMICO
M. Aglietta, S. Amin, J. Attali y otros.
La crisis económica actual vista por un colectivo de economistas que consideran a la ciencia económica dominante incapaz de interpretar y de ofrecer una solución satisfactoria.

LA CRISIS NUCLEAR
Una alternativa socialista para España.
Fed. de Energía UGT-ICEF
Prólogo: Alfonso Guerra
Un análisis de la crisis energética y la propuesta para España de un Plan Energético Alternativo, sin centrales nucleares.



Solicite nuestro catálogo

H. BLUME EDICIONES

C/ Rosario, 17, Madrid-8. Tel. 205 92 00

NOVELAS CAYVEDRA

Leelas por su propio interés

Tríulos aparecidos:

CARONTE AGUARDA de Fernando Savater.
Cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia.

CON FLORES A MARÍA de Alfonso Grosso.
El pueblo andaluz y su peregrinación entre la vida y la muerte.

¡VIVA EL PUEBLO! de Germán Sánchez Espeso.
La revolución española que nunca existió.

LA NOCHE ESPAÑOLA de Leopoldo Azancot.
Un atentado contra Franco que murió antes de haber nacido.

TANTAS VECES PEDRO de Alfredo Bryce Echenique
Una imposible historia de amor jamás contada.

A SAITO DE MATA de José Antonio Gabilán y Galán.
La impresionante crónica del Madrid marginal, que vive a salto de mata y muere deprimido.

A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS ROJAS
de Francisco Umbra. *Crónicas marzanas de la transición.*

LA COSTUMBRE DE MORIR

de Raúl Guerra Gantón. *¿Es la solución del problema la muerte del enemigo?*

últimos años ha sido repetidamente nominado para el Nobel de Literatura. Un suburbio de Puerto España sirve como marco a la acción desarrollada en «Miguel Street». Con trozos breves, reiterados, simples, el autor dibuja la miseria, el subdesarrollo cultural, la difícil supervivencia de los habitantes, utilizando el prisma de visión de uno de ellos: un niño que recuerda sus años infantiles, cuando su mundo estaba repleto de acontecimientos tristes y festivos, chocantes y ordinarios.

VEGA (Lope de): *Fuenteovejuna*. (Edición de Juan María Marín). Cátedra. Madrid, 1981. 189 págs. Lope de Vega trazó en «Fuente Ovejuna», con magnífica intuición y voluntad artística, una de sus comedias más complejas. En una primera acción intrahistórica el Comendador es tirano y lascivo con sus vasallos; en la segunda acción, histórica, quebranta el orden político inspirando la toma de Ciudad Real en contra del Rey. Es un elemento desestabilizador que deberá ser eliminado para restablecer la armonía. Uniendo estos elementos argumentales, un conflicto amoroso,

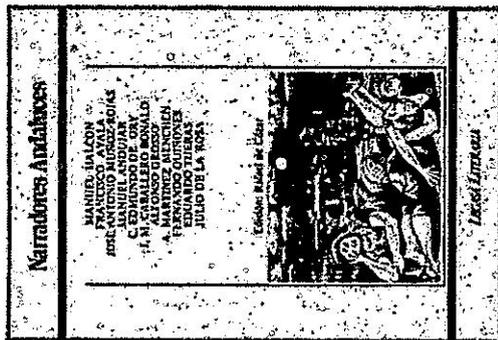
LEGASA LITERARIA

DISTRIBUCION ITACA

La presente edición, es una auténtica antología, meditada y exhaustiva de la actual NARRATIVA ANDALUZA. Cada autor expresa en una encuesta su opinión sobre el relato corto, la narrativa en general y su propia obra. Acompaña el texto una cuidada bibliografía del mismo e incluye dos relatos de cada uno, por ellos seleccionados.

Una introducción general, sitúa el problema del cuento, del relato y de la novela en el marco andaluz.

Creemos que esta antología narrativa, por su rigor selectivo y literario y por la calidad de las obras en ella incluidas es la más importante publicada hasta el momento.



en la tradición del ideal platónico. El autor plantea el tema según las categorías mentales de la época, en que lo socio-político está imbricado en lo metafísico.

MORIN (Edgar): *El método. La naturaleza de la naturaleza*. Cátedra. Madrid, 1981. 448 págs. El problema del conocimiento de la naturaleza no se puede disociar de la naturaleza del conocimiento. El conocimiento del objeto más físico no se puede disociar del sujeto cognoscente enraizado en una cultura, en una sociedad, en una historia. Es tan necesario estudiar todo conocimiento físico en su enraizamiento antropológico, como estudiar toda realidad social en su enraizamiento físico. Y así se puede esbozar ya el método de la complejidad.

BERCEO (Gonzalo de): *Signos que aparecerán antes del juicio final. Duelo de la Virgen. Martirio de San Lorenzo*. Edición de Arturo M. Ramoneda. Clásicos Castalia. Madrid, 1981. 308 páginas. Arturo M. Ramoneda nació en Puntallana (Tenerife) en 1946. En la actualidad es catedrático de Lengua y Literatura española en el Instituto San José de Calasanz de Barcelona. Ha sido profesor de la Universidad Complutense, de la Universidad de Santander y becario de Leixografía de la Real Academia Española. Entre sus estudios sobre temas medievales destaca «La lírica Medieval».

AYALA (Francisco J.): *Origen y evolución del hombre*. Alianza Editorial. Madrid, 1981. 238 págs. Al igual que los otros cinco o seis millones de especies viviente, la especie humana

LIBRERIA

La Pluma

- Envíos fuera de Madrid, contra reembolso.
- Envíos al extranjero.
- Suscripciones a revistas.
- Literatura Española y Latino-Americana.
- Humanidades.

Solicite nuestro catálogo gratuito

Carmen, 9. Teléfono 2221466. Madrid-13

es el resultado de la evolución biológica. Francisco José Ayala, Profesor de Genética y Director del Instituto de Ecología en la Universidad de California, miembro de la National Academy of Sciences y otras sociedades científicas norteamericanas. «Origen y evolución del hombre» estudia, en los cuatro primeros capítulos, la revolución darwiniana, la variación hereditaria, la selección natural, la diferenciación racial, y el origen de las especies, para exponer luego las investigaciones más recientes sobre el origen del hombre, los atributos que definen su singularidad, las raíces biológicas de la ética y de la religión, y el futuro biológico de la humanidad. La obra concluye con un capítulo dedicado al progreso biológico y se plantea hasta que punto la especie humana debe ser considerada como la cumbre de la evolución.

AZAÑA (Manuel): *El jardín de los frailes*. Alianza Editorial. Madrid, 1981, 176 págs. La controvertida dimensión pública de Manuel Azaña (1880-1940) —jefe de gobierno y estado durante la Segunda República—, y los odios y pasiones desatados por la Guerra Civil, contribuyeron a marginar temporalmente de la historia de las letras españolas a uno de los más grandes prosistas castellanos contemporáneos. Crítico literario de enorme agudeza y escritor político de extraordinaria lucidez y vigor, Azaña también probó fortuna en el campo de la narrativa con «El Jardín de los Frailes», relato en el que los recuerdos de su adolescencia son recreados con un estilo austero y elegante que no excluye una delicada ironía. Publicada parcialmente entre septiembre de 1921 y junio de 1922 en la Revista La Pluma y editada finalmente como libro en 1927, la novela

Estamos especializados en América Latina

LITERATURA • HISTORIA • ANTROPOLOGIA
TEMAS SOCIOPOLITICOS

 **Librería
MEXICO**
FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Fernando el Católico 86 • Tfños. 243 29 04/243 29 26 Madrid-15

traza, la trayectoria psicológica de un adolescente sometido a una rígida educación religiosa, sus tempranas experiencias sexuales, sus primeros arrebatos contemplativos y el despertar del sentido de la belleza y del paisaje, sin que falten en el texto reflexiones entreveradas sobre la historia y el ser de los españoles.

CANCIONERO DEL BACHILLER JHOAN LOPEZ, estudio por Rosalind J. Gabin. Editorial Porrúa. Madrid, 1981. 362 págs. Vol. I. De contenido diverso y tono ecléptico es este cancionero que abarca las últimas décadas del reinado de Felipe II y marca la transición del Siglo XVI a la época del Romancero artístico. Lo viejo y lo nuevo se encuentran cara a cara en la convivencia de múltiples temas, formas, y modos de sentir y poetizar que va a dar en el Siglo XVII español.

SUAREZ RADILLO (Carlos Miguel), *El Teatro Barroco Hispano Americano*. 3 Vols. Editorial Porrúa. Madrid 1981. Se hace visible en la presente obra la doble vertiente de crítico y de creador de Suárez Radillo. El crítico es un riguroso constataador de las más variadas fuentes e infatigable rastreador de las huellas dejadas por la actividad teatral hispanoamericana. El creador es un poeta intuitivo —tanto en su narrativa como en su poesía—, que sabe encontrar la palabra exacta, la justa equivalencia de sus evocaciones. En el corpus de su obra, sin embargo, ambas pasiones se funden.

SAVATER (Fernando), *Impertinencias y desafíos*. Madrid 1981. Legasa. Se reúnen en el presente volumen los mejores trabajos publicados por Fernando Savater desde la muerte de

Vestigios de ciudades Precolombinas Testimonios del Barroco Mestizo

Grandes museos • Festivales musicales
Compañía Nacional de Teatro
Teatro de la Nación • Teatro Universitario
Cineteca Nacional • Exposiciones.



Las Tres Culturas de México

Todo esto encontrará en su
visita a México, país antiguo
proyectado hacia el futuro

Franco hasta nuestros días. Se agrupan en tres grandes rúbricas: «Crónica antipolítica», donde se habla de la crisis, los nacionalismos revolucionarios, las cárceles, el terrorismo, etc... «Impiedades donde comenta diversas osadías clericales, atrevimientos universitarios, bravatas de la derecha... y «Elogios», retratos y declaraciones de amor o de admiración a la gente que se lo merece: Stevenson, Bergamín, Voltaire, Bogart, y otros enemigos militantes de la acomodación a la miseria y la estupidez. En la obra que aquí se reúne Fernando Savater se las ingenia para seguir molestando tanto como molestaba antes.

COLABORAN

Julio Cortázar: Argentino, nacido en Bruselas en 1914 vive en Argentina hasta 1951 y, a partir de entonces, se instala en París. Durante muchos años se ha ganado la vida como traductor para organismos internacionales y ha llevado a cabo, para diversos editores, versiones magistrales del francés y del inglés. Los problemas político-sociales del contenido americano no slo son una de sus máximas preocupaciones, sino que a ellos consagra gran parte de su esfuerzo. Cumbre de la literatura contemporánea entre sus libros se encuentran «Rayuela», «De todos los fuegos el fuego», «Historia de cronopios y famas» y últimamente su «Queremos tanto a Glenda».

Antonio y Manuel Machado: Hermanos biológicos aunque al parecer no tan hermanados en su forma de entender el mundo. Nos parecería una pedantería por nuestra parte el presentarles.

Leopoldo Azancot: Nació en Sevilla en 1935. Realizó estudios de Derecho en la Universidad de su ciudad natal. Colaborador en numerosos diarios y revistas de España y del extranjero. Ha publicado las siguientes obras: «La novia judía», «Fátima la esclava», «Los amores prohibidos», «Ella, la loba» y «La noche española». Ha publicado, así mismo, una traducción de la poesía de Víctor Segalen y una edición de la poesía última de Juan Eduardo Cirlot.

Andrés Sorel: Nació en Segovia en 1937, aunque se traslada muy pronto a Linares (Jaén). A pesar de que su novela «Crónica de un regreso» quedó finalista del Biblioteca Breve de 1966 solo ahora ha podido ser publicada dada la prohibición que sobre ella pesaba. Entre sus novelas destacan «Discursos de la política y el sexo» y «El perro castellano». Ha publicado una trilogía sobre Machado, Hernández y García Lorca así como sus ensayos «Miseria de nuestra cultura» y «Castilla como agonía».

Ernesto Cardenal: Dice José María Valverde que Ernesto Cardenal ha sucedido a Pablo Neruda como la mayor voz poética de lo que, en términos europeo-occidentales, se llamaría «resistencia». Este profeta, de barba ya hace mucho prematuramente blanca es por encima de cualquier otra cosa un poeta. Su lectura nos cambia el mundo y nos llama a cambiar nosotros mismos ante el mundo. Autor de numerosos libros como por ejemplo «El estrecho dudoso», «Epigrama», «Hora Cero», «Vida en el amor», «Salmos», «En Cuba» y «El Evangelio en Solentiname» entre otros.

Antonio F. Molina: Autor de diversas publicaciones en él se aunan un profundo conocimiento de lo formal con una teorización acerca de los significantes. Antonio F. Molina es colaborador de distintas publicaciones tanto españolas como europeas.

Blas de Otero: (Bilbao 1916. Madrid 1979 †). La publicación de su primer libro «Ángel fieramente humano» produce una auténtica conmoción en la poesía española de posguerra. A partir de 1950, su nombre representa una cima de la poesía castellana de este siglo a la vez que dota de actualidad a la tradición que la poesía cívica y moral tiene en la literatura de todos los tiempos y países.

Abd al Wahhab al-Bayati: Nacido en Bagdad el año 1926 es, sin lugar a dudas, uno de los más importantes poetas contemporáneos. Los temas centrales de sus libros giran en torno a la búsqueda incesante de la utopía. Ha sido traducido a prácticamente todos los idiomas del mundo. En castellano ha publicado, aparte de

pequeñas entregas, un libro de versos titulado «La muerte en la vida», y es inminente la publicación de un texto dramático.

Ricardo Domenech: Nace en Murcia en 1938 trasladándose a Madrid en 1956. Ha cursado estudios sobre Arte Dramático y Filosofía y Letras. En la actualidad es profesor. Entre sus libros destacan «El Teatro, hoy» (1966), «La rebelión humana» (1968), «Historia de la Literatura Española» (1974-1976) así como «La pirámide de Keops» (1980) y «Figuraciones» (1980).

Antonio Hernández: Nace en Arcos de la Frontera en 1943. Finalista del Premio Adonais ha recibido ultimamente el Premio Circulo Bellas Artes. Entre sus libros destacan «La oveja negra», «La poética de los años 50» así como su último «Hommo loquens». Ha sido traducido al francés, inglés, coreano y árabe.

Tomás Borge: Escritor y político. Fue uno de los fundadores del Frente Sandinista de Liberación. En la actualidad es el Ministro del Interior de Nicaragua. Es esta su primera entrega de versos.

Rafael Quílez: Nacido en 1958. Es ésta la primera vez que publica poesía.

Julio Rodríguez Puértolas: Profesor Agregado de la Universidad Autónoma de Madrid. Coautor de la polémica «Historia social de la Literatura española». Prestigioso medievalista e investigador. Su libro «Poesía de protesta en la Edad Media castellana» está considerado como un clásico en su género. Es una de las primeras veces que publica poesía.

Julio Vélez: Escritor, ensayista y poeta. Entre sus libros destacan «La espiga y la fiebre» (Premio Caravela de Oro), «Flamenco, una aproximación crítica» y el libro de versos «Laocoonte». Es el Coordinador del Consejo de Dirección de LA PLUMA. Ha sido traducido al francés, inglés y árabe.

Manuel Martínez Azaña: Enseñó en la Universidad de Burdeos donde creó y dirigió el departamento de teatro. Como autor, entre otros títulos tiene «La forja de los sueños» y «La vuelta al globo en 80 mundos». Es miembro del Consejo Editorial de LA PLUMA. Ha editado y estrenado en España, Francia y Estados Unidos.

Antonio Merino: Asiduo colaborador de LA PLUMA, poeta y escritor. En 1980 publicó su libro «Eguzqui».

Angel Berenguer: Nació en Almería en 1944. Profesor de Literatura. Ha enseñado en Estados Unidos. Especializado en el teatro de Arrabal. Actualmente reside en Barcelona. Ha publicado un libro de versos «Calamarga» así como importantes teorizaciones teatrales.

José Martínez Elizondo: Autor dramático, novelista, pintor y poeta con más de cincuenta obras en su haber. Reside en Toulouse (Francia) en donde enseña en la Universidad. Ha estrenado y dirigido varias obras en francés y en español. Es laureado del Teatro de las Naciones.

Antonio Fernández Lera: Traductor, poeta y periodista. Hasta su cierre fue redactor de la Agencia Pyresa. Autor de «La huelga de los periodistas». Trabaja en la Universidad Politécnica de Madrid. Es la primera vez que publica poesía.

Manuel Cofiño: Cubano. Premio Casa de las Américas por su novela «La última mujer y el próximo combate». Pertenece al grupo de escritores cubanos que están logrando una renovación literaria en su país.

Juan Bosco Navarro: Nació en Mairena del Alcor en 1950. Profesor de Literatura. Participó en el Homenaje a León Felipe que se celebró en Sevilla y es ésta una de sus primeras publicaciones.

Francisco José Sánchez Rodríguez: Nació en Madrid en 1954. Aún inédito y sin embargo con cuatro títulos en su haber. Es ésta la primera vez que publica.

Alfredo Buxán: Poeta. Premio Ciudad de Irún 1979. Fue uno de los fundadores del

Grupo «Nos queda la palabra». Ha publicado «Las ascuas de la leña combatida» y «Numerosa herrumbre».

Narciso Gallego: Nació en 1949. Colaborador de «Poesía». Es ésta la primera vez que publica.

Luisa Salomone: Nació en 1952. Aún inédita. Es ésta su primera publicación.

EL CUBRI: Grupo formado por Pedro Arjona y Felipe Hernández. Ilustradores en diversos diarios y revistas —entre otras, *Triunfo, Cambio 16, La Calle, El País...*, diseñadores gráficos— *Siglo XXI, Nuestra Cultura, Taurus*, —historietas, *La Codorniz, Por Favor...*—. Un libro en el mercado. *El que parte y reparte...*

Luis Pérez Ortiz: Veintitrés años. Licenciado en Bellas Artes. Ha participado en la exposición «Quince Artistas de Bellas Artes», en el Palacio Velázquez del Retiro, Madrid, enero 1980. Recientemente el Ministerio de Cultura le concedió una de sus becas de «Ayuda a Artistas Jóvenes».